

JENNIFER EVE

LA REINA
PREDESTINADA DEL
PRÍNCIPE LICÁNTROPO



SERIE SECRETOS BAJO LA LUNA

La Reina Predestinada del Príncipe Licántropo
Un Romance Paranormal de Cambiaformas con Pareja Destinada
Rechazada, Bebé Secreto y Realeza
(Serie Secretos bajo la Luna)
Jennifer Eve

Copyright © 2025 by Jennifer Eve

All rights reserved.

No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law.

Contents

[Capítulo Uno](#)
[Capítulo Dos](#)
[Capítulo Tres](#)
[Capítulo Cuatro](#)
[Capítulo Cinco](#)
[Capítulo Seis](#)
[Capítulo Siete](#)
[Capítulo Ocho](#)
[Capítulo Nueve](#)
[Capítulo Diez](#)
[Capítulo Once](#)
[Capítulo Doce](#)
[Capítulo Trece](#)
[Capítulo Catorce](#)
[Capítulo Quince](#)
[Capítulo Dieciséis](#)
[Capítulo Diecisiete](#)
[Capítulo Dieciocho](#)
[Capítulo Diecinueve](#)
[Capítulo Veinte](#)
[Capítulo Veintiuno](#)
[Capítulo Veintidós](#)
[Capítulo Veintitrés](#)
[Capítulo Veinticuatro](#)
[Capítulo Veinticinco](#)
[Capítulo Veintiséis](#)
[Capítulo Veintisiete](#)
[Capítulo Veintiocho](#)

Capítulo Uno

Nalia

—Corre, Nalia —gruñó mi loba en mi cabeza, pero mis piernas no podían ir más rápido—. ¡No dejes que ese macho repugnante te monte!

Tropecé por el laberinto de pasillos oscuros y desconocidos. Yo no pertenecía aquí, y el guardia estaba cerca, detrás de mí. Más cerca de lo que pensaba, porque me agarró del pelo, estrellándome contra la pared.

Grité, arañando desesperadamente su pecho.

—¡Paria escurridiza! ¿Creíste que no vería la marca escondida bajo tu pelo? —rugió—. ¿Qué haces en un lugar como este? ¡Serás reportada al Alfa y debidamente castigada!

—¡Suéltame! ¡Ya me iba! Nunca más me verás. ¡Te lo suplico!

Su otra mano aterrizó en mi trasero, agarrándolo dolorosamente a través de mi vestido barato. Cuando sonrió, su aliento repugnante me golpeó la nariz.

—Antes de que enfrentes la ira del Alfa, yo tomaré el primer turno contigo. Después de todo, todos los machos de esta manada tendrán acceso a ti en poco tiempo. Eres una Omega insignificante. ¡Nadie creará jamás que te forcé! ¡Quizás, por fin te ejecuten como a tus padres traidores!

El pánico me golpeó como un trueno.

Le di un rodillazo en la entrepierna, aplastando su furiosa erección. Aulló, y me liberé de su agarre, perdiendo algunos mechones de pelo.

La oscuridad me tragó mientras corría más adentro por los pasillos de la casa de huéspedes. Gracias a la Diosa. Una de las puertas estaba entreabierta, y me metí por ella. Y choqué de frente contra el pecho duro de un hombre.

Me quedé sin aliento y caía hacia atrás, solo para ser sostenida por un brazo fuerte. En mi terror, luché contra él, gritando. Mi forcejeo nos estrelló contra la puerta, cerrándola de golpe. Él agarró

mi cara, obligándome a mirarlo.

—¿Quién eres? —exigió, pero incluso mientras hablaba, su voz profunda y ronca se volvió incierta.

Sus ojos, más oscuros que la medianoche, más brillantes que la obsidiana, recorrieron mi rostro. Al igual que los míos recorrían el suyo. Y vaya, qué rostro poseía.

Hermoso. Facciones fuertes y rectas, cejas negras y gruesas casi ocultas por los mechones rebeldes de su pelo negro azabache. Una nariz aristocrática y labios besables.

Mis ojos se abrieron de par en par y mi pulso se aceleró aún más. Mis labios se entreabrieron.

Debería estar gritando y pateando para alejarme de este macho. Después de apenas escapar del asalto del guardia, ni siquiera debería estar en un espacio cerrado con otro macho desconocido. Sin embargo, su aroma me envolvió, invadiendo mis sentidos y encendiendo nervios que nunca antes supe que existían.

Sentí algo tan extraño y a la vez tan familiar, como un sueño lejano o un recuerdo de hogar. Como si este fuera el lugar donde debía estar.

Mi mano se movió por voluntad propia, acariciando su pecho hasta su hombro. Sentí la ondulación de los músculos, la fuerza bruta, el calor, la forma en que su cuerpo se inclinaba desesperadamente hacia mi toque.

Gina aullaba inquieta: —¡Pareja. Pareja. Pareja!

Sus labios estaban peligrosamente cerca de los míos cuando me olió. Un gruñido salvaje escapó de él. Me estrelló con más fuerza contra su cuerpo alto y musculoso.

—Pareja —declaró, sus pupilas dilatándose.

Sus garras rasgaron mi vestido, arañando ligeramente mi piel. La demostración era impactante, pero se sentía segura e incluso excitante.

Gina gemía, lista para ser montada por él.

Mis feromonas se derramaban incontrolablemente, mi olor a celo nublando el aire entre nosotros. Mi corazón latía con fuerza por el miedo segundos antes, pero ahora se aceleraba de emoción en

anticipación a él.

Ya no estaba segura de quién era, porque solo un animal sin mente se habría abalanzado sobre él como yo lo hice.

Él me atrapó, arrastrándome por su cuerpo mientras nuestras bocas chocaban, arrancando gemidos hambrientos de ambos. El afecto y el deseo loco florecieron en mi pecho, despojándome de todo sentido común.

Como un oasis en el desierto, el sabor de su boca saciaba mi sed, solo para dejarme anhelando más. Me hizo incapaz de concebir un segundo sin que hundiera su lengua en mi boca.

Agarró mi cabeza, devorándome, con gruñidos retumbando en lo profundo de su pecho. Mis uñas se clavaron en su cuello. Yo temblaba, y la potencia del vínculo forjado entre nosotros me consumía.

Se movía, y mi espalda fue presionada contra una cama suave. Sus garras rasgaron mi vestido en jirones mientras yo febrilmente le quitaba la ropa. Su piel desnuda ardía bajo mis palmas, pero no tuve tiempo de explorar a mi pareja cuando me penetró de una sola estocada dura.

Grité de dolor y placer. La sensación de tenerlo dentro de mí era extraña, pero mi cuerpo se apretó ansiosamente a su alrededor. Él pulsaba, latía mientras se abría paso por mis estrechas paredes.

Incluso a través del vínculo de pareja y el apareamiento instintivo, un susurro oscuro se enroscó por los confines más lejanos de mi cerebro. Intentaba advertirme de algo. Rápidamente perdí el susurro cuando él maldijo, clavándome en el colchón mientras aumentaba el ritmo.

Su voz era áspera, teñida de un oscuro orgullo masculino.

—Eras virgen. No tienes idea de lo que me hace tomar tu inocencia, pareja. ¡Podría saquearte hasta que el universo colapse!

Gemí, agarrando su pelo mientras su boca húmeda volvía a la mía. Se tragó mis gemidos y gritos mientras entraba y salía de mí, duro y lento, alternando entre rápido y superficial hasta que alcanzamos un ritmo salvaje y feroz.

La cama crujía, y el cabecero golpeaba contra la pared dejando grietas. El sonido de nuestra carne chocando alcanzó un crescendo hasta que explotó en brillantes chispas de luz.

Fue un placer como ningún otro, enviándome flotando a una bruma de felicidad. Eso fue, hasta que mi pareja hambrienta me trajo de vuelta con su toque pecaminoso, dándome la vuelta para montarme con una desesperación perversa. Así que me perdí, y perdí la noción del tiempo, hasta que no hubo nada más que oscuridad.

Me desperté con la sensación de que todo mi cuerpo estaba completamente relajado por primera vez en mucho tiempo. Bostezando, me estiré profundamente, con una sonrisa satisfecha curvando mis labios.

Todo mi cuerpo hormigueaba. Especialmente mis labios, los picos de mis senos y entre mis muslos. Al incorporarme, las sábanas cayeron revelando mi cuerpo desnudo, y me sonrojé intensamente. Mi piel estaba cubierta de arañazos, marcas de manos y moretones producto de la pasión de mi pareja.

De repente, preguntándome dónde había ido, miré alrededor de la habitación, quedándome helada al darme cuenta de que él había estado observándome todo el tiempo.

No, no observando. Fulminándome con la mirada.

Mi estómago se retorció, y Gina se puso alerta con preocupación. Ronroneó con incertidumbre, percibiendo lo erróneo de su estado de ánimo.

—C-c-casi no te vi ahí... —balbuceé nerviosa.

Se acercó de manera amenazante, completamente vestido de negro. Incluso en mi confusión, mi atención se detuvo en su físico esculpido. Me hacía agua la boca. Una vez que llegó al pie de la cama, de repente sacó una hoja afilada y la apuntó a mi garganta.

—¡Dame una razón por la que no debería ejecutarte ahora mismo, traidora!

Grité, golpeándome la cabeza contra el cabecero. La hoja presionó contra la piel de mi cuello, y temblé, con los ojos abiertos de par en par por la conmoción.

—¡N-no entiendo! —exclamé—. ¡Por favor... ha habido un error! Soy tu pareja.

No podía creer el odio que ardía en sus ojos. ¿Qué estaba pasando? ¡Esto tenía que ser una pesadilla!

¡Era una persona completamente diferente a la de anoche!

—¿Pareja? —rugió, llenando la habitación con una fría rabia que me hizo temer por mi vida—. ¡Una despreciable engendro de asesinos nunca podrá ser mi pareja! Viniste aquí para seducirme y asesinarme, igual que a mi hermano, ¿no es así?

—¿Qué estás...?

Me agarró y me dio la vuelta, dejando expuesta la marca entre mis omóplatos—. ¡Llevas la marca de los traidores que asesinaron a mis padres! ¡La Diosa debe estar jugándome una broma cruel al forjar un vínculo de pareja entre yo y una enemiga jurada!

La traición ardía claramente en sus ojos, y por un segundo, a través de la máscara de rabia, pareció herido. Dolido.

Me estremecí, incapaz de oír nada más allá del rugido en mis oídos. Me volví para mirarlo de frente, solo para ser detenida por la hoja en mi garganta, suspendida sobre mi vena yugular.

No podía entender nada, excepto que había reconocido mi marca de paria.

Gina estaba enloquecida, exigiéndome que intentara calmarlo. Tenía que marcarnos. No podía dejar que este malentendido continuara.

Lo llamé—: Pareja...

El conflicto en sus ojos había desaparecido. En su lugar había frialdad.

Me agarró del pelo con un agarre castigador—. No digas esa palabra. No soy tu pareja. Yo, Rhett Voltaire, te rechazo, Nalia Ashryver, y rechazo cualquier vínculo en el que me hayas engañado anoche.

Mi loba aulló con un dolor inconsolable, inundando mi cabeza de sensaciones desagradables. Se sentía como una marca de hierro ardiente quemando mi piel, obliterando todo lo que había florecido entre nosotros la noche anterior.

Las lágrimas se acumularon en mis ojos, pero todo lo que pude balbucear fue—: ¿S-sabes mi nombre?

—¿Cómo no iba a saber el nombre de la hija de los asesinos de mis padres? —Estaba asqueado, parecía arrepentirse de haber dormido conmigo alguna vez—. Maldigo a la Diosa. Por el momento en que tuve la desgracia de poner mis ojos en ti.

¿Mi pareja destinada era el notorio Príncipe Licántropo Rhett Voltaire?

¿Cómo pude no haberme dado cuenta? Su aroma, su salvajismo, el tamaño y la fuerza de su cuerpo...

Era el licántropo más despiadado y temido de todas las manadas. Su reputación de riqueza y poder era una de las que incluso yo había oído hablar como paria. Era el tipo de macho del que debería huir lo más lejos posible.

Sin embargo, aquí estaba yo, desnuda en su cama, apestando a su aroma. Y sus palabras habían matado algo dentro de mí.

De repente, la puerta se abrió de golpe, y media docena de guerreros licántropos irrumpieron.

Su fuerte y empalagoso aroma llenó la habitación. Eran enormes y feroces mientras formaban un círculo protector alrededor de Rhett contra cualquier amenaza que percibieran fuera de la puerta.

El Alfa Julius entró poco después, con sus propios guardias hombres lobo flanqueándolo.

—¡Príncipe Licántropo Rhett! —exclamó el Alfa Julius—. Parece que tienes mi propiedad bajo tu hoja. Mis guardias la han estado buscando toda la noche.

Rhett agarró la sábana y me la arrojó con un gruñido, retirando la hoja de mi cuello. Se enfrentó al Alfa Julius, quien me miraba de una manera inquietante. Nunca antes había conocido al Alfa cara a cara. Tal cosa estaba muy fuera de mi alcance como una Omega paria.

¡Pero aquí estaba, reclamándome como su propiedad!

—¿Qué significa esto, Julius? —se erizó Rhett—. ¿Eres consciente de que esta hembra asesina intentaba engañarme al igual que engañaron y mataron a mi hermano?

—Mis disculpas, Príncipe Rhett —El Alfa Julius se inclinó—. Pero creo que no encontrará respuestas sobre la muerte de su hermano aquí en la manada Redwood. Sin embargo, ¡esa hembra es propiedad de la manada!

Mi estómago se revolvió ante sus insensibles palabras. Mi vida quedaría sellada en mi decimoctavo cumpleaños, dentro de una semana, como la criadora de la manada. No podía hacer nada al respecto. Nada en mi vida les importaba. Estaría condenada a llevar cachorros toda mi vida, solo para que me los quitaran.

Mi abuela había planeado venderme, pero el plan de la manada era convertirme en una criadora. Ninguna de las opciones era atractiva. Pero como paria, ¿cuándo habían sido atractivas mis opciones?

Arrastró a un guardia hacia adelante. Era el guardia que había intentado abusar de mí antes. Arrancó los mechones marrones de mi cabello de las manos del guardia y se los mostró al príncipe licántropo.

—El guardia le arrancó esto de la cabeza cuando escapó del arresto por irrumpir en este importante establecimiento. Seguimos su olor hasta esta habitación. ¡Esa paria debe aprender las consecuencias de sobrepasar sus límites! —respondió el Alfa Julius—. La apresaremos ahora.

—Patrañas —Rhett se acercó a Julius—. ¡Ella es mi prisionera ahora! ¡Las leyes de su manada la han protegido durante mucho tiempo por los crímenes de sus padres! Está a mi merced, y no mostraré ninguna.

La marca ardía, haciéndome estremecer. Era un recordatorio constante de mi estatus. Mi insignificancia y mi oscuro destino de pagar por los pecados de mis padres.

Nunca pretendí que las cosas fueran tan mal. Escuchar por casualidad el plan de mi abuela de venderme me hizo huir de casa. Después de trabajar como esclava en su negocio de lavandería sin paga, su avaricia la ha llevado tan lejos.

Anhelaba ser una chica normal, asistir a eventos sociales en esta casa de huéspedes de élite y simplemente ignorar mis penas por una noche. Solo que ese vil guardia había oído mi esencia de Omega y me había cazado.

El Alfa Julius me inspeccionó, y me cubrí más con las sábanas sobre mi cuerpo desnudo. Pasó junto a Rhett, levantando las manos en gesto apaciguador ante el gruñido de advertencia del Lycan.

—Veo que te has divertido con esta ramera. Quizás tu castigo sea más apropiado. Después de todo, la has mancillado, y ahora es inútil para la manada.

Rhett apretó los puños. —Y destruiré lo que queda de ella. ¡Apresadla!

—No, por favor... ¡Rhett! —Mis súplicas cayeron en oídos sordos mientras los guerreros Lycan me arrastraban fuera de la cama—. ¡No lo sabía! Yo...

—¡Silencio!

Me pusieron grilletes y me sacaron de la habitación.

Estuve con los ojos vendados durante gran parte del viaje. Cuando finalmente me quitaron la venda, una anciana arrugada estaba colocando un plato de sobras frente a mí.

—¿D-dónde estoy?

Ella respondió con desdén: —Estás en lo profundo de las mazmorras subterráneas del Castillo Lycan. Ni siquiera pienses en escapar. Ahora eres la esclava del príncipe Lycan.

Capítulo Dos

Nalia

—¡Sujetenla! —ordenó la vieja arrugada—. Pasenme las tijeras. ¡No tengo todo el día para perderlo con una esclava patética!

Cuando terminó, me dejaron sola en la habitación, mirando mi reflejo en el espejo roto.

Mis ojos azules estaban hundidos por las semanas de maltrato y brutalidad de los licántropos. Mi cabello, que una vez fue largo y exuberante, ahora colgaba de mi cuero cabelludo en mechones cortos y desiguales. Antes me llegaba a la cintura, pero ahora apenas alcanzaba mi barbilla.

La puerta se abrió de golpe, revelando a un guardia del castillo de pie con un látigo.

—¡Levántate y vuelve al trabajo, gusano! —rugió, haciéndome saltar al instante—. ¿Quieres volver a dormir en las malditas mazmorras?

Me vi obligada a realizar trabajos menores por el castillo o para el príncipe licántropo. Ese era el precio que tenía que pagar por librarme del infierno de dormir en las mazmorras. Pero los guardias eran un gran problema.

Su látigo restalló en el aire, casi aterrizando en mi cara.

—N-no... —me encogí, temblando.

Él dio un paso adelante, acorralándome contra la pared. Comparada con los licántropos del castillo, yo era diminuta. No era más que un insecto para ser aplastado bajo sus zapatos caros.

—Tienes suerte de ser la esclava del príncipe, loba —gruñó—. ¡Si no fuera por su reclamo protegiéndote, todos los guerreros del castillo te habrían usado como la puta que eres! ¿No es para eso que sirven las Omegas?

Gemí y salí corriendo de la habitación.

Las lágrimas me cegaron, tal como lo habían hecho la primera noche que llegué a este infierno.

El príncipe licántropo había entrado en las mazmorras, envuelto en sombras y amenazas.

No podía soportar la forma en que me miraba con odio y asco. Pero ahora estaba claro por qué me odiaba tanto.

Mis padres, cuando vivían, habían sido influyentes, viajando frecuentemente a la corte licántropa para eventos y reuniones. Hasta que asesinaron al rey y la reina licántropos.

Debería haber sido asesinada con ellos. Pero yo no era más que un bebé, así que fui marcada como paria de por vida. Pero aquí estaba, cara a cara con un chico que quedó huérfano por los crímenes que mis padres cometieron.

—¿Va a matarme? —pregunté.

—Ese castigo sería demasiado misericordioso para ti —su voz era fría como el hielo—. Te romperé, Nalia, hasta que no quede nada de ti más que un caparazón vacío. Me suplicarás la muerte, y no te la concederé.

Las lágrimas brotaron de mis ojos. Me levanté de un salto, solo para ser retenida por pesados grilletes de hierro.

—Rhett, por favor...

Un gruñido salvaje salió de él, y se abalanzó sobre mí, colocando su afilada garra contra mi pulso acelerado. Sus ojos estaban negros y ardientes. Su hermoso rostro se contorsionó en una expresión que atormentaría mis sueños para siempre.

—¡No te dirijas a mí de esa manera, esclava! Ya que estás de humor para hablar, ¿por qué no empiezas por confesar tu verdadero motivo, maldita traidora? Igual que tus padres, hay una razón por la que me engañaste para que me acostara contigo. ¡Estabas tratando de asesinarme, como lo hiciste con mi hermano!

—¡No sé nada sobre la muerte del príncipe heredero! —supliqué—. El vínculo de pareja...

—...ha sido cortado —gruñó, alejándose de mí con malicia brillando en sus ojos—. Y confesarás la verdad, al igual que tus padres. ¡Sufrirás los años de amarga venganza que he albergado!

Ni siquiera conocía a mis padres. ¡Esas personas sin rostro que han atormentado mi vida con sus crímenes! ¿Por qué habrían asesinado a los gobernantes licántropos? Durante años, me hice estas

preguntas.

No obtuve respuestas y solo sufrí y fui juzgada. La ira y el dolor se encontraron en mí. Estaba agobiada por mis grilletes.

Me dejó en la oscuridad y el frío de la mazmorra, con sus duras palabras resonando a mi alrededor.

Cuando lo volví a ver, fue el día del entierro del príncipe heredero.

Un guerrero licántropo me arrastró al arena abierta por mis cadenas. Inmediatamente fui rodeada por la multitud. Me arrojaron comida podrida, manchando mi ropa de prisión con su flema y saliva. Las maldiciones llenaron el aire, muchas de ellas suplicando mi muerte.

Levanté los ojos, y por encima de la multitud estaba el Príncipe Rhett. Se encontraba de pie solemnemente en el estrado junto al ataúd de su hermano mayor. A su alrededor había otros miembros de la élite, pero yo solo tenía ojos para él. Incluso en su duelo, era magnífico, inmerecedor de alguien como yo.

—¡El Príncipe Heredero Mathias fue asesinado a sangre fría por esta mujer! ¡Queremos su cabeza! —gritó alguien entre la multitud.

—¡Dénos su cabeza! —comenzaron a corear hasta que se convirtió en un rugido ensordecedor que sacudió la tierra misma.

Mis miembros estaban paralizados de horror, pero el guerrero me arrastró hacia adelante. Caí de rodillas, tropezando en la arena, completamente humillada.

El Anciano en el estrado levantó los brazos, silenciando a la multitud.

—Sí, esta hembra es la principal sospechosa en la muerte prematura del Príncipe Heredero Mathias. Después de todo, ¡es la descendiente de la pareja que asesinó a nuestro rey y reina licántropos hace diecisiete años! Pero ella no ha hecho una confesión. Hasta entonces, las investigaciones continuarán hasta que podamos determinar quién es el asesino. Por ahora, licántropos, les ruego que observen solemnidad. Es lo mínimo que podemos hacer por nuestro difunto príncipe.

Fue una mala idea, pero hablé:

—No niego quiénes eran mis padres, pero soy inocente...

—¡Silencio! —El guerrero me abofeteó en la boca.

Grité, justo cuando el rugido atronador del Príncipe Rhett resonó por toda la arena. Al segundo siguiente, estaba frente a mí, golpeando al guerrero en la cara. El guerrero cayó de rodillas por el dolor y el miedo.

—¡Nalia Ashryver es mi miserable esclava y pareja rechazada! —rugió furiosamente a la multitud, levantándome con una mano—. ¡Solo yo puedo ponerle un dedo encima! ¡Sus castigos vienen de mí y solo de mí!

El silencio fue ensordecedor.

A pesar del dolor que irradiaba mi rostro, estaba en shock.

Rhett seguía siendo ferozmente posesivo conmigo, incluso cuando el vínculo de pareja había sido cortado. Estando presionada contra su cuerpo, mis instintos de loba se apoderaron de mí. Sentí la humedad acumulándose en mis muslos internos. Estaba dividida entre el horror y la excitación mientras mi aroma se espesaba en el aire.

Él lo percibió de inmediato, dejando escapar un gruñido hambriento que vibró a través de mi cuerpo.

Fue instintivo, y nuestras miradas se cruzaron por un instante. Fue un momento hermoso en el que pude engañarme pensando que había remordimiento en sus ojos. Pero la repulsión se apoderó de mí, diciéndome que odiaba cómo reaccionaba su cuerpo.

Había una jaula suspendida en el aire a la vista de todos. Me arrojó dentro como si fuera un animal, cerrando los barrotes de golpe.

—¿Por qué no le damos a la traidora una vista completa del funeral de mi hermano? —dijo en voz alta, con sus ojos brillando de crueldad—. Después de todo, el asesinato corre por su linaje.

La multitud gritó su aprobación. Me aferré a los barrotes de la jaula, tan herida y humillada, que rompí en amargos sollozos.

Esa noche, me despertó de un sueño inquieto el sonido de los barrotes de la mazmorra al agitarse.

Jadeando, me incorporé para ver a Rhett merodeando en mi celda. Sus ojos brillaban, sus colmillos y garras relucían en la tenue luz.

Estaba sin camisa, con los músculos y tendones brillando de sudor. Llevaba pantalones negros que colgaban bajos en su cintura marcada, sin hacer nada para ocultar el enorme bulto en su entrepierna.

Su aroma me golpeó. Estaba excitado.

—Tu aroma de celo ha impregnado el aire subterráneo de todas las mazmorras, esclava —dijo con voz ronca—. Ni siquiera los licántropos son inmunes a la seducción de las omegas. Solo su miedo hacia mí mantiene a los guardias alejados de ti.

Mi corazón latía con fuerza. Logré ponerme de pie, solo para ser inmovilizada contra la pared.

—En el funeral, intentabas seducirme —me acusó.

—No tengo control sobre ello —gemí con temor—. Mi loba aún responde a ti, igual que la primera noche que nosotros...

Estaba furioso.

—¿Disfrutas desafiándome? ¡Te advertí que no mencionaras eso! No mereces ni siquiera estar en mi presencia, y aun así tu aroma me llama y me atormenta.

Continuó:

—¿Sabes cómo murió Mathias? Una daga de plata en el corazón, lejos de la seguridad del hogar. Tuvo que haber estado desprotegido y en contacto cercano con el asesino. Tal como yo lo estuve en aquella casa de huéspedes. Por eso creo que fue una mujer, que fuiste tú. Una hoja en tu hermoso cuello podría igualar las cosas.

Levanté ligeramente la barbilla, conteniendo las lágrimas.

—He suplicado mi inocencia ante ti y no me crees. Entonces, ¿por qué no lo haces de una vez?

—Porque un licántropo no puede matar a su pareja. Rechazada o no. —Su garra tocó mi mejilla suavemente, trazando la piel—. Pero puedo darte una vida peor que la muerte. ¿Confesarás?

Su toque estaba provocando contracciones en mi vientre. Mi loba gritaba de repente, suplicando ser montada por él. Su olor llenaba mis fosas nasales, su proximidad, su calor. Me estaba volviendo loca.

Estaba horrorizada por sus palabras, pero aun así lo deseaba aún más. Me estaba lastimando, y debería odiarlo por su crueldad y sed de venganza. Sin embargo, mi cuerpo estaba húmedo y listo para recibirlo.

—No tengo nada que confesar —susurré sin aliento.

—Entonces te daré lo que tu cuerpo está pidiendo. Como el animal que eres. —Me dio la vuelta, presionando mi pecho contra la pared, y levantó mi ropa de prisionera. El aire frío enfrió mi trasero desnudo.

Me tomó salvajemente, el deseo y la pasión ardiente nos redujeron a ambos a nada más que instintos salvajes. Con cada embestida, mi corazón se rompía aún más. Con cada empuje, sentía que su odio se multiplicaba.

Ese fue el comienzo de una espiral descendente hacia un daño irreversible.

Durante meses, sus visitas nocturnas se volvieron aún más salvajes, más desesperadas.

Nuestros cuerpos se familiarizaron cada vez más, pero nuestras almas se alejaron aún más. Ni una sola vez me besó. Sus ojos estaban llenos de una mezcla de deseo y desdén. A veces, me engañaba pensando que se preocupaba por mí. Especialmente cuando me trasladó a una habitación de sirvientes para escapar del frío de las mazmorras.

¿Me mantenía viva para atormentarme más, o solo quería hacer sus visitas cómodas? De cualquier manera, él no podía mantenerse alejado y yo no podía resistirme.

Durante el día, el maltrato persistía. Por la noche, yo no era más que un cascarón, abandonada una vez que llegaba la mañana, sin nada más que su caliente semilla dentro de mí.

Mientras rastrillaba las hojas del patio, perdí las fuerzas y me apoyé contra la pared. Estaba cansada, mi loba retraída. Con la terrible situación entre Rhett y yo, no podía consolar a Gina.

Todo lo que habíamos deseado siempre era una pareja que nos amara incondicionalmente. Parece

que la Diosa me consideró indigna de tal regalo.

De repente, se produjo un alboroto en el patio.

Los sirvientes salieron corriendo en todas direcciones, casi derribándome.

Las puertas del castillo se abrieron, y una flota de relucientes coches negros entró rápidamente. Varios hombres con trajes negros salieron, junto con Rhett Voltaire.

Llevaba un traje negro azabache que nunca le había visto antes. Su cuerpo estaba moldeado en proporciones perfectas, y parecía en todo sentido el despiadado magnate de los negocios. La expresión en su rostro era letal.

Él y su séquito pasaron junto a mí como si fuera invisible, pero por una fracción de segundo, creí ver sus ojos oscuros desviarse en mi dirección. O tal vez solo estaba desesperada. Varios de los ancianos llegaron, y por las miradas urgentes en sus rostros, algo andaba muy mal.

—¡Tú, esclava! —La jefa de las criadas apareció en mi visión periférica. Me empujó una gran bandeja con vino y copas—. ¡Ve a servir esto a tu príncipe y su consejo!

—¿Y-yo? —Mis ojos se abrieron de par en par—. Pero no... no se me permite...

—¡Por supuesto que no! —escupió la anciana—. ¡Pero los portadores de vino están lejos en los viñedos reales. La llegada de Su Gracia es extremadamente inesperada, y como la única esclava directamente bajo la protección del príncipe, eres la opción más segura! ¡Ahora, entra ahí y haz tu trabajo! ¡Que la Diosa te maldiga si lo arruinas!

Me empujó hacia adelante, y tropecé al entrar en la sala de reuniones.

Temblando, incliné la cabeza y comencé a pasar las copas alrededor de la mesa. Apenas me notaron mientras mantuviera la mirada baja. Era demasiado insignificante para importarles.

—¡Esta es la mayor pérdida que la Compañía Licántropa ha sufrido en cien años!

—¡Una pérdida de mil millones de dólares en solo veinticuatro horas es catastrófica! Cualquier otro negocio nunca se recuperaría de una pérdida de esta magnitud —exclamó un Anciano—. ¿Cómo podemos enterrar este escándalo? ¡Mientras hablamos, varios inversores se están retirando!

—¡Basta! —espetó Rhett con frialdad—. Correr como gallinas sin cabeza no hará nada para resolver este problema.

Me equivoqué al pensar que era insignificante. Porque a pesar del compromiso activo de Rhett con el consejo, sentí el peso de su mirada siguiéndome. Cuando llené la copa del príncipe licántropo, mis nervios hicieron que derramara la bebida.

—¿Cómo se atreve esta patética hembra a derramar el vino del príncipe? —gritó un guardia detrás de mí, apartando apresuradamente los documentos de la mesa—. Perdone esta negligencia, Su Alteza. ¡Traeremos un reemplazo!

—No —Rhett hizo un gesto para alejar al guardia. Cuando lo miré, sus ojos oscuros eran líquidos de calor—. Deja que la esclava continúe.

Estaba casi segura de que me castigaría. Pero con las noticias sobre la compañía, no podía perder el tiempo conmigo. Así que llené su copa de nuevo y se la entregué.

Una serie de protestas siguieron a mi acción, haciéndome tropezar hacia atrás por la conmoción. Todos parecían indignados, y al principio no entendí por qué.

—¿Cómo puede ser tan incompetente una esclava? ¿No sabes que tienes que probar el vino primero antes de entregárselo al príncipe? ¿Estás tratando de envenenarlo?

—No, yo... —Mi corazón se hundió de humillación.

—Entonces, ¿qué estás esperando, esclava? —Rhett estaba disfrutando del espectáculo—. Como hija de criminales, ¿qué te impide seguir sus pasos y envenenar mi vino?

Angustiada y enojada, tomé un sorbo del vino. Parecieron satisfechos después de eso. Rhett solo tomó la copa de mí y volvió a su consejo como si yo nunca hubiera estado allí.

—Puede que no sea prudente dejar el trono vacío por mucho tiempo, mi príncipe. ¡Creo que estos escándalos son el resultado de que no haya un gobernante claro en el trono licántropo! —dijo uno de los miembros del consejo.

—¡No habrá coronación hasta que se encuentre al asesino de mi hermano! En lugar de hablar sobre el trono todo el día, ¿por qué no aceleran la investigación? ¡Nadie en ese trono está a salvo hasta que se haya eliminado la amenaza!

—Mi Príncipe, ¡usted es el siguiente en la línea de sucesión al trono licántropo! Entiendo que prefiere dirigir la empresa licántropa, sin embargo...

—¿No tienes respeto por mi difunto hermano? —interrumpió Rhett sin inmutarse—. Entiendo la urgencia por una coronación, sin embargo, el reino está de luto. La inestabilidad y el peligro han reclamado la vida del príncipe heredero, y sería un tonto si ignorara eso simplemente para ascender al trono.

Un anciano continuó:

—Perdóneme, Príncipe Licántropo, pero hay una gran reacción pública en su contra. Hay graves acusaciones de corrupción y acumulación de riqueza poco ética por parte de nuestra empresa. ¡Quizás esta coronación podría ser una buena distracción para demostrar que usted es un líder apto y recto! Si no actuamos rápido, ¡esto podría dejar una marca irreparable en nuestra impecable reputación!

—¿Tiene alguna verdad este escándalo? —preguntó Rhett—. Porque he sido muy meticuloso en cada paso que doy. A menos que haya personas trabajando bajo mi mando que hayan estado haciendo tratos corruptos sin mi conocimiento. Todos en esta sala están bajo sospecha, ¡así que más les vale decir la verdad ahora antes de que yo mismo los descubra!

—¡Indignante! —exclamó el hombre—. Mi príncipe, ¡no puede acusar a su propio consejo!

Rhett se enderezó, y su voz se hizo más profunda:

—¿No puedo, James?

El anciano James inmediatamente se arrojó al suelo, temblando.

—¡No, mi príncipe! ¡Perdóneme!

Se me puso la piel de gallina al presenciar el puro poder que ejercía Rhett Voltaire. No solo en la corte licántropa, sino también sobre la empresa Voltaire de miles de millones de dólares.

La pesada tensión se rompió con una risa femenina en la puerta.

Todos los ojos giraron en esa dirección, incluidos los míos.

Una hermosa hembra licántropa estaba de pie entre las puertas abiertas. Su cabello era dorado,

cayendo por su cuerpo en ondas exuberantes. Llevaba un vestido verde que complementaba su piel pálida y combinaba con sus ojos verdes. La tela cara exhibía curvas femeninas. Era alta y orgullosa, con rasgos aristocráticos que se iluminaban con diversión.

—Rhett, querido primo —ronroneó—. No has cambiado ni un ápice.

Guerreros licántropos flanqueaban sus costados, sus propios guardias. Uno de ellos anunció su presencia.

—¡Bienvenida Lady Fiona, prima tercera de los príncipes licántropos y descendiente real del linaje Voltaire!

Ella entró majestuosamente, dirigiéndose directamente hacia el príncipe licántropo. Su rostro estaba inexpresivo mientras la miraba desde arriba. Aun así, ella extendió su mano para que él la besara. Él la dejó colgando.

—Este no es momento para una visita, Fiona —entonó.

—¡Yo diría que es el mejor momento! —Hizo un gesto hacia el consejo—. Esta reunión habría terminado de manera amarga si no fuera por mi oportuna llegada. Lamento no haber podido asistir al funeral de Mathias. Por favor, acepta mis condolencias. Sin embargo, ya estaba cerca cuando me enteré del escándalo.

—Lo tengo bajo control —espetó Rhett.

—No, no lo tienes.

Mi corazón latía con fuerza mientras el miedo se extendía por la sala. Todos contuvieron la respiración, sabiendo que era un suicidio desafiar a un licántropo. Al príncipe licántropo, nada menos que en público.

—No me contendré en castigarte si no cuidas tus palabras, prima Voltaire —Se acercó a ella. Sus garras rodearon su cuello.

Ella no se inmutó, manteniendo el contacto visual con él. Finalmente, sonrió.

—Mis disculpas, mi príncipe. Nadie puede cuestionar su poder. Sin embargo, por muy capaz que seas, Rhett, esto se ha salido de tu control. Cualquier movimiento que hagas ahora parecerá que estás tratando de encubrir el escándalo. Solo fortalecerá las sospechas. Necesitas a un tercero,

alguien capaz, alguien con experiencia y confianza en el mundo de los negocios para arreglar este lío.

Él entrecerró los ojos.

—¿Y esa persona eres tú, Fiona?

—Sí —Estaba segura—. Sabes muy bien que, además de ti, soy la mejor magnate de negocios que nuestro linaje ha producido.

Se produjeron murmullos entre el consejo, pero muchos de ellos ya asentían en señal de acuerdo. Por lo que se veía, Fiona era alguien muy importante.

—Sin embargo, mi ayuda viene con una condición —continuó, colocando su mano en el pecho de Rhett—. Pondré fin al escándalo y recuperaré cada centavo perdido, devolviendo a la empresa su gloria habitual. Pero a cambio, Rhett, debes casarte conmigo. ¡Deseo ser tu futura reina!

Capítulo Tres

Nalia

—Tú eres la chica de la que todos están murmurando.

Sobresaltada, me giré para ver a la princesa Fiona.

Llevaba una bata blanca transparente que barría los pasillos del castillo, con sus ojos verdes clavados en mí. Incluso mirarla era doloroso. Esta era la mujer con la que Rhett se había casado.

—Ven aquí —ronroneó, pero las palabras tenían un filo cortante.

Dejando caer mi cepillo de fregar, salí del polvoriento hueco. Ella retrocedió cuando me acerqué, sin querer mancharse.

—La notoria Nalia Ashryver, la pareja rechazada de mi marido —sonrió suavemente—. La gente habla de ti mucho más de lo que hablaron de mi boda con el príncipe. Y me aseguré de que fuera fastuosa.

Por supuesto que lo hizo.

Ese día fue uno de los peores de mi vida. No se me permitió acercarme a ella, pero capté vislumbres fugaces de Rhett y Fiona durante la ceremonia. Ninguno de los dos parecía particularmente feliz por la boda, y ese fue un consuelo al que me aferré.

—¿Te gusta la atención? —continuó—. ¡Mírame!

—No me gusta la atención, princesa —levanté la mirada hacia ella, sintiendo a Gina removerse con desprecio.

Mi loba no ha apreciado a Fiona desde el primer día.

—Ella fue quien robó a Rhett —insistió. La loba era impulsiva debido a su naturaleza, pero yo sabía que mi situación no era culpa de Fiona.

Incluso si ella no estuviera en el panorama, Rhett nunca nos habría aceptado.

—Bien —su voz se endureció—. Deberías conocer tu lugar. No dejaré que nadie se interponga en mis ambiciones de convertirme en reina, ¡especialmente no una esclava como tú, intentando robar mi protagonismo! Esto es una advertencia, Nalia. Sé invisible, o me veré obligada a sacarte del camino. ¿Entiendes?

Temblé, con los ojos abiertos de miedo.

—Sí, princesa.

Incluso con su comportamiento frío, reconocí que se sentía amenazada por mi presencia. Porque lo único que la mantenía en el camino del poder era el rechazo de Rhett hacia mí.

Si alguna vez se restaurara el vínculo de pareja, no habría lugar para ella.

Me atrapó cuando intentaba huir, tirando de los mechones irregulares de mi cabello. Me retorció alarmada, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué... qué está haciendo?

—Tengo curiosidad —sonrió gélidamente—. Nunca he visto la marca de cerca. ¿Es tan horrible como dicen?

Intenté alejarme, pero su agarre en mi cabello se apretó. Continuó su examen.

—Debo felicitar a Rhett por no matarte en el acto, Nalia. Pero de nuevo, la Diosa nos juega trucos a todos. Imagínate siendo su pareja, ¿la chica de la que ha estado muriendo por vengarse desde que era un simple niño?

Rio con ganas.

Su agarre en mi cuero cabelludo era fuerte, revelando su verdadera fuerza como Lycan a pesar de su apariencia elegante. Me estaba doliendo, y las lágrimas se acumularon en mis ojos mientras intentaba liberarme.

—Princesa Fiona —alguien interrumpió.

En mi visión periférica, apareció una mujer e hizo una reverencia. Vestía elegantemente con un traje y falda, sosteniendo una MacBook bajo un brazo.

—Perdone mi interrupción. El príncipe Rhett acaba de regresar, y creo que tiene muchas cosas que discutir con usted sobre los asuntos de la empresa —sus ojos se desviaron hacia mí—. En mi humilde opinión, está por debajo de su estatus involucrarse con una esclava deshonrada. Yo la vigilaré en su lugar, asegurándome de que se mantenga en su sitio.

Fiona murmuró.

—¿Y tú quién eres?

—Soy Dana Reeds, princesa. Una humilde empleada de la Compañía Voltaire. Estoy en el castillo por asuntos presupuestarios.

La princesa olfateó el aire.

—Una cambiante Cuervo. Qué apropiado. Entonces no hay mejor persona para vigilar a esta esclava que tú, Dana.

Soltó su agarre de mi cabello, y caí al suelo con un grito de dolor. Me raspé el codo mientras me agarraba el cuero cabelludo ardiente. Fiona pasó por encima de mí para caminar hacia el otro extremo del pasillo.

—Debería reunirme con mi marido, después de todo. Desde que se resolvió el escándalo, no hemos pasado tiempo de calidad juntos como recién casados. Los asuntos de la empresa pueden esperar.

Una vez que se fue, Dana se apresuró a arrodillarse a mi lado, ayudándome a levantarme. Sus ojos oscuros rebosaban compasión.

—Oh, ¿estás bien, querida? Lo siento mucho. Esa era la única forma en que podía alejarla de ti.

Parpadeé para sacar las lágrimas de mis ojos, mirándola con cautela.

—¿Hiciste eso para ayudarme? ¿Por qué harías eso?

Su voz era muy sincera.

—He notado cómo te maltratan, y quiero ayudarte. Por favor, déjame. Puedes confiar en mí.

Yo estaba recelosa. Nunca podría confiar en nadie en la corte Lycan. Aun así, dejé que cubriera

mi herida con una servilleta de su bolsillo. Fue gentil, ayudándome a ponerme de pie.

—Vamos a limpiar esta herida primero, Nalia. No pretendo hacerte daño.

—Gracias. Realmente lo apreciaría —oculté mi desconfianza, preguntándome cómo, por primera vez desde que pisé territorio Lycan, alguien no estaba tratando de lastimarme.

La advertencia de Fiona me persiguió hasta bien entrada la noche, ahuyentando el sueño de mis ojos.

Las sombras detrás de mi puerta se movieron, y la puerta crujió al abrirse.

Me senté para ver a Rhett de pie en el umbral. La luz de la luna que entraba por las ventanas bañaba su hermoso rostro en luz y sombra. Su camisa estaba desabotonada, al igual que sus pantalones.

Inhalé su aroma como si fuera una droga. No podía tener suficiente de él, incluso si estaba muriendo después de cada noche.

—Estás casado —murmuré, apretando las delgadas sábanas bajo mis manos—. Rhett, no creo que debamos continuar...

—¿Nosotros? —Avanzó y se detuvo al pie de mi cama—. ¿En qué mundo hay un nosotros? Bájate de la cama y quítate el vestido. He tenido un mal día y necesito el alivio que me brinda tu coño.

Mis mejillas ardieron. ¿Cómo podía hablarme de esa manera? Peor aún, ¿cómo podía yo disfrutar de esto?

Me levanté, temblando contra su cuerpo caliente, pero no hice ningún movimiento para desvestirme.

—Tu esposa, la princesa...

—...no es asunto tuyo —me agarró la cara—. ¿Qué es esto? ¿Unos pocos meses en mi castillo y crees que tienes permitido expresar tu opinión no deseada? ¿He sido demasiado indulgente contigo?

Me temblaron los labios. Una agonía recorrió mi pecho y no pude contener las lágrimas. Me estaba quebrando, desmoronándome.

Él observó mis lágrimas caer con un destello de arrepentimiento en sus ojos.

Suavemente, su otra mano buscó consolarme. Se deslizó bajo el dobladillo de mi vestido, moviéndose contra mi muslo. Me apretó con avidez, presionando su nariz contra mi mejilla para inhalar mi aroma. Mi cuerpo ondulaba contra el suyo, anhelando más, respondiendo a su tacto de formas que no podía controlar.

En momentos como estos, podría engañarme creyendo que esto era afecto. Las miradas fugaces en sus ojos, la expresión de remordimiento en su rostro, pero siempre cambiaba rápidamente a esa fría máscara de ira. Quizás todo era una artimaña para confundirme.

—¿Por qué estas lágrimas? —Sostuvo mi barbilla con cuidado, como si no quisiera lastimarme.

—¿Por qué finge que le importa? ¿Eh? ¿No es esto lo que quiere? ¿Verme triste y miserable? — Aparté mi rostro de su agarre, confundida—. ¡Un minuto está frío, al siguiente está caliente! ¿Así es como finge preocuparse por los demás también? ¿Como su esposa, Fiona? La usó para acabar con el escándalo. Igual que me usa a mí, cada noche.

Sentí que mi ira se agitaba, burbujeando caliente a través de mis lágrimas.

—¡Dice que me odia! ¡Me llama de todo! ¡Pero todas son excusas! ¡Está enfermo, Rhett! ¡Todos son marionetas para usted!

Ignorando mis palabras, Rhett de repente agarró mi brazo derecho, mirando fijamente el vendaje ensangrentado en mi codo.

—¿Qué demonios es esto? ¿Quién te lo hizo?

—No puede simplemente...

—¡Dime quién se atrevió a ponerte una mano encima, ahora mismo! —rugió, con los ojos entrecerrados—. Cada centímetro de tu cuerpo me pertenece, cada aliento que escapa de estos labios, cada mechón de pelo de tu cabeza... ¿qué le pasó a tu maldito cabello?

¿Recién lo notaba?

Me habría burlado si no estuviera tan confundida. Cuando actuaba tan posesivo, satisfacía mis instintos más básicos. Podía engañarme pensando que era verdaderamente mío, y solo mío. Sin embargo, nada de esto era real. Solo me lastimaría más de lo que ya lo había hecho.

—Yo... yo... tropecé en las escaleras y me lastimé el codo —mentí—. Y mi cabello se interponía en las tareas, así que lo corté...

—Suficiente —dijo bruscamente, como si tratara de convencerse a sí mismo de que no le importaba, girándome y empujándome sobre la cama—. Te tomaré por detrás esta noche, con una vista completa de la marca, para poder recordarme lo que representas y cuánto odio siento por ti.

—Esto está mal... —Me levanté, bajando mi vestido—. ¡Mi príncipe, por favor, vuelva con su esposa!

—¡No la menciones!

Un extraño sonido proveniente de la puerta interrumpió nuestra discusión. Nos quedamos en silencio y escuché pasos alejándose.

—¡Alguien está escuchando! —Me horroricé, alejándome de la cama.

Rhett me atrapó, presionándome de vuelta contra el duro colchón y encerrando mi cuerpo con el suyo. Sus ojos brillaban con un destello divertido, oscureciéndose en un hambre voraz antes de volver prontamente a devorar mi cuerpo. Sus labios, su lengua, sus dientes probaban y mordisqueaban mi piel.

Me di cuenta de que él había sabido todo el tiempo que alguien estaba en la puerta. Sin embargo, dejó que escucharan. Mostraba hasta dónde estaba dispuesto a llegar, solo para degradarme.

Después de eso, fui derrotada, mi voluntad se desmoronó en polvo. Mientras me desnudaba y despertaba un placer desvergonzado en mi cuerpo, toda precaución huyó al fondo de mi mente.

Me sentía inusualmente enferma y cansada, pero aún me quedaba mucho trabajo por hacer en el día. Mientras limpiaba los suelos de mármol del salón, un grupo de damas de la corte irrumpió. Yo estaba agachada detrás de una estatua, así que no me notaron, demasiado absortas en su propio chismorreó.

—¡No puedo creer que nada de esto sea cierto!

—¡Pero lo es! ¡Lo escuché de mis damas de compañía! ¡El príncipe prefiere la cama de su sucia esclava a la de su esposa!

Todas dejaron escapar sonidos de conmoción e indignación.

Mi corazón se detuvo en seco. Mis manos comenzaron a temblar porque, aunque esperaba cierto nivel de chismes, ¡no creía que llegara incluso a la élite! ¡Esto era malo!

—¡Cada alma en el castillo sabe lo que ha estado sucediendo bajo el manto de la noche! ¡Quizás la princesa Fiona también lo sepa y no tenga más opción que callar para evitar más humillación! ¡Imaginen compartir a su marido con semejante ser inferior, señoras!

—¡Me da lástima! ¡Oh, ninguna mujer merece un marido infiel!

—Una de las sirvientas afirmó haberlos escuchado anoche. ¡El príncipe ni siquiera quería oír hablar de su esposa! Parece que podría detestarla...

—Eso tiene mucho sentido —añadió otra—. ¿No les parece extraño que el príncipe se negara a deshacerse de esa criminal? En su lugar, ¡la sacó de las mazmorras y la dejó deambular por nuestro precioso castillo! ¡Tradiciones y un cuerno! ¡Estoy segura de que el consejo habría permitido su ejecución en aras de la justicia!

—También me parece extraño que el príncipe Rhett volviera al trabajo inmediatamente después de la boda. ¡Estoy segura de que pasó su noche de bodas en los brazos de su esclava!

—¡Qué horrible! Si Fiona no puede manejar a su propio marido, ¿cómo manejará alguna vez ser reina? Quizás el príncipe planea reemplazarla con Nalia...

—¿Eso creen? —interrumpió la princesa Fiona con voz mordaz.

Todas gritaron de miedo. Me sobresalté al ver que la princesa había entrado en la habitación sin ser notada. ¡Y lo había escuchado todo!

—¿Preferirían todas ser gobernadas por una miserable niñita? —continuó fríamente—. ¿Cómo se atreven a cuestionar mi capacidad para ser reina? ¡Debería castigarlas a todas y desterrarlas del castillo por conspirar contra su futura gobernante!

Se giró para mirarme con furia.

—¡Sal de detrás de esa estatua antes de que te arrastre! ¡Ahora!

Dudé, solo porque nunca la había visto tan enojada antes. Fiona soltó un gruñido, avanzando hacia mí. Pateó la estatua al suelo, y esta se hizo añicos con un estruendo explosivo. Más gritos llenaron la habitación, los míos mezclándose con los de ellas, mientras la princesa me empujaba hacia adelante.

—¿Ves lo que has hecho?! —gritó—. ¿Socavando mi presencia?! ¡Cada lengua en el castillo se mueve con tu nombre! ¡Creen que me quitarás el trono! ¿Eso también es parte de tu plan?

Ni siquiera tuve la oportunidad de hablar antes de que me abofeteara.

—¡Contéstame! —gritó—. ¿No tienes el valor de admitirlo?

Me empujó de nuevo y me estrellé contra los escombros. Los gritos, la histeria de Fiona, era demasiado. Me estaba llenando de náuseas cegadoras. Aun así, no pude reunir las fuerzas para vomitar y me desmayé.

Cuando recuperé la consciencia, Dana estaba en mi habitación, arropándome con las sábanas alrededor de mi cuerpo febril. Gemí, tratando de entender qué estaba pasando. Pero vi la mirada preocupada en su rostro.

—¿Estoy tan enferma? —gemí.

—Estás embarazada, Nalia. El sanador lo ha confirmado.

Me senté en silencio, contemplando lo que acababa de escuchar. Su simpatía hizo que el mensaje calara hondo.

—No estoy embarazada —con labios y manos temblorosas, me acaricié el vientre—. Eso no puede ser cierto... No puedo...

—Lo estás —dijo firmemente—. Llevas al heredero del príncipe Lycan.

El terror se apoderó de mí de inmediato.

Mi corazón se ralentizó y mi cerebro se quedó en blanco. Un sudor frío envolvió todo mi cuerpo y las lágrimas nublaron mi visión. Mi mente corría aterrorizada, porque Fiona me destrozaría. Los Lycans me matarían si alguna vez se enteraran, y Rhett... él detestaría a este niño o me obligaría a deshacerme de él.

—¡No! —me estremecí, agarrando a la cambiante Cuervo—. Yo... esto no puede ser... ¿A- alguien lo sabe? ¡No puedes decírselo a nadie! El sanador tiene que mantenerlo en secreto, por favor... —empecé a sollozar—. Ayúdame a proteger a mi bebé. ¡Nadie puede saberlo, Dana!

—Te prometo que todo estará bien. Pude conseguir esto —levantó un frasco—. Frótalo en tus puntos de pulso. Ayudará a ocultar tu olor alterado debido al embarazo. Es un milagro que nadie lo haya notado antes.

—El olor alterado solo se hará más fuerte a partir de ahora —me froté desesperadamente el aceite fragante—. No podré ocultarlo por mucho tiempo.

—Encontraremos una solución. Por ahora, debes fingir estar enferma...

La jefa de las criadas irrumpió, frunciendo el ceño con desaprobación.

—¿Qué es esto que oigo sobre que te desmayaste durante el trabajo? —exigió—. ¿Y frente a la princesa, nada menos? ¿Después de destruir una costosa estatua antigua?

Tartamudeé: —Yo... lo siento, yo...

—La esclava está enferma con un terrible resfriado, jefa de criadas —Dana se enderezó—. Como el príncipe está fuera por negocios, no hay mucho uso para ella. Le aconsejaría que la deje confinada en su habitación. No tiene sentido arriesgarse a que su enfermedad se propague por el castillo. Usted y yo ya estamos expuestas.

La jefa de criadas retrocedió de inmediato. —¡Bien! ¡Te encargarás de tu desastre en cuanto te mejores!

Durante los siguientes dos días, me dejaron sola hasta las horas impías de la segunda noche, cuando una aterrorizada Dana me sacudió del sueño.

—Vienen por ti —su susurro fue apresurado—. Fiona sabe que estás embarazada. Tienes que irte, ¡ahora! ¡Ahora, Nalia!

Me arrastró fuera de la cama y de la habitación. Mi corazón saltó a mi garganta, con un pánico enfermizo acumulándose en mi vientre. Corrimos tan rápido que nuestros pulmones no podían seguir el ritmo de nuestras piernas.

La corte Lycan tenía un diseño circular con el castillo en el centro, pero el túnel por el que pasábamos iba recto sin giros. Me estaba llevando por una parte del castillo que nunca había visto antes. Estaba oscuro y húmedo.

—El sanador se lo contó. Sus guerreros están cerca —la voz de Dana era sombría—. Tienen órdenes de matarte.

El miedo era un puño frío alrededor de mi garganta, ahogándome con un pánico ciego.

Irrumpimos en el denso bosque, solo para escuchar gruñidos feroces justo detrás de nosotras. Ojos violentos brillaban en la oscuridad, mientras pesados pesos se estrellaban entre las ramas.

Nos habían encontrado.

—¡Rápido! El bosque conduce fuera del territorio Lycan. ¡Corre por tu vida, Nalia. No mires atrás!

Di unos pasos hacia la oscuridad, pero me detuve para mirar a Dana con gratitud. Había arriesgado su vida para salvarme. No podía creer que alguien pudiera ser tan leal y que yo la hubiera seguido instantáneamente, confiándole mi vida y la de mi bebé.

—Dana... —susurré, pero no estaba segura de cómo agradecerle. Ella me empujó hacia adelante.

—No saben que estoy aquí. No te preocupes por mí. ¡Ve!

Tropecé hacia atrás con urgencia, vislumbrando cómo se transformaba en su forma de Cuervo y volaba justo cuando los guerreros aparecieron a la vista. Huí, sin saber si alguna vez la volvería a ver.

Aceleré el paso, solo para ser derribada por una flecha envenenada. Mi grito resonó por el bosque mientras mi loba intentaba desesperadamente tomar el control. El veneno había paralizado a mi loba y ella no podía. Si dejaba de correr, me paralizaría a mí también.

Usaron flechas en lugar de armas, lo que significaba que esto estaba destinado a ser una cacería silenciosa y macabra.

Las ramas arañaban mi piel, la magullaban, me hacían sangrar. Mis cazadores eran feroces, pero yo era rápida. Esa era la única ventaja que teníamos las Omegas debido a nuestro pequeño tamaño.

Otra flecha se alojó en mi muslo y tropecé, gritando de angustia. Mis movimientos se volvieron lentos por la pérdida de sangre y mi cabeza daba vueltas. Me estaba quedando sin aliento y el veneno se estaba apoderando de mí. Había puesto una buena distancia entre mis atacantes y yo, pero rápidamente estaban ganando terreno en mi rastro.

No pude soportarlo más y mis rodillas cedieron.

Unas manos firmes me atraparon antes de que golpeará el suelo, y la voz de un hombre calentó mis oídos. —Descansa, Nalia. Estás en buenas manos ahora.

En mi visión borrosa, apareció un rostro. Era un anciano que sonreía.

Capítulo Cuatro

Rhett

Cinco años después

—Está sangrando, señor.

Bajé la mirada hacia mi mano y vi que había aplastado mi taza de café con mi agarre.

Los afilados fragmentos se clavaban en mi piel en profundos cortes. El dolor era un cambio bienvenido frente al vacío que se alojaba en mi pecho. Me recordaba que aún era capaz de sentir algo más que ira.

Fred, mi asistente personal, llamó apresuradamente a la enfermera de la empresa. Ella llegó en un santiamén, atendiendo mis heridas y murmurando disculpas.

—¿Se encuentra bien, señor Voltaire? —preguntó Fred—. Podemos posponer esta discusión para más tarde.

—No —me levanté, apartando mi mano del agarre de la enfermera—. Este problema debe resolverse. Inmediatamente.

Un frío desdén hacia la Cooperación FangThorne se extendió por mi ser.

Se habían atrevido a arrebatarme uno de mis clientes más importantes.

Y ese era solo uno de muchos en las últimas cuatro semanas. Eran solo pequeños inversores a los que consideraba prescindibles hasta ahora. Este cliente en particular era lo suficientemente grande como para finalmente captar mi atención.

—¿El señor Houseman no tuvo ninguna queja de que lo descuidáramos, verdad? —pregunté, paseándome frente a la pared de cristal—. Comuníqueme con él inmediatamente.

Cuando Fred lo intentó, se volvió con noticias desagradables. —Está indispuesto, señor.

—¿Les hizo saber que quiero hablar directamente con él? —espeté.

—Lo hice, señor —respondió—. Es la misma respuesta.

El equipo del señor Houseman dio la misma respuesta durante los siguientes catorce días. Para entonces, había perdido la maldita paciencia. Golpeé la mesa con los puños, fulminando con la mirada a los gerentes que se inclinaban ante mí.

—¿Alguien se digna a ofrecer una explicación de por qué hemos registrado una pérdida sin precedentes de inversores y un cliente clave a favor de FangThorne? —exigí—. Nuestra empresa tiene el monopolio de los principales negocios en Ciudad Sterling, así que ¿qué puede tener de atractivo FangThorne que nosotros no proporcionemos ya, joder?

Los gerentes estaban aterrorizados por mi creciente mal humor. Y deberían estarlo, porque los Fangthornes no tenían ventaja sobre mí en el mundo de los negocios. Simplemente se beneficiaban de la anterior familia gobernante que controlaba la empresa cuando aún estaba bajo el nombre de Dimitri.

Aun así, ¡eso no era suficiente para que me robaran mis clientes!

Me volví hacia Fred. —¿Investigaste este asunto?

—Sí, señor —me entregó un archivo—. Las investigaciones apenas arrojaron información, pero se mencionó a cierta CEO que firmó para asumir el poder por los ejecutivos de FangThorne hace tres meses.

Saqué un par de fotos del archivo.

En ellas aparecía una mujer con abrigos holgados y sombríos. La mitad superior de su cuerpo siempre estaba cubierta por un paraguas, un sombrero o guardaespaldas. Era casi imposible obtener una imagen clara de ella a partir de las borrosas instantáneas.

Fred continuó: —Se dice que el ascenso de la señorita Fangthorne fue muy controvertido, y muchos rechazaron su toma de control. Todos los que se resistieron fueron despedidos y no revelarán nada. Algunos dijeron que es la sobrina lejana de Darius Fangthorne. Otros creen que es su joven amante. Nadie lo sabe con certeza, excepto que es una excelente estrategia empresarial.

—¿Estás diciendo que es una amenaza para nosotros? —lo miré con los ojos entrecerrados.

Incluso mientras preguntaba, ya conocía la respuesta.

—¿Dónde están sus registros? —exigí, agitado por esta mujer sin rostro.

—Es extremadamente reservada. No se encuentra nada, ni siquiera su nombre completo. Sí averigüé que recibió una formación empresarial y política muy intensiva de profesores altamente cualificados en los últimos años. Los profesores también son anónimos.

Fred negó con la cabeza. —No muchas cosas pueden escapar a nuestro software espía, señor. Pero ella sí puede, lo que significa que tiene individuos poderosos manteniendo su secreto. Le aconsejo que nos preparemos para la batalla. Parece que tiene la mira puesta en derribar a Voltaire y reemplazarnos con la empresa de hombres lobo...

Mientras hablaba, sonó mi teléfono.

Era el Anciano James, que llamaba para recordarme la reunión del consejo programada para la noche. Colgué, sintiendo que mi frustración se duplicaba ante la perspectiva de regresar a la corte de los licántropos.

—¡Mi príncipe! —llamó Fiona melódicamente, sus ojos verdes iluminándose—. Has vuelto. Me alegro tanto de que estés de vuelta en casa.

Las doncellas que le masajeaban los pies se detuvieron para que pudiera levantarse de la silla. Se movió para abrazarme, presionando su rostro contra mi cuello, inhalando profundamente.

—Nuestro hijo necesita el aroma constante de su padre, para que sea nutrido en mi vientre por las esencias de ambos —acunó mi rostro con una sonrisa—. Te ves tan apuesto como siempre, Rhett. Nuestro pequeño licántropo se parecerá a ti.

Bajé la mirada hacia su vientre, que estaba tan plano como siempre. —¿Cómo puedes saber que es un niño? Todavía estás en las primeras etapas del embarazo. Apenas hay un desarrollo significativo.

Mis palabras eran insensibles. Era consciente de ello. Pero no podía obligarme a preocuparme por un embarazo que se había producido sin mi consentimiento. Pero cumpliría con mi deber como padre, sin importar qué.

La falsa sonrisa de Fiona desapareció, y mentalmente despidió a las doncellas.

Una vez que estuvimos solos en la habitación, me aparté para quitarme el abrigo.

—Puedes dejar el teatro, Fiona. Sé que no te alegras de verme regresar.

Ella se encogió de hombros. —Tú tampoco te alegras de volver aquí. Uno pensaría que estás casado con tu empresa. No me importa, siempre y cuando cumplamos con nuestro deber oficial y aparezcamos como una pareja feliz ante nuestros súbditos. Eso es todo lo que importa.

Apreté la mandíbula, girándome para mirarla fijamente.

Seguía sin mostrar remordimiento por lo que había hecho. Me sentía violado y decepcionado. Nuestro matrimonio había sido necesario hace cinco años, pero ahora me encontraba preguntándome si realmente tenía que aguantarlo.

—¿Qué? —Puso los ojos en blanco—. ¡No me digas que sigues enfadado por ese pequeño incidente, Rhett!

—¿Pequeño? —Me cerní sobre ella, pasando mis garras por su cuello—. Te aprovechaste de mí en un estado drogado para causar un embarazo que yo no quería.

Fiona era la única persona que había conocido que nunca temblaba de miedo ante mí. Pero ahora, retrocedió un paso, protegiendo su vientre.

—También fui una víctima. Castigué al jardinero que había cosechado accidentalmente los hongos alucinógenos, ¡pero eso no puede cambiar nada! ¡Tuvimos sexo y quedé embarazada! ¡Estas cosas pasan! Además, ¡esa fue la única vez que dormiste conmigo en todo nuestro matrimonio! —Mostró sus colmillos—. Incluso pasaste nuestra noche de bodas en los brazos de...

Se contuvo justo a tiempo, pero las palabras no pronunciadas quedaron suspendidas pesadamente en el aire entre nosotros.

Todo mi cuerpo se quedó inmóvil ante la casi mención de ella.

Nalia.

Cerré los ojos e inhalé entrecortadamente, tratando sin éxito de bloquear todos los pensamientos sobre ella.

Ahora estaba muerta. No tenía sentido pensar en fantasmas.

Aun así, cada vez que recordaba aquella noche, al regresar al castillo solo para escuchar que ella había escapado, todo mi ser se sumía en la angustia. Según los informes, Nalia había huido al bosque de los licántropos del sur, donde fue despedazada por bestias salvajes.

Me apresuré a ir allí yo mismo para salvarla, no podía aceptar su muerte. No estaba listo para examinar por qué, pero no podía creer que se hubiera ido. Su sangre y el olor de su terror impregnaban el bosque, pero su cuerpo no se encontraba por ninguna parte.

Nunca sentí el sentido de justicia que todos los demás esperaban de mí.

Algo se arrancó de mi pecho esa noche.

Sentí un arrepentimiento cegador. Luego rabia, porque no estuve allí para protegerla de un final tan miserable. Al final, ella era solo una traidora y una esclava. Esas emociones no tenían cabida en mí, así que las enterré todas bajo una máscara fría.

Pero incluso mientras salía de mis aposentos privados y me dirigía a la sala del consejo para la reunión, mi corazón palpitaba con un dolor familiar. Me había acompañado desde entonces, como si ella aún estuviera viva.

—La coronación será en dos semanas —sonrió el Anciano James—. Enviaremos invitaciones a todos los dignatarios importantes para que asistan al evento. ¿Hay algún invitado especial que deseéis que asista, Su Alteza?

—¿Su Alteza?

Levanté la vista para ver que toda la mesa me miraba fijamente.

Con indiferencia, les hice un gesto para que continuaran mientras yo volvía a mis enfurecidas cavilaciones sobre la Compañía Fangthorne. Era como un gusano en mi cabeza del que no podía deshacerme. Y cuanto más pensaba en ello, peor se gestaba mi temperamento.

El estrés en el trabajo, el embarazo no deseado, las constantes discusiones con Fiona, la carga de gobernar... todo me estaba llevando al límite. Había sido miserable durante años, pero mantenía un exterior impecablemente pulido ante el mundo exterior. Nunca podía mostrar debilidad.

Algún otro Anciano estaba hablando: —¡Nos hemos estado preparando para este día durante años! El trono ha estado vacío durante demasiado tiempo. Me alegra que el Príncipe Rhett pueda finalmente asumir el manto de su padre.

Vitorearon, mientras yo apenas disimulaba mi disgusto.

Nunca quise ser rey. Los asuntos de la corte eran demasiado molestos, y yo prefería el despiadado campo de juego de los negocios. Esa era mi especialidad, y sobresalía en ella, alcanzando el estatus de multimillonario a una edad muy temprana y elevando el legado Voltaire a una riqueza inconmensurable.

La corona era la carga de mi hermano mayor. Para él era perfecto, porque amaba a la gente, la corte, y le encantaba gobernar. Mathias fue asesinado antes de poder ascender al trono.

—¡Creo que debemos nuestro agradecimiento al Alfa Julius de la Manada Redwood! Porque sin su captura del asesino del príncipe heredero, las investigaciones nunca se habrían cerrado — exclamó el Anciano James—. He enviado invitaciones especiales al Alfa, para mostrar nuestra...

—¿Invitaciones especiales? —interrumpí—. ¿Quién coño te dio permiso, James?

El consejo quedó en silencio, intercambiando miradas cautelosas.

El Anciano James palideció. —Su Alteza, el Alfa Julius es nuestro aliado, y gracias a él, pudimos hacer justicia por el difunto príncipe.

—¡Eso no responde a mi puta pregunta! —rugí—. Ese cabrón no merece un reconocimiento especial de mi consejo. No se puede confiar en esos malditos lobos, ¿entendéis?

—Lo que mi esposo quiere decir —intervino Fiona, acercándose elegantemente hacia mí—, es que Julius no debe ser puesto en un pedestal por ninguno de vosotros. Es un insulto a vuestro príncipe.

—Princesa —la reconocieron.

El Anciano James inclinó la cabeza. —Por supuesto, lamentamos haber sido desconsiderados, Príncipe Rhett. El Alfa Julius nunca será puesto en un pedestal en nuestra corte, no mientras la Diosa nos ha regalado un gobernante maravilloso como usted.

Ella sonrió y me acunó el rostro. —Rhett ha tenido un día largo. Está estresado y cansado. Por

eso se mostró un poco duro. Por favor, contadme más sobre los preparativos de la coronación, ¡estoy tan emocionada!

No pasé por alto la forma en que Fiona intervino para salvar el día, pintándose de blanco, en contraste con mi oscuridad.

La oscura celda del calabozo aún tenía manchas de sangre de la ejecución de hacía dos semanas.

Caminaba de un lado a otro de la celda, sumido en mis pensamientos, deteniéndome solo cuando una risa femenina cortó la oscuridad. Me acerqué a la celda contigua, donde Lydia Fangthorne estaba encarcelada.

—Sigues visitando esa celda, Príncipe Rhett —ronroneó—. ¿Acaso te arrepientes de haber ejecutado tan rápidamente al asesino de tu hermano? ¿Recuerdas que te dije que lo mataras lentamente? Que sintiera una angustia inconmensurable por lo que le hizo a tu hermano.

Sus ojos oscuros brillaron bajo la tenue antorcha mientras una sonrisa curvaba sus labios.

—Deberías preocuparte por tu propia situación, Lydia —dije secamente—. El consejo aún no ha decidido qué hacer contigo.

—¿Qué quieres hacer conmigo?

—¿Por intentar envenenar a mi esposa embarazada? Decapitación —Arqueé una ceja—. Pero que seas la Luna de Julius complica un poco las cosas. Dado que todos lo están celebrando por atrapar al asesino, los ancianos no tienen prisa por condenar a su esposa.

—Todavía no puedo creer que me haya dejado pudrir aquí —se burló—. Esto nunca habría pasado si simplemente te hubieras rendido ante mí, Rhett.

Me reí.

—Julius no tiene idea de que estás intentando acostarte conmigo, ¿verdad? Que su Luna está trabajando en sus propios objetivos a sus espaldas. Fallaste en seducirme y luego intentaste darle a Fiona una bebida envenenada. Agradece a tus malditas estrellas que todos estuvieran borrachos y apenas lo notaran, o tu caso no sería tan discreto. Julius no vendrá a salvarte de la cárcel. Él cree que terminaste aquí por una pelea de mujeres con Fiona. ¿Debo decirle la verdad?

—¿Qué propósito te serviría eso? —Parecía confiada—. ¿Quieres arruinar la paz que mi esposo ha traído entre nuestros pueblos? Él te trajo al asesino, tuvimos un gran festín, y en ese festín podrías haber aprovechado la oportunidad para follarme. Todavía puedes hacerlo ahora. Las mazmorras están vacías. Nadie nos oirá ni nos verá.

Guiñó un ojo y se rio.

El Alfa Julius había llegado al castillo hace dos semanas, con un criminal curtido por el tiempo a cuestas. Había sido aprehendido mientras intentaba cometer un asesinato similar al de un rico comerciante licántropo del Clan Redwood.

Una hoja de plata en el corazón, igual que mi hermano.

El criminal confesó frente a mí, los ancianos y todos los presentes. Afirmó haber amenazado a Mathias para obtener una suma masiva de dinero que lo haría rico de por vida. Mi hermano se negó, así que lo mató. No había ninguna agenda política oculta, y nadie lo había enviado.

Mathias simplemente murió por la codicia de un asesino.

¿Creía yo semejante patraña? Ni de coña. Había mantenido una intensa investigación sobre la muerte de mi hermano durante cinco años y no pude llegar a la raíz del asunto. Pero que Julius atrapara convenientemente al asesino, ¿así sin más? Era sospechoso, y no le creía ni confiaba en ese cabrón.

Aun así, mi gente sí lo hizo. Así que tuve que seguir el juego, ejecutar al "asesino" de mi hermano y cerrar la investigación.

—Estarás aquí por mucho tiempo, Lydia —Me aparté—. Usa el tiempo para reflexionar sobre tus acciones.

—Empiezo a pensar que tienes un fetiche con las mujeres encarceladas —escupió—. ¿Recuerdas a tu compañera esclava rechazada? ¿Fue esta la misma celda en la que la pusiste hace todos esos años?

Gruñí ferozmente, golpeando contra los barrotes en un instante. Mi mano se cerró alrededor de su garganta, mis garras perforando ligeramente la piel.

Tosió. —Está muerta. Eso es lo que crees, ¿verdad? Entonces, ¿por qué te alteras tanto?

—Lydia —advertí, un tinte rojo nublando mi visión.

Aunque comenzaba a temblar, una sonrisa curvó sus labios. —Yo no creería ni una palabra de lo que dice Fiona si fuera tú.

¿De qué demonios estaba hablando?

Rígido de contención, aparté mi mano de ella. Se desplomó, jadeando y tosiendo.

Hirviendo de rabia, me alejé de la celda. Su voz jadeante me llamó.

—¡Felicidades por tu coronación, por cierto! ¡Escuché las buenas noticias de los guardias!

Era el día de nuestra coronación. El gran salón estaba lleno de dignatarios y ciudadanos, vitoreando y ataviados con sus mejores galas. Fiona estaba a mi lado, sonriendo y disfrutando de su admiración. Pero para mí todo era asfixiante.

Entonces, la voz del heraldo resonó. —¡Bienvenido, Alfa Julius del Clan Redwood! En compañía de... de...

Un silencio cayó, rompiéndose en murmullos. Levanté la mirada para ver a Julius, y en su brazo, había una mujer que se suponía estaba muerta.

Nalia.

Mi corazón se detuvo.

No podía ser ella. Sentí que mi pecho se apretaba mientras observaba a la hermosa y esbelta Omega, impregnando el gran salón con su familiar aroma dulce. Su piel pálida estaba impecable, una sonrisa curvaba sus exuberantes labios rosados, y su cabello castaño era extremadamente largo y ondulado. La tela roja que abrazaba sus curvas femeninas y voluptuosas era de pura y rara seda.

Esta persona era vastamente diferente, era regia.

La risa de Julius rompió el silencio. —¡No podía asistir a un evento tan importante solo, así que traje una cita! ¿No es hermosa?

La multitud estalló en un confuso alboroto, los Ancianos intercambiando miradas pálidas. Mis ojos estaban fijos en ella, pero era abrumador. El dolor se avivó en mi pecho, con restos de nuestro vínculo roto.

Ella miró hacia el estrado hasta que sus brillantes ojos azules se encontraron con los míos. Pero no había reconocimiento para mí en su rostro. Dolía profundamente, y me quedé paralizado, preguntándome de dónde venía este dolor.

Cada miserable año de su ausencia volvió de golpe, el mundo entero recuperando color con su aparición. Pensé que no sentía nada. Más bien, pensé que estaba ocultando bastante bien las emociones fuera de lugar. Pero no era así.

Cinco años mintiéndome a mí mismo que la odiaba, ahora parecían una ilusión. ¿Qué clase de hombre sentía esto por una enemiga? Lo que sentía ahora era tan potente que dudaba en nombrar la emoción. ¿Era alivio? ¿Arrepentimiento? ¿O algo que no me atrevía a admitir?

—¿Cómo es esto posible? —susurró Fiona, su piel pálida por la conmoción—. Está muerta. Esa esclava está muerta.

Observé su silencioso colapso y me di cuenta de que Fiona había mentido. Ella había fabricado todo.

—Fiona —murmuré, mi tono mortalmente calmado—. ¿Qué le hiciste a Nalia?

El nombre no utilizado sabía extraño en mi lengua después de tanto tiempo. Y la reacción de Fiona a mi pregunta confirmó mis sospechas.

Ella había intentado matar a Nalia. Las palabras de Lydia resonaron en mi cerebro, como si me hubiera estado dando una pista.

Me aferré a mi muro de frialdad, conteniendo mi ira hirviente, y completé la ceremonia. Recité mis votos, escuché las promesas de lealtad, todo mientras me sentía vacío. La corona del rey fue colocada sobre mi cabeza.

—¡Les presento a su rey y reina! —gritó el Anciano James—. ¡Larga vida al Rey Licántropo Rhett Voltaire! ¡Larga vida a la Reina Licántropa Fiona!

Los cánticos recorrieron la sala, sacudiendo los cimientos mismos del castillo.

—Su Majestad, ¿cuál será su primera orden como rey?

No hubo vacilación cuando di mi orden. —Arresten a la Reina Fiona... ¡por engañar a su rey!

Capítulo Cinco

Nalia

Mi corazón se ralentizaba y aceleraba con sentimientos que nunca murieron dentro de mí.

El padre de mi hijo, el rey licántropo que me rechazó, brutalizó y esclavizó. Sin embargo, también era el hombre que me había hecho sentir un placer que excedía los límites, el que me había robado el corazón, solo para estrellarlo contra el suelo al casarse con su prima.

Una ira agridulce me invadió. No, no podía dejar que él me debilitara de nuevo. Había pasado todos estos años fortaleciéndome por el bien de mi hijo, solo para que Julius pusiera mi vida patas arriba. Me había arrastrado de vuelta aquí como una muñeca en exhibición.

Rhett Voltaire era la última persona que quería volver a ver.

La multitud se estaba agitando, algunos gritaban tan fuerte que me trajo recuerdos de cuando estaba a su merced. Julius apretó su agarre sobre mí, y me estremecí, sintiéndome nauseabunda. Muchas de las personas me miraban acusadoramente, como si hubiera arruinado la coronación. Todavía me veían como una esclava, y lo único que me protegía de ser despedazada era la presencia del Alfa Julius.

El Anciano se volvió rápidamente hacia la multitud.

—La ceremonia ha terminado. La gran fiesta comenzará afuera en los terrenos del castillo. ¡Por favor, diríjense allí rápidamente! ¡Nos uniremos a ustedes en breve!

Los guardias condujeron a la multitud fuera del gran salón, dejando solo a la élite atrás. Una vez hecho esto, Rhett se abalanzó sobre ellos con toda su fuerza e ira. Era familiar, pero diferente. Parecía más tenso, más estricto, como si su vida solo hubiera empeorado desde hace cinco años.

—Me traicionaste, Fiona, al intentar matar a mi esclava. No solo fallaste en hacerlo, sino que fabricaste una mentira que toda la corte creyó durante años —gruñó—. Ella estaba bajo mi protección, ¡y mostraste un desprecio flagrante por mi autoridad!

—¿De verdad estás arrestando a tu reina por la reaparición de una esclava? —tronó Fiona—. Una traidora y una simple criminal...

—Preferiría que no insultara a mi acompañante de esa manera, Reina Fiona —interrumpió Julius el alboroto, dando un paso adelante y arrastrándome con él—. Sí, fue una esclava para ustedes hace muchos años, pero ya no. Ahora está bajo mi cuidado y protección como una mujer libre. Su pasado es irrelevante, y aun con eso, hemos encontrado al verdadero asesino del difunto príncipe. Ella es inocente de ese crimen.

¿Libre? Seguía siendo una esclava. Simplemente no me di cuenta hasta que fue demasiado tarde.

—¡Sigue siendo la hija de traidores! —gritó Fiona—. ¡Nunca seré insultada de esta manera por alguien como ella! Y tú, Julius, ¿la trajiste aquí para lograr qué exactamente? ¿Para arruinar mi coronación con su desagradable presencia?

—¡Fiona! —tronó Rhett. No me estaba mirando. Se negaba a mirar en mi dirección de nuevo—. Si pudiste faltarle el respeto a mis deseos de esa manera por algo tan "menor" como una esclava, ¿quién sabe de qué otra forma intentarás socavar mi autoridad? ¡Pasarás las próximas semanas en confinamiento absoluto, reflexionando sobre tus acciones hasta que sientas remordimiento!

Los Ancianos intercambiaron miradas de asombro. Rápidamente todos se inclinaron a los pies de Rhett.

—¡Mi rey! ¡Por favor, muestre misericordia a la reina! ¡Está embarazada, y no es saludable para ella estar confinada como castigo! ¡Podría ser demasiado para que lo soporte!

—Su majestad, la esclav... quiero decir, Nalia Ashryver —el Anciano escupió mi nombre—, ahora está en buenas manos, así que creo que sus preocupaciones están aplacadas. Por favor, tenga misericordia de la reina. Creo que ella solo tenía en mente el bienestar de la corte.

Mientras suplicaban, Rhett me miró de nuevo. Estaba dividida entre encogerme detrás de Julius y dejar que mi desdén por todos ellos se mostrara. ¿Por qué actuaba como si le importara lo que realmente sucedió esa noche? Lo único que se había herido era su ego porque su esposa se atrevió a actuar a sus espaldas.

Eso era todo.

Aparté la mirada de él desafiante, fingiendo que no estaba al borde de un ataque de pánico. El ruido, las caras, el castillo en sí; todo era increíblemente traumático para mí. Odiaba a Julius por chantajearme para venir aquí. Era un bastardo cruel.

Fiona vio que sus súplicas no estaban logrando conmover a Rhett. Recuperó el control de su conmoción y se compuso una vez más. Se acercó a él, colocando una mano en su brazo.

—Déjame compensarte por esto, mi rey. Genuinamente pensé que hacía lo correcto, pero ahora veo que estaba equivocada. Te compensaré resolviendo todos los nuevos problemas que surgen en la empresa. Traeré de vuelta a los inversores, los clientes...

—Reina Fiona —Julius se rio entre dientes—. ¿Podría estar hablando de tomar los inversores y clientes que ya se asociaron con mi empresa?

Fiona le lanzó una mirada funesta.

—¡Ningún negocio respetable iría por ahí robando de otras empresas! ¡Simplemente recuperaré lo que es legítimamente mío!

Su voz hizo eco, y la tensión en la habitación tomó un tono más oscuro y diferente.

La sonrisa de Julius desapareció.

—Reina Fiona, ¿está sugiriendo que la compañía FangThorne es mediocre? ¿Es eso lo que tiene que decir sobre los hombres lobo que han sido aliados de su especie durante cien años? Le aconsejaría, su majestad, que elija sus palabras con cuidado. Mi compañía merece tener buenos socios y clientes también, y trabajamos muy duro para lograrlo. Estaría caminando sobre una línea muy fina al quitarnos negocios.

—¿Eso es una amenaza? —Rhett dio un paso adelante, con los ojos entrecerrados—. Julius Fangthorne, ¿has olvidado tu maldito lugar? ¿Crees que puedes robarle a la compañía Voltaire y salir ileso?

Mi corazón se hundió.

Las otras personas en la habitación se movieron incómodamente al sentir que el aura ominosa de Rhett crecía. Era igual que antes. No era más que un bruto sin corazón. Y el hombre a mi lado era aún peor. Julius, que había intentado hacer de una chica de dieciocho años una criadora de la manada, ahora me tenía de nuevo entre sus grilletes.

Todos me daban asco.

—¿Robar? Esa es una acusación fuera de lugar, Rey Rhett —gruñó Julius—. En lugar de jugar al

juego de la culpa, sugiero que mires hacia adentro tus propias inconsistencias y deficiencias. Si Voltaire es tan perfecta, no estarías perdiendo ahora. No creo que sea tu culpa, después de todo. Con el trono vacío durante tanto tiempo, las cosas deben haber sido muy inestables para la corte Licántropa. ¡Todos tienen que agradecerme por hacer que esta coronación suceda!

Rhett se abalanzó hacia adelante, listo para derramar sangre.

—Maldito hijo de...

El pánico surgió, bloqueando el aire para llegar a mis pulmones. Jadeé, sintiendo que mis rodillas se doblaban bajo la fuerza del ataque. Me separé de Julius y salí corriendo del salón, dejando el caos detrás de mí.

No podía soportarlo. Las paredes del castillo me estaban oprimiendo. Sus disputas... las odiaba todas. No quería estar aquí.

Ser tratada una vez más como invisible, ignorada, menospreciada y faltada al respeto.

Ninguno de ellos sentía remordimiento por cómo me habían tratado. Ni siquiera Rhett. Apenas me dirigió la palabra directamente, demostrando que yo no significaba nada para él. Sin embargo, aquí estaba yo, sintiendo que mi pulso se aceleraba ante su hermosa visión, sintiendo a mi loba gemir por estar cerca de él. Todo mientras debería odiarlo por poner mi vida patas arriba.

Encontré un baño y me desplomé contra el lavabo, temblando y tratando de contener las lágrimas. Estaba atrapada una vez más.

Me recompuse y salí del baño, solo para encontrarme con Rhett de pie fuera de la puerta. Me quedé paralizada, mi cuerpo ardiendo y helándose a la vez.

Su aroma era tan potente, envolviéndome con calidez y recuerdos de noches apasionadas y ardientes. Mi cabeza daba vueltas por su proximidad, mis pensamientos se confundían. Pero rápidamente me anclé en la realidad. Años de pura determinación me mantuvieron en pie. Ya no era una chica indefensa, y ni siquiera el hombre que me había rechazado podía tener tanto poder sobre mí otra vez.

Solo estaba aquí por mi hijo. Tenía un papel que desempeñar y nunca más podría ser débil.

—Rey Rhett —forcé un tono frío en mi voz—. Está en mi camino.

Cerré la puerta del baño y di un paso hacia un lado. Pero él bloqueó mi paso, colocando sus manos en la pared para atraparme. Sus ojos escrutaban mi rostro, una mezcla de incredulidad y alivio.

—Realmente eres tú —su voz era áspera—. Pensé que estabas muerta. Yo...

Por primera vez, Rhett parecía sin palabras. Nunca había visto a un hombre tan pulido, confiado y poderoso verse tan perdido. Incluso con las túnicas reales y la corona dorada en su cabeza en este momento, casi parecía... vulnerable. Me aferré a mi vestido rojo para evitar extender la mano y tocarlo.

—Sigo muerta para usted —respondí—. Morí como su esclava. Esa chica se ha ido para siempre. Ahora, si me disculpa, Su Majestad, tengo que volver con Julius.

Al mencionar al Alfa, su rostro se oscureció inmediatamente. Se acercó más, acercando su rostro al mío de manera posesiva.

—¿Por qué estás con ese bastardo, Nalia? ¿Te estás acostando con él?

Jadeé indignada.

—¡Eso no es asunto suyo! No tiene derecho a opinar sobre nada de lo que hago. ¡Como le dije, su esclava está muerta!

—¿Me levantas la voz? —sostuvo mi barbilla, lo suficientemente fuerte para mantenerme quieta. Sus ojos de obsidiana recorrieron vorazmente mi boca—. Realmente eres diferente de lo que recuerdo. Es como si fueras una persona distinta, una cosita viciosa y rencorosa —se rio—. ¿Has venido a vengarte de mí, pequeña?

—¡No me llame así! —gruñí—. ¡No tiene derecho a menospreciarme! ¡Aléjese de mí!

—Qué fascinante —musitó suavemente, como si estuviera impresionado. Su pulgar rozó mi labio—. Tu nuevo coraje es divertido. Pero olvidas que sigo siendo tu rey. Tengo todo el derecho sobre cada centímetro... —una de sus manos recorrió los largos mechones de mi cabello hasta mi espalda expuesta— ...de ti.

Mi rostro enrojeció por su toque mientras el deseo florecía como una explosión en mis partes

bajas. El fuerte aroma de este empapó el aire, para mi humillación. Él inhaló profundamente y gimió. El sonido envió fuego a mis oídos.

—Aún me deseas —dijo con voz ronca—. Algunas cosas nunca cambian, por más que luches contra ellas.

Mi voz tembló de ira.

—Mi cuerpo puede reaccionar como quiera. No tiene nada que ver con mis verdaderos sentimientos. Estos últimos años me han cambiado en algo que ni siquiera podría imaginar, Rey Rhett. Le sugiero que deje ir el pasado. Todo está muerto y enterrado.

—No —espetó—. ¡No vas a huir de nuevo!

—¿Quién dice que lo hago? —levanté mi barbilla, dándole la mirada más arrogante que pude lograr—. Simplemente ya no tengo nada que ver con usted. Vuelva a su trono y a su esposa. Felicidades por su coronación, por cierto, escuché que atraparon al asesino de su hermano.

La culpa se reflejó en su rostro, y fue satisfactorio.

Comencé a alejarme. Me agarró del brazo y me arrastró contra su pecho. Mis ojos se abrieron de par en par, y el hambre descarnada en su rostro fue lo último que vi antes de que estrellara sus labios contra los míos.

Capítulo Seis

Nalia

Me separé del ardiente beso y le di una bofetada a Rhett.

Eso no fue suficiente para disuadirlo. Gimió de placer y me besó por la mandíbula, presionándome con más fuerza contra la pared. Tenía una mano debajo de mi vestido de seda y la otra sujetándome la cabeza. A través de su ropa, sentí cada plano duro de su cuerpo. Era demasiado poderosa esta pasión, esta atracción. Pero mi determinación era más fuerte.

Me retorcí y le pisé el pie.

Siseó de dolor, dándome la oportunidad de escapar. Justo cuando me había alejado del pasillo, choqué con su reina. Se veía absolutamente furiosa.

—Como una plaga, te has arrastrado de vuelta a nuestras vidas, esclava —escupió—. Has venido a arruinar todo lo que he estado construyendo durante los últimos años, ¿no es así?

Mi corazón latía aceleradamente por una razón completamente diferente ahora. Era miedo y resentimiento por lo que había intentado hacer. Cómo estaba dispuesta a terminar con mi vida, y la de un bebé por nacer, solo para proteger su corona.

—No tengo nada que decirle, Su Majestad —hice una ligera reverencia—. Dejemos que el pasado quede en el pasado.

Intenté alejarme, pero ella bloqueó mi camino. —¿Cómo te atreves a usar ese tono conmigo, esclava?

—Supongo que no está ciega, reina Fiona —dejé salir mi temperamento—. Ya no soy una esclava. No lo he sido durante años, y no voy a ser ridiculizada a ese estatus nunca más. No tengo interés en sus asuntos, ya que simplemente acompañé al Alfa Julius aquí. Si no hubiera encarcelado a Luna, ella estaría aquí en su lugar.

—Entonces vete —su voz era dura—. Y nunca regreses. Estoy dispuesta a olvidar el insulto que me has causado hoy siempre y cuando nunca vuelvas a mostrar tu maldita cara en mi corte. O de lo contrario, podrías tener que morir de verdad esta vez.

La amenaza era fría.

Aun así, mantuve el contacto visual. —Ha fallado en matarme una vez y puede fallar de nuevo. Su verdadera naturaleza será expuesta ante todos los que piensan que es perfecta y amable, y ese trono se perderá para usted para siempre.

Estaba conmocionada por mi valentía, sorprendida de que no pudiera asustarme fácilmente como antes. Aun así, colocó una mano sobre su vientre. —Llevo un hijo y eso solidifica mi posición como reina. El embarazo bastardo que tuviste debe haber sido terminado por las flechas envenenadas de mis guerreros. No dejo ninguna piedra sin voltear, Nalia.

—Tiene razón. Fui cazada como una presa. Mire las cicatrices en mi piel por las flechas —me acomodé el vestido—. Perdí ese vil embarazo, y usted me hizo un favor, porque nunca lo quise. Solo espero que nadie intente hacerle a usted lo que me hizo a mí.

Me alejé, satisfecha de que pensara que había perdido a mi bebé. Habría sufrido un aborto espontáneo por el veneno si Darius no me hubiera salvado y tratado rápidamente.

Regresé al gran salón para encontrarme con Julius.

Me agarró del brazo dolorosamente, arrastrándome a un rincón. —¿Por qué te fuiste así? ¿Estás tratando de avergonzarme? ¡Dime si estás intentando sabotear mi plan cuidadosamente elaborado!

—Me estás lastimando —me estremecí, alejándome de él—. Y estás atrayendo atención innecesaria.

Rápidamente me soltó, mirando alrededor. Las festividades habían comenzado, y el sol empezaba a ponerse. Los invitados deambulaban libremente por las puertas abiertas del salón hacia los terrenos del castillo.

—Tienes suerte de que tengamos una imagen que mantener —escupió, y luego se congeló de repente—. Apestas a licántropo. ¿Estuviste con ese cabrón de Rhett? ¿Por qué estabas con él? ¿Crees que te traje aquí para reunirme con tu amante?

Golpeó con el puño la mesa del banquete. Una pareja cercana nos miró, y él les forzó una sonrisa. Me alejé de él, sintiendo las marcas rojas que ya se estaban formando en mi brazo.

—Simplemente tuve que ir al baño. Me topé con él en el pasillo.

—¿Qué te dijo? —exigió.

La sensación embriagadora del beso hambriento y salvaje que me había robado llenó mi cuerpo con una oleada de calor. Me había besado tan fuerte que mis labios aún hormigueaban. Rhett, que solo me había usado para el sexo y que había rechazado algo tan íntimo como besar... había devorado mi boca como si hubiera estado muriendo por hacerlo durante los últimos cinco años.

No estaba segura de qué pensar al respecto.

Diosa, su boca sabía tan bien que hizo cantar a mi alma. Desafortunadamente, sabía que era un grave error. El beso no significaba nada, y dejé el pasillo tan rápido como pude.

Julius se acercó más, agarrando mi cadera de manera amenazante. Para cualquier otra persona, podría haber parecido un gesto inocente. —Te hice una maldita pregunta, Nalia. ¿Estás planeando traicionarme? Recuerda que la vida de tu pequeño está en juego aquí.

—¡No! —entré en pánico, agarrando desesperadamente la chaqueta de Julius—. No amenazas a mi pobre niño. ¡Nunca te traicionaré! Accedí a hacer lo que me pediste siempre y cuando no lastimaras a mi hijo, ¿no es así? No le dije nada a Rhett. Me agarró e intentó hablar conmigo, pero me alejé de él y regresé contigo.

Me miró con desdén y apartó mis manos, haciéndome tropezar contra la mesa.

Por Randal, mi pobre bebé, tenía que soportar todo lo que Julius hacía, no importaba cuánto lo odiara. Esta era la única forma de redimir mi error de confiar en las personas equivocadas una vez más.

Hace tres meses, había regresado a casa del mercado, solo para encontrar la casa vacía. Mi bebé no estaba viendo programas infantiles con el abuelo Johnny como de costumbre.

No pude encontrar a nadie en el pequeño patio cercado o en el jardín. Era tarde, demasiado oscuro para que él estuviera en cualquier lugar que no fuera casa.

—¿Randal? —exclamé en pánico, dejando caer la bolsa de comestibles al suelo—. Oh, Dios mío, ¿dónde estás, cariño? ¡Randal! ¡Johnny!

Temblando, llamé al número de Johnny, pero su teléfono estaba apagado. Me apresuré afuera,

marcando a la policía. No había señales de que alguien hubiera entrado por la fuerza, pero la policía era la única que podía ayudarme. No había vecinos, solo kilómetros de campos y granjas rodeaban la casa por todos lados.

Vivíamos en un pueblo muy aislado, pequeño y desierto en el borde más lejano de Ciudad Sterling. No me importaba. Todo lo que quería era una vida tranquila.

—911, ¿cuál es su emergencia?

Antes de que pudiera hablar, me arrebataron el teléfono. Grité de shock, pero una mano cubrió mi boca, arrastrándome al suelo. Debo haberme desmayado del susto, porque cuando desperté, estaba en un lugar completamente diferente.

El abuelo Johnny estaba sentado en un sofá caro, con mi pequeño en su regazo.

—¡Mamá! —Randal extendió sus brazos hacia mí.

Suspiré aliviada. —¡Randal! Mi bebé, ¡pensé que algo había pasado! —Intenté correr para abrazarlo, pero una mano enorme se posó en mi hombro, arrastrándome hacia atrás.

Era un hombre lobo con el uniforme de la Manada Redwood. La confusión se apoderó de mí mientras observaba mis alrededores, encontrándolos cada vez más familiares. El aire no era el de nuestro pequeño pueblo, sino que estaba impregnado con el olor de los lobos y los densos bosques. Me volví hacia Johnny, el anciano que había salvado mi vida y la de mi hijo.

—¿Qué está pasando? ¿Dónde estamos? —fruncí el ceño.

Él se rio. —En casa. Todos hemos vuelto a casa en la Manada Redwood. Fue bastante aburrido quedarse en ese pueblo muerto fingiendo ser quien no soy. Me alegro de que haya llegado el momento de dejar las apariencias.

—No entiendo —negué con la cabeza—. ¿De qué estás hablando, Johnny? Me dijiste que dejaste la manada hace muchos años para vivir una vida tranquila... y... ¿por qué nos trajiste aquí de esta manera?

Mi corazón latía aceleradamente, y tenía la fuerte sensación de que algo estaba terriblemente mal. Me levanté de la silla, solo para ser retenida por el guardia nuevamente.

Le gruñí: —¡Suéltame! ¡Necesito abrazar a mi hijo! Randal...

—¡Suelta a mi mami! —exclamó Randal, saltando del regazo de Johnny para venir a mi rescate. Lo abracé, sintiendo una oleada de preocupación por él—. Mami está bien, solo quédate aquí conmigo...

—El niño tiene que irse. Los adultos necesitamos hablar —Johnny arrebató a Randal de mis brazos, y mi loba aulló con agresión maternal. Gruñí ferozmente, alejándome del guardia para recuperar a mi hijo, pero fui sometida rápidamente.

—¡Johnny! —grité, sin entender por qué el anciano en quien había confiado completamente mi vida, de repente actuaba de manera insensible y diferente.

—No tienes que preocuparte, mamá loba —se rio—. Gertrude cuidará bien del niño hasta que llegue la niñera.

Mi abuela entró en la habitación, tomando a mi niño en sus brazos. Mi boca se abrió de la impresión. ¡¿Qué diablos estaba haciendo esa astuta anciana aquí?!

—¡Tú! ¡¿Cómo te atreves a mostrar tu cara cerca de mí otra vez?! —grité—. ¡Intentaste venderme! ¡Quita tus manos codiciosas de mi hijo ahora! Johnny, ¡esa es la mujer de la que te hablé!

—Lo sé —se encogió de hombros—. Porque yo soy a quien intentaba venderte.

La anciana se rio maliciosamente y salió de la habitación con mi hijo. Me quedé estupefacta, desorientada y completamente incapaz de procesar nada de esto. Me sentía fría, temblando de miedo, cuando miré de nuevo al hombre que había cuidado de mi hijo y de mí todos estos años. Me di cuenta de que no lo conocía en absoluto.

—Q...qué... —ni siquiera podía juntar dos palabras.

En ese momento, otro hombre entró. Era el Alfa Julius. La visión detuvo mi corazón en seco.

—¿En serio, padre? ¿No pudiste haber elegido un mejor nombre que Johnny? —sonrió con suficiencia—. Un placer verte de nuevo, Nalia. He esperado este día durante mucho tiempo.

—¿Padre? —murmuré débilmente.

—Ah, mis disculpas —Julius sonrió—. Este es mi padre, Darius Fangthorne, antiguo Alfa de la Manada Redwood y presidente de la Corporación FangThorne.

—Eso no es cierto —dije desesperadamente—. Johnny, ¡díselo! ¡Cuéntale todo lo que me dijiste! Está mintiendo, ¿verdad?

Estallaron en carcajadas. Nunca había visto a Johnny parecer tan despiadado. Había creído que era un anciano sereno.

—Mi querida Nalia, ¿por qué crees que un anciano rico al azar te salvaría, cuidaría de tu embarazo y proveería para ti y el niño? —preguntó Johnny—. ¿Por qué contrataría profesores privados para enseñarte extensivamente, día y noche, sobre los secretos de dirigir una mega corporación? Durante cinco años, te entrené mental, física y psicológicamente, moldeándote en un arma digna. ¿Por qué educaría a tu hijo en casa y evitaría cualquier contacto fuera de ese pequeño pueblo?

Tartamudeé: —Estabas tratando de protegernos. Dijiste que los Lycans me encontrarían de otra manera.

—Los Lycans creen que estás muerta —se burló Julius—. Mi padre te mantuvo a ti y a tu hijo en una jaula, solo para ser liberados cuando fuera el momento de pagar tus deudas.

Entonces me di cuenta de que había sido engañada.

Con mi rostro perdiendo color, miré a Johnny... no, Darius. La traición apretó mi corazón como un tornillo, llenando mis pulmones con palabras sangrientas y venenosas que nunca dije. El pequeño mundo seguro que creí haber encontrado no era más que una ilusión.

—¿Por qué? —me ahogué patéticamente—. ¿Qué quieren de mí?

—Hay muchos planes. Todo lo que tienes que hacer es seguirlos, y a través de ti, podemos derribar a los Lycans de una vez por todas. Serás nuestro peón perfecto —respondió Darius—. Y también puedes obtener tu venganza contra ellos. Es un ganar-ganar, Nalia. Tenemos un enemigo común.

—¡No! ¡Nunca volveré con los Lycans! —grité—. Nunca haré su trabajo sucio...

—¡Silencio! —Julius me golpeó en la cara—. ¡No tienes elección! ¡Le debes la vida a mi padre y la de tu hijo! ¡Es hora de pagar por cada pedazo de cuidado que has recibido en los últimos cinco años! ¡O si no, nunca volverás a ver a tu hijo!

No había visto a mi pequeño desde entonces y estaba desesperada.

—Quiero ver a mi hijo —rompí el silencio en la limusina—. Vine contigo a la coronación como querías.

Julius suspiró. —Esta noche fue solo el comienzo. ¿Viste lo conmocionados que estaban al verte? Mientras volvemos a la manada, deberías prepararte para el próximo evento. Solo después de eso verás a tu hijo. Está perfectamente bien donde está.

—¿Dónde está? —exigí.

—No tienes derecho a saberlo.

—¡Es mi hijo! —lloré—. Si se lo diste a mi abuela, te juro que...

—No está con Gertrude. Esa vieja arpía codiciosa no es de fiar —Julius me agarró del pelo, empujándome contra la ventana del vehículo—. Y nunca vuelvas a hablarme así, ¿entiendes? El evento benéfico es tu próxima oportunidad para humillar a Rhett Voltaire en público. No lo arruines.

Capítulo Siete

Rhett

—Está confirmado que la señorita Fangthorne hará una aparición esta noche.

Fred me pasó su MacBook.

En la pantalla había una foto del correo electrónico privado enviado por el senador Rebal, agradeciendo a esta mujer en particular por aceptar su invitación. Le devolví el dispositivo, sin impresionarme.

—¿Cómo estás seguro de que esta misteriosa mujer no enviará a algún representante en su lugar? —espeté—. A muchos de estos directores ejecutivos no les importa la caridad, incluyéndome. Al menos yo tengo la decencia de presentarme. Ellos envían un gran regalo junto con un representante solo para quedar bien.

Decidí no mencionar que yo solo estaba aquí para establecer contactos y fortalecer mis relaciones comerciales. Pero Fred ya lo sabía, por supuesto.

—Ella tiene que presentarse en persona porque hay un antiguo edificio del distrito que se subastará, y el senador Rebal está dispuesto a cerrar un gran trato con la empresa que gane la licitación —dijo Fred—. Con sus conexiones con los señores del petróleo de Oriente Medio, un acuerdo con él garantizaría miles de millones de dólares en ganancias, lo cual es algo que la compañía FangThorne necesita para estar a la par con nosotros.

Una lenta sonrisa cruzó mi rostro.

—Entonces ya he decidido por qué voy a pujar esta noche.

—Rhett —Fiona se deslizó a mi lado—, he visto al señor Houseman. Ese idiota me debe una explicación por abandonar nuestra empresa por esos hombres lobo de baja calaña. Ven conmigo, vamos a acorralarlo.

—El señor Houseman es una causa perdida, señora —intervino Fred, y dejé de prestar atención al resto de su conversación.

Mi mente divagaba, lo cual es un síntoma que había estado sufriendo desde la coronación. Era una tortura no poder concentrarme en nada. Nalia estaba viva. La había visto, oído, besado.

Una oleada de calor recorrió mi miembro dentro de los confines de mis pantalones de traje, y me moví incómodo.

Joder, probé sus dulces labios, sosteniendo su familiar y hermoso cuerpo bajo mis manos. Hasta que me abofeteó y me pisó, por supuesto. El recuerdo trajo una sonrisa inesperada a mis labios.

—¿De qué te estás riendo? —La voz nauseabunda de Fiona destrozó mi hilo de pensamientos—. Tú nunca sonríes...

—Ella está aquí —interrumpió Fred.

En la entrada, un séquito de guardaespaldas y asistentes entró, seguido por la mujer en cuestión, con un vestido negro fluido y un enorme sombrero negro. Sus gafas de sol cubrían la mitad de su rostro, pero era la viva imagen de la confianza y la elegancia.

Pronto la perdí de vista entre la multitud de hombres que gravitaban tras ella.

—Parece haber encantado a todos los empresarios presentes —dijo Fred—, y acaba de llegar.

—La atención de los hombres es voluble. Eso no significa nada —espetó Fiona—. Parece que he encontrado a mi oponente para esta noche. No es más que una novata. Pronto perderán todo el interés.

—Prometiste recuperar a los inversores que perdimos —le di una mirada inexpresiva—. Harías más progreso si realmente actuaras en lugar de quejarte en mi oído toda la maldita noche. Y, la señorita FangThorne es mi oponente. Me encargaré de ella yo mismo.

Me alejé y me encontré a unos metros del senador Rebal. Estaba hablando con la esbelta mujer, sonriendo como un maldito bufón. Se había quitado el extravagante sombrero y las gafas de sol y me daba la espalda. Di un paso hacia ellos, solo para ser golpeado por un aroma que instantáneamente puso el mundo de cabeza.

Nalia.

Crucé la distancia entre nosotros en tres zancadas, agarrando su brazo y haciéndola girar para que me mirara. Sus grandes ojos azules se abrieron al verme, el pánico cruzó su expresión por

una fracción de segundo antes de retroceder a la fría máscara que tenía durante la coronación.

—¿Disculpe? —Arqueó una ceja, tratando de liberar su brazo de mi agarre inquebrantable.

Era ella. ¡Ella era la señorita Fangthorne! ¿Cómo demonios no me di cuenta de esto antes?

Podría reconocer su cuerpo incluso con los ojos cerrados. Su aparición con Julius, su repentino nombramiento como directora ejecutiva, cómo no había registros de ella. El no usar su nombre real. Todo era una maldita estratagema.

Entrecerré los ojos hacia Nalia.

—¿Qué demonios es esto?

Ella le dio una mirada confusa al senador Rebal.

—¿Conoce a este hombre?

Bufé con incredulidad. ¿Estaba actuando como si no me conociera? La molestia se agitó en mi pecho, junto con la punzada aguda del insulto. Solté su brazo y ella me dio una fría sonrisa. Por el amor de Dios, ¿qué estaba haciendo?

El humano calvo soltó una risa nerviosa.

—Por supuesto, todo el mundo conoce al señor Rhett Voltaire. Es difícil no reconocer a un multimillonario cuando lo ves, ¿eh? Es nuestro principal benefactor y mi socio comercial desde hace muchos años. Rhett, permítame presentarle a la señorita Fangthorne. Es nueva en el ámbito, pero ya ha acumulado una impresionante lista de éxitos.

Notó el intenso contacto visual entre Nalia y yo, y rápidamente se excusó.

—Los dejaré para que se conozcan. La subasta comenzará pronto.

Una vez que estuvimos solos, ella hizo ademán de irse, pero bloqueé su camino.

—No es posible que seas lo que dicen que eres. Estás engañando a toda esta gente con tus mentiras, Nalia. ¿Qué esperas lograr jugando un juego tan peligroso?

—Soy perfectamente capaz de jugar los mismos juegos que cualquiera de ustedes, Rhett. No te atrevas a menospreciarme —replicó—. Deberías ocuparte de tus asuntos y mantenerte fuera de

mi camino.

—Tú eres mi asunto —espeté—, porque eres responsable de llevarte a mis inversores y algunos de mis mejores clientes. Has puesto tu mirada en mi empresa, y destruiré despiadadamente a cualquiera que se atreva a desafiarme, incluyéndote a ti. Julius no podrá protegerte.

—Adelante —No trató de discutir conmigo como esperaba.

En su lugar, se alejó con gracia, su cabello balanceándose al ritmo de sus caderas. Me quedé allí, perdido, preguntándome exactamente cuánto había cambiado.

Nalia maldita Ashryver me ganó en la puja.

Observé cómo la gente en la sala la felicitaba, sin duda susurrando entre ellos sobre cómo había vencido al hombre más poderoso de la habitación. No habría sido posible que ella ganara, pero varios otros postores hicieron ofertas en su nombre.

Ella había conseguido el trato, y FangThorne, mi jurado rival, solo se fortalecería con esto.

Estaba hirviendo de rabia. Me había traicionado al ponerse del lado de Julius.

Fiona me encontró fuera de la sala de subastas con una sonrisa vacía en su rostro. —¿La viste? Nalia es la Sra. Fangthorne que nos ha estado dando tantos problemas. Vaya, ¿quién habría pensado que una don nadie tendría las agallas para superarte en la puja?

Sostuvo mi brazo, con los ojos brillando de molestia apenas disimulada. —¿Vas a dejar que se salga con la suya? Este no es lugar para alguien como ella, y lo sabes.

—¿Por qué no dices nada, Rhett? Tal vez podrías devolverla a las mazmorras donde pertenece...

—Ya no tiene vínculos con nosotros, Fiona —respondí—. Su esclavitud terminó en el momento en que la declaraste muerta.

Ella retrocedió. —¿Estás poniéndote de su lado ahora? ¿Y me estás culpando a mí por todo esto?

—Deja que disfrute sus victorias. No durarán mucho —dije y noté que Fiona estaba demasiado pálida. Le hice una señal a Fred—. Llévala al ático. Yo asistiré solo a la fiesta posterior.

Ella intentó protestar, pero Fred ya se la estaba llevando.

Durante la fiesta posterior, me quedé en un rincón con algunos otros hombres, bebiendo licor. Mis ojos seguían a Nalia por todas partes.

El senador Rebal jadeaba tras ella como un perro mientras bailaba con las otras mujeres en la pista de baile. Mientras la observaba ser libre, riendo y moviendo sus caderas seductoramente, me di cuenta de que ni siquiera la conocía.

Todo lo que sabía era que era la hija de los criminales que asesinaron a mis padres. La odié desde entonces, la rechacé, la traté con la mayor crueldad posible, esperando destruir los restos del vínculo. Pero nunca había sido capaz de mantenerme alejado.

La deseaba terriblemente, y hundir mi verga en su dulce coño parecía ser el único alivio. Pero fingí que era solo porque era una Omega diseñada para tentar a los machos al sexo. Luego, su supuesta muerte me golpeó como una tonelada de ladrillos.

Su regreso me devolvió la vida. Estaba enfurecido por el giro de los acontecimientos, ella constantemente me cabreaba, me desafiaba, me retaba y me insultaba. Aun así, elegiría esto antes que los oscuros años de su ausencia.

¿Por qué? No quería analizar las emociones conflictivas que me asolaban.

Así que simplemente bebí más licor.

Dejé que mis ojos recorrieran las curvas de su cuerpo. Sus pechos y caderas estaban más llenos ahora, evidencia de estar bien alimentada y cuidada, a diferencia de cuando aún era mi esclava. Una oleada de culpa me golpeó, y me encontré preguntándome si era por eso que había elegido a Julius. No podía imaginarla cerca de él, tocando a ese hijo de puta con manos que me pertenecían.

—¡Joder! —Golpeé el vaso contra la mesa.

Ella miró en mi dirección, sorprendida de verme allí. Su expresión despreocupada desapareció inmediatamente, y se apresuró a alejarse de la pista de baile. Me levanté y la seguí.

—¿Qué estás haciendo aquí, Rhett? ¡Esto se está volviendo espeluznante! Déjame en paz — estaba en un salón vacío, con la mano sobre su pecho—. ¡Sal de aquí!

—Felicidades por tu nuevo trato —entré con paso arrogante, mirándola como si fuera mi dulce presa—. ¿Te atreves a trabajar contra mí con los hombres lobo? No me tomo con amabilidad ser humillado en público, Nalia. Esta traición demuestra que quizás tenía razón en no confiar en ti desde el principio.

—¿Confianza? —Frunció el ceño—. ¡Me brutalizaste, me trataste como un animal, y todo por nada! ¡La audacia de creer que aún tienes algo que decir en lo que hago! Trabajaré con quien yo quiera. Además, yo también soy una mujer lobo. Prefiero estar con los míos que con gente como tú.

Gruñí: —¿Tu gente que te marginó y te condenó a ser una criadora de manada? Yo te salvé.

Ella se rio, pero fue una risa vacía. Odiaba que fuera vacía.

—Está usted borracho, Sr. Voltaire. Lo disculparé.

Agarré su muñeca. Inmediatamente intentó golpearme en la cara con una habilidad que nunca antes había tenido, pero atrapé su puño y la inmovilicé contra el sofá. Ella gruñó y se retorció inútilmente contra mí, mirándome con furia. Un extraño sentimiento inundó mi pecho, y me di cuenta de que la encontraba... linda.

—Renunciarás a FangThorne, y te perdonaré —dije con brusquedad.

—¡No tienes derecho!

Me incliné hasta que mis labios rozaron su oreja. —No tienes idea de lo que soy capaz, Nalia. He mutilado y matado por esta empresa, y no dejaré que una molesta Omega como tú lo arruine todo. Ahora, me explicarás con detalle cómo diablos terminaste con Julius y qué demonios está planeando.

—No —sus palabras goteaban veneno—. Si quieres respuestas, ve a preguntarle a tu esposa.

—Podría fácilmente devolverte a la vida de la que escapaste —amenacé—. Soy el rey Lycan, nadie puede impedirme que te arroje a una maldita jaula. ¿Lo entiendes, joder?

El miedo cruzó su rostro, y justo cuando esperaba su rendición, me soltó una bomba.

—¿Está amenazando a la futura Luna de la Manada Redwood? Eso es un acto de guerra, Rey Rhett.

Capítulo Ocho

Nalia

—¿Que hiciste qué?

Julius me abofeteó y grité de dolor.

—¡Solo lo hice para que dejara de amenazarme! —exclamé—. ¡Estaba asustada!

—¡Esa no es razón para extralimitarte proclamándote la futura Luna de la manada! ¿Cómo te atreves? —bramó—. ¿Ambicionas esa posición? ¿Crees que una simple marginada como tú puede ser apta para gobernar?

Me sujeté la mejilla palpitante, encogiéndome sobre mí misma. Debí haber sabido que Julius había apostado espías a mi alrededor para vigilar mis interacciones con otras personas. Debí haber sabido que podrían estar informándole de todo.

—¿Crees que alguien tan insignificante como tú podría ser mi pareja alguna vez? ¡No te atrevas a que se te suba a la cabeza! Eres simplemente una herramienta que mi padre encontró útil para nosotros. Ahora, lárgate de mi vista.

Temblaba de ira silenciosa. Después de lo que pasé a manos de los Licanos, me había jurado a mí misma que nunca más dejaría que me pisotearan. Poco sabía que esto me esperaba en el futuro.

—Dijiste que vería a mi hijo después del evento benéfico. Quiero verlo ahora.

—Y lo harás —se encogió de hombros.

—¡Mami! —chilló Randal, saltando del regazo de Darius para abrazarme.

—¡Oh, mi bebé! —caí de rodillas y lo abracé, sosteniéndolo por lo que pudieron haber sido horas—. Te extrañé tanto, tanto, cariño.

Las lágrimas ardían en mis ojos, sabiendo que estos monstruos habían privado a mi hijo de la presencia de su madre durante tres meses seguidos. Un odio renovado endureció mi corazón cuando abrí los ojos para encontrarme con la mirada de Darius. Todavía apenas podía creer que me había estado mintiendo durante cinco años, y que este monstruo era quien realmente era.

—Los dejaré para que se pongan al día —sonrió Darius.

No aparté los ojos del anciano hasta que me quedé a solas con mi hijo en la habitación. Entonces lo solté de mi abrazo y comencé a olfatear e inspeccionar a mi pequeño cachorro.

—¿Estás bien, Randal? ¿Alguien te asustó? Háblale a mami. Haré que todo desaparezca.

—No, ¡jugué y vi programas con el abuelo Johnny! —levantó su osito de peluche—. ¡Mira! ¡Me regaló un nuevo osito!

—¿De verdad? —mi voz se quebró de angustia. Mi hijo estaba tan apegado a ese viejo malvado, viéndolo como su verdadero abuelo. ¿Cómo podría alguna vez decirle la verdad a mi hijo?— Entonces podemos jugar juntos con el osito, ¿hmm?

Estaba luchando por contener mis lágrimas desesperadas mientras jugaba con mi hijo, forzando sonrisas e intentando lo mejor posible parecer que todo estaba bien, que no nos estaban reteniendo aquí contra nuestra voluntad.

Después de un momento, Randal preguntó:

—¿Cuándo vamos a casa, mami?

—Iremos a casa pronto, ¿de acuerdo? —le acaricié su pelo negro azabache—. Mami todavía tiene algunas cosas importantes que hacer aquí. Oh, te extrañé tanto, mi bebé. ¿Quieres algo de comer? Puedo prepararte un bocadillo ligero...

La puerta se abrió de golpe y un guardia entró a zancadas.

—Se acabó el tiempo.

—¿Qué demonios quieres decir con que se acabó el tiempo? —instintivamente me aferré a Randal—. Julius me dijo que podía ver a mi hijo, ¿no es así?

—Es hora de irse —gruñó el guardia y me agarró del brazo.

Jadeé sorprendida, pero rápidamente contuve mi pánico para no asustar a mi niño. Incluso mientras el guardia me manejaba bruscamente, le di una sonrisa a Randal.

—Mami tiene que hacer algo rápido. Volveré, ¿de acuerdo?

Él trató de alcanzarme, pero no pude corresponderle.

Aparté al guardia de un empujón una vez que estuvimos fuera.

—¿Qué significa esto?

—Solo estoy siguiendo las órdenes del Alfa.

—¿Dónde está él?

Llegué a la sala del consejo, solo para escuchar a Julius discutiendo con su padre.

—...¡nos está retrasando! ¿Por qué tenemos que soportar todo esto simplemente porque ella es la clave del tratado? Más nos vale esperar que esos pomposos Voltaire no actúen primero, porque tendrán un poder inconmensurable, ¡y todos nuestros planes estarán condenados!

—No tienen razón para hacerlo. Mientras los territorios no estén bajo amenaza, el tratado es cosa del pasado para ellos. ¡No hay prisa, hijo!

¿Tratado? ¿Clave? No entendía nada, y tenía preocupaciones mucho más grandes en este momento. Irrumpí ruidosamente, temblando de ira.

—¡Los guardias me acaban de apartar de mi hijo por tus órdenes, Julius! ¡Este no era el acuerdo!

El rostro de Julius era una imagen de fastidio.

—¿Qué acuerdo? Dejemos las cosas claras, Nalia. No tienes voz ni voto en ninguna de nuestras decisiones. Así que deberías estar agradecida de que siquiera te permití ver a tu hijo.

—Tus visitas con Randal serán cronometradas, dependiendo de lo bien que te hayas comportado —se rio Darius—. Una vez que tu tiempo se acabe, tendrás que esperar hasta que consideremos apropiado que lo veas de nuevo. ¿Qué? ¿Creíste que se te permitiría acceso ilimitado al niño?

No podía creer lo que estaba escuchando.

—¡Es mi hijo! —grité indignada—. ¡Necesita a su madre!

—¡No te atrevas a levantarme la voz, insensata! —tronó Julius, levantándose de su silla tan rápido que esta se estrelló contra el suelo—. Tienes suerte de poder verlo siquiera. Tienes suerte de estar viva. ¡Deberías haber muerto en ese bosque completamente sola! Ten cuidado, Nalia, o me veré obligado a castigarte severamente.

Darius puso una mano en el hombro de su hijo y lo empujó hacia atrás.

—No te alteres por esto, hijo. Las madres suelen ser muy histéricas con sus hijos, y creo que es por eso que Nalia está actuando así —el anciano se acercó a mí hasta que estuvimos cara a cara—. Estoy seguro de que ella es lo suficientemente inteligente como para saber que tomar acciones precipitadas no la llevaría a ninguna parte. ¿No es así, Nalia?

No pude decir una palabra. Lágrimas de rabia habían nublado mi visión. Todo lo que podía hacer era temblar como una hoja.

Continuó:

—Hiciste un buen trabajo en el evento benéfico. Les mostraste a esos Licanos que no son tan invencibles como creen, y hacerlo les da a nuestros aliados humanos el coraje para alejarse de ellos.

Julius añadió:

—Había esperado que Rhett perdiera la compostura e hiciera algo estúpido, pero manejó esa humillación bastante bien. Sin duda, con tu ayuda, Nalia, podremos provocar a Rhett hasta que se quiebre. Entonces, se verá tal como es realmente, y perderá toda la confianza y credibilidad con sus aliados, lo que nos facilitará mucho desviar toda la atención hacia nuestra propia empresa.

Una oleada de arrepentimiento me invadió porque fui demasiado estúpida para haber visto las señales de advertencia.

Darius estaba planeando algo insidioso; la forma en que había mantenido a mi hijo y a mí alejados del mundo exterior durante años, los profesores que había contratado para atormentarme intensamente con sus enseñanzas...

—No creo que necesite saber ninguna de estas cosas, Johnny —me había quejado mientras

estaba muy embarazada—. Creo que tienes demasiadas esperanzas y expectativas puestas en mí. No recibí más que una educación básica de niña, y estos profesores están muy por encima de mi nivel...

—Entonces te elevarás para alcanzarlos. No, serás incluso mejor que ellos —insistió el anciano.

—¿Pero por qué? ¿Y cómo es que tienes acceso a personas tan altamente estimadas?

—Fui un buen hombre de negocios en mi mejor momento —Rio entre dientes—. Pero una vez que me jubilé, una empresa de gestión tomó las riendas. Mi esposa murió, y no tenía familia, resignándome a estar solo por el resto de mi vida. Pero ahora que te tengo a ti y a tu hijo por nacer como mi nueva familia adoptiva, espero que puedas hacerte cargo del negocio algún día.

Me sorprendí.

—P-pero apenas me conoces.

—Sé que escapaste de la muerte, y que harías cualquier cosa para proteger a tu hijo. Nalia —Me sostuvo por el hombro—. Tienes que ser la mejor para vencer las probabilidades que están en tu contra. No siempre estaré aquí para proveerte y protegerte —movió su mano hacia mi vientre hinchado— y a este pobre niño.

Me había llenado de una determinación que nunca supe que poseía. Me sobrepuse al letargo del embarazo y entrené, me puse a prueba, fracasé y volví a intentarlo. Un mes después, tuve a Randal, y sus reglas se volvieron más estrictas.

No podía tener conversaciones con extraños que implicaran decirles mi nombre, y solo podía usar sus tarjetas de crédito. No importaba porque solo interactuaba con los lugareños en el mercado y nunca iba más allá de nuestro pueblo.

Nunca pensé que fuera sospechoso. Creía que nos estaba protegiendo, y en verdad, quería permanecer en esa burbuja, lejos de los Lycans o hombres lobo.

Y así su engaño se prolongó durante años, llevándome hasta aquí.

—Habías intentado comprarme a mi abuela mucho antes de que nos cruzáramos. Mucho antes de que yo tuviera algún vínculo con los Lycans —Dije con voz ronca—. ¿Por qué? Podrías haber tomado a cualquiera para que fuera tu peón.

Darius sonrió, dándome palmaditas en la cabeza como si fuera un perro.

—Esa es una historia para otro día, querida. A partir de ahora, tu hijo se quedará con la niñera en el ala lejana de la casa de la manada. Habrá guardias apostados alrededor, así que ni se te ocurra intentar colarte para verlo. Tú, Nalia, te quedarás aquí en el edificio principal, con el resto de nosotros, y podremos seguir trabajando juntos felizmente.

—Ambos son monstruos —dije—. ¿Cómo pueden involucrar a un niño de cuatro años en esto?

—No es un niño de cuatro años cualquiera —respondió Darius—. Es el primer heredero al trono Lycan. Con él en nuestras manos, tenemos una ventaja sin precedentes.

Julius sonrió con suficiencia.

—Estoy seguro de que eres consciente, Nalia, de que tu hijo será despedazado en el momento en que Fiona se entere de él. A menos que quieras que Randal muera, pórtate bien.

Capítulo Nueve

Rhett

El olor metálico de la sangre me sacó del sueño.

Gruñendo, abrí los ojos, solo para incorporarme de golpe por el agudo grito que provenía de mi izquierda.

—¿Fiona?

Me puse en alerta al instante, con todo rastro de sueño borrado de mis ojos.

Ella estaba gritando, sollozando, rodando fuera de la cama para estrellarse contra el suelo. Me apresuré hacia ella, solo para encontrarme con la visión de un fuerte sangrado empapando su camisón.

La sangre cubría sus manos, goteando por sus piernas. La alarma rugió dentro de mí, y la tomé en mis brazos.

—¡Mi bebé! ¡Mi hijo! —seguía gritando, con el rostro rojo e hinchado por las lágrimas.

Oh, Dioses, no.

Me di cuenta de lo que estaba sucediendo y envié una rápida orden mental a los sanadores de todo el castillo, mientras la llevaba a la bañera. La cerámica blanca se manchó rápidamente, pero ella se negaba a quedarse quieta. Me agarraba los hombros, clavando sus garras profundamente en la piel. Sus ojos verdes estaban abiertos de par en par, enloquecidos.

—Rhett, ¡haz algo! ¡Tienes que hacer algo, no puedo perder a este bebé! —insistió—. ¡Por favor, Rhett!

—Haré todo lo que pueda, Fiona.

En ese momento, los sanadores irrumpieron en el baño, cargando varios medicamentos. Me aparté de ella, con profundos arañazos en la piel, y dejé que se ocuparan de ella. Desde donde observaba, vi sus frenéticos intercambios, y supe que no se podía hacer nada más.

—¿Qué está pasando? ¿Qué significa esa maldita mirada...? —El resto de sus palabras agitadas se convirtieron en un grito agudo.

Se dobló de dolor. Agarré a la sanadora.

—¿Qué demonios le está pasando?

—Su Majestad está expulsando el feto, Mi Rey. Sufrió un aborto espontáneo mientras dormía. No se puede hacer nada más —dijo con gravedad—. Solo podemos asegurarnos de que esto no conduzca a otras complicaciones. Pronto terminará.

—¿Por qué? —pregunté—. Está perfectamente sana y se tomó el embarazo muy en serio.

—Su Majestad, detectamos rastros de subproductos tóxicos en la sangre del aborto. Los hongos alucinógenos deben haber tenido efectos secundarios retardados en su útero, haciéndolo peligroso para el feto en desarrollo —La mujer suspiró—. Es toda culpa nuestra, Mi Rey. ¡Si solo nos hubiéramos dado cuenta antes! ¡Por favor, castíguenos!

Se desplomó de rodillas, y las otras sacerdotisas la siguieron.

—¡Podríamos haber salvado al heredero! ¡Castíguenos!

—¡No! —La voz de Fiona era desgarradora. Se había puesto pálida y débil, sudando y temblando a la vez—. Mi bebé... esto no puede estar pasando, ¡no puedo perder a mi hijo! ¡No!

—Déjenlos —les espeté—. ¡Ahora!

Una vez que se escabulleron, me arrodillé junto a la bañera. Fiona estaba inconsolable, llorando de una manera vulnerable que nunca había visto en ella antes. No estaba seguro de qué decir, cómo consolarla en esta triste situación. Así que simplemente puse mis brazos alrededor de sus frágiles hombros y la abracé.

Sus sollozos se hicieron más fuertes mientras se apoyaba en mí.

—¡Hice todo! ¡Protegí a ese bebé con todo lo que tenía!

—Lo sé —Aparté el cabello desaliñado de su frente sudorosa. Las lágrimas corrían por su rostro, mostrando su lado vulnerable que nadie llegaba a ver.

Incluso con lo poco que la toleraba, verla tan abatida me provocó una punzada de lástima. No había deseado el embarazo, pero ya lo había aceptado como mío y estaba listo para ser el padre de ese niño. Nunca quise que las cosas terminaran así.

Ella levantó la mirada hacia mi rostro, observando atentamente mientras su expresión angustiada se transformaba lentamente en algo feo.

—¿Esto te hace feliz? —Su voz estaba ronca.

—¿Qué?

—¡Responde la pregunta! —gritó—. ¿Estás feliz ahora que nuestro bebé está muerto? ¿No es esto lo que querías? ¡Odiabas a ese bebé! ¡Te negaste a pasar tiempo con tu hijo como si yo estuviera llevando alguna enfermedad!

Me agarró la cara.

—Mírame a los ojos y dime que querías que abortara desde el principio, Rhett.

Me levanté al instante con el ceño fruncido.

—Nunca quise que tú o el bebé salieran lastimados, Fiona.

—¡Mentiroso! —gritó, tirando todos los medicamentos del taburete cerca de la bañera. Los frascos de vidrio se rompieron, y ella salió a gatas de la bañera, goteando sangre coagulada y fresca por todas partes—. ¡Me presionaste tanto! ¡Obligándome a perseguir a malditos inversores y clientes cuando debería haber estado en casa descansando! ¡Me humillaste por una esclava! ¡Intentaste arrestarme! Debería haber sabido que esto era lo que estabas tratando de lograr.

Cerré los ojos, dejando escapar un gran suspiro.

—Fiona...

—¡No digas mi nombre! —gritó, atacándome. Estaba débil, histérica y agonizante—. ¡Nunca te perdonaré por esto! ¡Devuélveme a mi hijo!

Me sentí tentado de decirle la verdad de la situación: que ella misma había provocado esto. Pero ya había pagado por ello. El costo de perder a un hijo inocente ya era lo suficientemente difícil de soportar.

Gruñó y arañó mi pecho con sus garras. La sangre brotó, pero apenas registré el dolor. Atrapé ambas manos en mi agarre y la inmovilicé contra mi pecho. Sus ojos estaban inyectados en sangre, desquiciados, y supe que nada de lo que dijera podría llegar a ella en ese estado.

No había rastro de la realeza perfecta que solía exhibir. Todo eso se había desmoronado en la nada.

—Te daré algo de espacio, Fiona —dije—. Necesitas recuperarte.

Los sanadores regresaron a la habitación, y se necesitaron cuatro de ellos para separarla de mí. Le administraron un sedante, pero ella lo estaba combatiendo incluso mientras la ayudaban a volver al baño y cerraban la puerta detrás de ellos.

El peso de sus acusaciones se asentó pesadamente sobre mis hombros.

Los sollozos incontrolados de Fiona se filtraban a través de la puerta justo cuando sonó mi teléfono.

Era Fred.

—Disculpe, señor, por llamar a esta hora de la noche, pero es urgente...

—No, podría usar una distracción ahora mismo —exhalé—. ¿Qué sucede?

—El Sr. Gregor Stonebridge se negó a renovar su contrato con nosotros. Hace unos minutos, recibí información interna de que está buscando cerrar un nuevo trato con la compañía FangThorne.

—Mierda —exploté, pasándome una mano por el pelo—. ¡Estos malditos bastardos! Gregor Stonebridge no puede pasarse al lado de los hombres lobo. Si lo hace, muchos otros empresarios seguirán su ejemplo y eso sería un gran maldito problema.

—Sí, señor, y por eso llamé. Se espera que Gregor esté en el Edificio de la Ciudad Estado a primera hora de la mañana. Podría estar reuniéndose con alguien, y si son los FangThorne, tenemos que asegurarnos de que no suceda —dijo Fred—. ¿Quiere que despliegue a los hombres?

—No —gruñí—. Ese bastardo codicioso es inteligente. Probablemente ya predijo todo esto.

Era uno de los pocos multimillonarios humanos que había acumulado suficiente poder como para cenar con las personas más poderosas de la tierra. Peor aún, el hombre era muy influyente, incluso más que un político.

Si quería mantener el control sobre el público, ese cabrón tenía que permanecer de mi lado.

—Lo interceptaré yo mismo, le daré una oferta que no podrá rechazar —concluí—. La codicia de ese bastardo será nuestra ventaja.

Colgué, me quité la ropa ensangrentada y me dispuse a partir hacia Sterling City. Además del trabajo, era importante no agravar más a Fiona con mi presencia.

Mi mente volvió a la advertencia de Fred, y mi estado de ánimo se desplomó aún más. ¿Era esto también obra de Nalia? Estaba haciendo que toda la situación se saliera de control, poniendo a prueba mi paciencia de una manera que nadie se había atrevido jamás. No podía permitirme dudar. Ella estaba entrando en un territorio peligroso.

Tenía que aplastarla.

—Ah, señor Stonebridge —le di una sonrisa al hombre sobresaltado frente a mí—. Qué agradable coincidencia. No estará aquí por negocios también, ¿verdad?

Gregor parpadeó rápidamente, casi ahogándose con su café. Parecía absolutamente confundido por mi presencia.

Antes de su llegada, había estado esperando en un área privada. Una vez que entró, lo dejé acomodarse en el caro sofá del salón y pedir su maldito café. Entonces hice mi movimiento.

Dejó la taza y finalmente se compuso. —Señor Voltaire. Es toda una sorpresa encontrarlo aquí, y tan temprano en la mañana, además. Usted es un hombre bastante difícil de ver —Se levantó y extendió su mano. La tomé, dándole un firme apretón de manos.

Le indiqué que se sentara, mientras me acomodaba en el sofá frente al suyo.

—Ha pasado bastante tiempo desde que charlamos, Gregor. ¿Cómo van sus negocios? Incluso dio una entrevista a Forbes por tercera vez este año. Debo decir que estoy impresionado.

—¿Qué puedo decir? Simplemente soy excelente en lo que hago. Muy por delante de la competencia —Se rió—. Los negocios van de maravilla, señor Voltaire. Me preguntaba, ¿qué lo trae aquí al Edificio de la Ciudad Estado? Conociendo a un hombre como usted, debe haber una buena razón para estar aquí. ¿Le importaría ponerme al día?

Mi sonrisa rígida permaneció. —¿Por qué no le pregunto eso a usted, señor Stonebridge? No puede estar aquí solo para beber café.

—El café es excelente, debería probarlo —Evadió la pregunta—. Debería pedir uno para usted. Déjeme llamar a mi asistente...

—Eso no será necesario, señor Stonebridge —interrumpió una voz femenina—. Me gustaría comenzar nuestra reunión —Unos hermosos y fríos ojos azules se clavaron en los míos—. Sin ninguna... distracción.

Todo mi cuerpo se tensó ante la vista, el olor y el sonido de Nalia.

O debería decir, la señorita FangThorne.

Capítulo Diez

Nalia

En el momento en que vi a Rhett Voltaire, un frío pavor se deslizó por mi columna vertebral.

Cada paso que daba hacia él iba en contra de mi buen juicio, una traición a los instintos que me habían mantenido con vida hasta ahora. Mi corazón latía contra mis costillas, cada fibra de mi cuerpo me advertía que huyera.

Agarré el medallón en mi pecho, anclándome en su peso familiar. Randal... tenía que hacer esto por él. La pura fuerza de voluntad me empujó hacia adelante, evitando que me derrumbara bajo la poderosa mezcla de resentimiento y enloquecedora atracción.

El rostro de Gregor se iluminó al verme.

—¡Está aquí, señorita FangThorne!

—Parece que está ocupado con su invitado, señor Stonebridge. Esto no era parte de nuestro acuerdo, pero por el bien de nuestra futura alianza, seré comprensiva —Me costó mucho esfuerzo sonar tranquila.

No estaba preparada para enfrentar a Rhett de nuevo tan pronto después del evento benéfico. Mi garganta se contrajo mientras mis emociones se abrían paso, amenazando con destruir el exterior pulido que tanto me había costado mantener. ¿Qué estaba haciendo él aquí?

—¿Por qué no se une a nosotros, señorita FangThorne? Esta sería una buena oportunidad para formar algunos vínculos muy útiles. Venga, permítame presentarle al señor Voltaire...

—Sé quién es. Ya nos presentaron en el evento benéfico del senador Rebal. Si mal no recuerdo, usted no asistió, señor Stonebridge.

Me obligué a mirar de nuevo a Rhett.

No, no me obligué. Mis ojos traidores se movieron hacia él por voluntad propia, atraídos como polillas a la llama. Y como las polillas, me quemaba con el fuego de mis propias emociones. Pensé que las había enterrado, forzado bajo llave, cerrojo y candado. No podría haber estado más

equivocada.

Odiaba lo desesperada y vulnerable que me hacía sentir. Sin importar qué, él era una parte de mí, un recordatorio de los recuerdos que deseaba que permanecieran muertos.

Él era mi veneno y mi antídoto, y solo me arruinaría.

Como si pudiera sentir mi conflicto, una sonrisa egoísta jugó en sus labios, avivando mi frustración.

Todos en el mundo de los negocios parecían lamerle las botas, haciendo que mi misión de quitarle sus aliados fuera increíblemente difícil. Necesitaba firmar este acuerdo con Gregor Stonebridge, porque tenía el potencial de desbloquear una mina de oro de conexiones gubernamentales y poder público para la empresa FangThorne.

Tomé asiento, empujando una carpeta hacia Gregor.

—¿Podemos finalizar el contrato como acordamos? Con este trato, señor, estará listo para recibir un beneficio sostenible a gran escala. FangThorne ofrece una alianza duradera.

—Por supuesto, eso palidece en comparación con lo que ya has obtenido de mi empresa —comentó Rhett—. Gregor, eres un hombre de gran discernimiento, y nuestros tratos pasados te han servido bien. Deberías poner tu dinero en manos confiables.

Eso era una pulla hacia mí.

—No esperaba su opinión, señor Voltaire —gruñí—. Estoy segura de que puede discutir una propuesta con el señor Stonebridge cuando nuestra reunión haya terminado.

La sonrisa de Gregor era petulante.

—Acabo de darme cuenta, señorita FangThorne, de que parece bastante... ansiosa por asegurar este trato, ¿no? No debería haber prisa.

—¿Q-qué quiere decir?

Un pánico agudo y sofocante floreció.

Gregor dejó escapar un lento suspiro, encontrándose con mis ojos con los suyos pequeños y

marrones. Dejé de respirar, sintiendo que mis planes cuidadosamente trazados se escurrían entre mis dedos como arena fina.

—Me pondré en contacto con ambos una vez que haya tomado mi decisión —Empujó la carpeta de vuelta hacia mí—. Creo que necesito más tiempo para considerar mis opciones. Hasta entonces, estoy abierto a más propuestas. Que tengan un buen día.

En ese momento, me di cuenta de que había perdido. Mi corazón se hundió dolorosamente en mi vientre, justo cuando el humano se levantó del sofá.

—Caíste directamente en su trampa —la voz de Rhett me provocó—. Ahora tendrás que ofrecerle más para tentarlo. Y estoy seguro de que en realidad no tienes mucho que ofrecer. Simplemente ríndete, Nalia. No puedes competir conmigo.

Estaba en el bar privado para tomar una copa y lamentar el desastroso giro de los acontecimientos. Un destello de las amenazas de Julius me asaltó, de los castigos que recibiría si no podía cerrar este trato. Acortaría aún más mi tiempo de visita con Randal. O peor aún, ¡podría ni siquiera dejarme ver a mi niño durante otros tres meses!

Ahora este tirano exasperante me seguía aquí para profundizar mis heridas. Lo vi reclinado en el asiento a mi lado, luciendo extremadamente satisfecho. Había arruinado mi reunión a propósito.

—No tienes derecho —escupí, agarrando el borde del mostrador hasta que mis nudillos se pusieron blancos. Estaba tratando de mantenerme entera, pero su arrogancia había abierto viejas heridas que estaban infectadas y podridas—. Eres un obstáculo para mi progreso. Cada giro que doy, estás ahí para derribarlo todo. Dejaste de ser dueño de mi vida en el momento en que me creíste muerta.

Lo miré, con un dolor profundo ardiendo en mi mirada.

—¿Sabes lo duro que he trabajado para llegar a donde estoy ahora? Durante los últimos cinco años, me he transformado a través de sangre, sudor y lágrimas, para valorar mi vida. Sin embargo, tú irrumpes y lo saboteas todo. ¿No me has herido lo suficiente? ¿Qué más quieres de mí, Rhett?

Su máscara burlona se desvaneció, dejando atrás una expresión dolorida en su rostro, una que

traicionaba la culpa que acechaba debajo. ¿Por qué se sentiría culpable y aun así continuaría saboteándome?

Ni siquiera podía soportar mirarlo, así que agarré mis cosas para irme.

Rhett extendió la mano para agarrar mi muñeca.

Su toque desencadenó un circuito de deseo por todo mi cuerpo, encendiendo mis nervios. El calor floreció en mi vientre, haciéndome anhelar tan ferozmente que me aparté de un tirón.

Esto era demasiado cruel, esta enloquecedora lujuria enroscándose en mis venas, volviéndome loca. Lo despreciaba y quería que siguiera así. Pero parecía tan imposible cuando no podía elegir entre abofetearlo o montarlo.

Su tono era increíblemente suave.

—¿Qué más quiero, preguntas? Quiero que renuncies a FangThorne. Sal de este juego, Nalia. No estás hecha para esto.

—Tú no me dices qué hacer —gruñí—. Y no tienes idea de para qué estoy hecha. No sabes nada sobre quién soy, Rhett.

Me enderecé y me alejé de la barra, pero él me siguió hasta el pasillo. Allí, me agarró ambos brazos para que no pudiera moverme. Se acercó tanto a mí que nuestros cuerpos chocaron. Mis pechos se aplastaron contra la dura tela de su traje, y sus caderas estaban contra las mías. Mis labios se separaron en un débil suspiro, hormigueando al recordar el beso caliente y prohibido que habíamos compartido.

Su toque también desencadenó recuerdos viejos pero potentes de ser su esclava sexual. Ser utilizada como una herramienta para su placer solamente, sin importar cuánto maltrato soportara durante el día. Era una dicotomía, que estuviera tan traumatizada, pero tan necesitada al sentir su cuerpo contra el mío.

Solo pude susurrar:

—Le contaré todo esto a tu esposa. Tú la empujaste a los extremos a los que llegó para deshacerse de mí. Si tan solo pudiera verte ahora.

—Me importa un bledo —humedeció su labio inferior, pasando un dedo por mi cuello hasta la V

en el frente de mi blusa.

Gina ronroneó en el fondo de mi mente, y un aliento entrecortado se me escapó. Él podía tocar mis emociones y mi cuerpo como un instrumento con cada mirada, cada palabra, cada caricia.

Puse mi mano en su pecho y empujé. No se movió ni un centímetro. En cambio, se acercó más, acorralándome contra la pared.

Sus manos acariciaban lentamente mi cintura, peligrosamente cerca de mi trasero. Sus labios estaban tan cerca, su aliento abanicando mi piel. Su calor y su aroma, y esos brazos eran dolorosamente familiares. Esas noches prohibidas parecían haber sido ayer. Confundía mis pensamientos y debilitaba mi resolución.

¿Qué estábamos haciendo? Es como si estuviéramos hablando sin palabras, usando un lenguaje de instinto y atracción. Esto era demasiado imprudente. Él era mi enemigo. Estábamos en público. Los espías de Julius podrían estar observando ahora mismo.

—¿Qué era eso que decías sobre ser la futura Luna de Julius? —susurró—. No puedes estar pensando en casarte con ese bastardo.

—No estás en posición de juzgarme. Él es mejor compañero de lo que tú podrías ser jamás —mi voz tembló—. Él no me rechazó. No me convirtió en su puta. Me respeta, y eso lo hace mejor hombre que t...

—Cuidado —los ojos de Rhett brillaron—. No me compares con esa mierda.

Mi corazón latía frenéticamente.

—Deja de invadir mi espacio personal. No quiero tu olor por todo mi cuerpo. Soy la hija de los asesinos de tus padres, después de todo.

Esas palabras enviaron un destello de ira por sus facciones. Su agarre sobre mí se tensó.

—¿Invadir tu espacio personal? —gruñó—. Si no lo quisieras, no te tocaría, Nalia. Quizás tú y Julius se merecen el uno al otro. Una hija de asesinos y un imbécil en santo matrimonio. Poético.

—Llámame como quieras, pero sigues aquí, sosteniéndome, tocándome. No puedes mantenerte alejado, no tienes autocontrol y tus palabras no tienen significado. Si no puedes tomar una decisión, lo haré por ti. No quiero tener nada que ver contigo, Rhett, he elegido un bando, y es

con Julius —respiré con dificultad.

—Sin embargo, percibo tu excitación, tu cuerpecito necesitado calentándose por mí —gruñó—. Eres una hipócrita. Te odio tanto, Nalia Ashryver.

Ese gruñido hizo que mi clítoris palpitara con fuerza.

Todo mi cuerpo se aflojó y se preparó para el calor, alistándose para él. Mis propias feromonas se volvieron locas y espesas, emanando de mí como un llamado hacia él. Era casi humillante cómo podía hacerme húmeda y dócil con solo una orden. Mis pezones se endurecieron contra mi sujetador, llevándome casi al frenesí. Sin embargo, lo fulminé con la mirada, hirviendo de excitación, ira y necesidad.

Mis ojos se fijaron en su hermosa y despreciable boca. Había dicho que me odiaba. Sin embargo, las palabras carecían del fuego habitual, casi como si él mismo no las creyera. Ambos éramos hipócritas.

—Entonces sigue odiándome.

Capítulo Once

Nalia

Han pasado cinco años desde la última vez que entré en celo, pero ahora ardía, manteniéndome despierta en plena noche.

Frenéticamente, me aferré al medallón alrededor de mi cuello buscando consuelo, pero había desaparecido. El pánico subió por mi garganta mientras agarraba mi bolso, destrozándolo mientras buscaba, hasta que algo pesado se estrelló contra mi puerta.

—¿Quién está ahí? —me quedé paralizada.

El estruendo se repitió una y otra vez, puntuado por gruñidos bestiales. Me arrastré fuera de la cama, agarrando el cuchillo bajo mi almohada. De repente, la puerta explotó, astillándose en múltiples pedazos de madera que volaron en todas direcciones.

Grité, blandiendo mi cuchillo contra el macho que se abalanzó dentro. Me estampó contra la pared tan rápido que todo el aire salió de mis pulmones. El cuchillo cayó de mi mano, pero atacué con mis garras, aunque resultó inútil.

—¡Sométete a tu Alfa, Omega! —Era Julius, su rostro iluminado por la luz de la luna.

Sus ojos estaban salvajes y amarillos. Eran los ojos de su lobo, y sus labios estaban retraídos en un gruñido enloquecido. Jadeé horrorizada.

¡Había perdido el control sobre su lobo en celo! Quería marcarme, de acuerdo con sus instintos más básicos.

—¡Quítate de encima! —chillé, estrellando la lámpara de la mesita de noche contra su cabeza.

Hablar era inútil. Estaba enloquecido más allá de cualquier razonamiento. Sus garras desgarraron mi vestido, y agarré los jirones, sollozando y haciendo lo posible por ocultar el resto de mi dignidad.

Me quedé paralizada, dándome cuenta de que era mi celo lo que había desencadenado este desastre. Había desarrollado control sobre mi ciclo de estro, de maneras que eran diferentes a las

Omegas típicas. Pensé que nada podría desencadenarlo, pero mi encuentro con Rhett más temprano había provocado una poderosa ráfaga de celo máximo que estaba más allá de mi control.

Pero incluso en mi terror, mi loba gemía para que me sometiera. Estaba en su naturaleza ceder ante un Alfa dominante, y la ausencia de una pareja solo lo empeoraba. El líquido lubricante cubría mis muslos internos. Él inhaló profundamente, ronroneando en apreciación de mi aroma.

—¡Sometete! —seguía gruñendo, arrastrándome más cerca mientras intentaba alejarme.

No escuché a mis instintos. Grité y luché, arrojando todo lo que mis manos agitadas podían tocar. Entonces, mis dedos se curvaron alrededor del mango del cuchillo. Mi cerebro se quedó en blanco, e hice lo impensable. Apuñalé a Julius, con un grito, pero él bloqueó la hoja con su brazo. La sangre salpicó toda mi cara.

Aulló de dolor.

Escapé hacia el pasillo, solo para ser recibida por múltiples gruñidos en la oscuridad. Los guardias estaban tensos, olfateando el aire, y tratando de luchar contra sus instintos de perseguirme. Un sonido horrorizado escapó de mí, pero incluso yo podía decir que el aire estaba fuertemente saturado con mis feromonas. Esto nunca había sucedido antes, no a este grado.

Uno de los guardias perdió el control y me persiguió.

Mis rodillas se doblaron por el puro pánico, y tropecé, chocando contra alguien que apareció repentinamente en mi camino. Luché contra ellos, pero unas manos tranquilas me sujetaron, y un ronroneo tranquilizador llenó mis oídos.

—Calma ahora, pequeña Omega —era Darius—. No dejaré que te lastimen.

El anciano me movió detrás de él y se enfrentó al guardia enloquecido.

—¡Contrólate, guerrero! ¡Serás severamente castigado por abandonar todo tu entrenamiento ante la más mínima tentación! ¡Atrápenlo y despejen este pasillo, ahora! ¡Todos los machos en las cercanías deben retirarse a sus habitaciones y permanecer allí por el resto de la noche!

En el momento en que los guardias se fueron, Julius apareció, sangrando profusamente. Gemí de puro miedo, incluso si parecía haber recuperado algún tipo de control.

—¿Qué te ha pasado, hijo? —preguntó Darius—. Estoy severamente decepcionado. ¡Eres un Alfa! ¡Tienes una esposa y Luna! ¡Cómo te atreves a rebajarte a tales... actos animalísticos cuando te he criado para ser mejor! Esto muestra una falta de control. ¡Imagina lo que diría la gente si se enterara de esto! Esto es francamente asqueroso.

Me agarré la cabeza con las manos, jadeando y resoplando. ¡No quería escuchar a Darius fingir que le importaba! ¡Me engañó durante años como el abuelo Johnny, pero ya no más! ¡Era tan cruel como Julius!

Ni siquiera le importaba que su propio hijo estuviera herido y sangrando, lo que significa que no dudaría en lastimar a mi pobre hijo una vez que me encontrara inútil. Después de mi fracaso en ganar a Gregor, no pasaría mucho tiempo antes de que eso sucediera.

Así que tenía que escapar. Esa era la única manera de proteger a Randal de estos psicópatas.

Regresé a mi habitación destruida para agarrar las llaves de mi coche. Me cambié a ropa limpia y me dirigí al ala izquierda de la casa de la manada. Gracias a la orden de Darius, no había guardias alrededor. Fácilmente encontré a mi bebé en una pequeña habitación, profundamente dormido.

—Oh, mi pobre niño —me arrodillé junto a la cama y lo abracé fuerte—. Te sacaré de aquí.

No tenía un plan. Todo mi dinero y tarjetas de crédito estaban registrados bajo el nombre FangThorne. Sin duda se bloquearían en el momento en que se dieran cuenta de que me había ido. Hasta entonces, tenía que moverme rápidamente.

Randal se movió y despertó justo cuando lo levanté de la cama.

—¿Mamá? —murmuró.

—Shh. Sí, soy yo —acaricié su cabello suavemente—. Necesito que estés callado, ¿de acuerdo? Vamos a algún lugar.

No podía permitirme sonar asustada para él, sin importar lo aterrada que estuviera.

Mi corazón latía fuertemente en mis oídos, mientras corría por los pasillos hacia la parte trasera de la casa de la manada. Una vez afuera, llegué a mi coche y puse a Randal en el asiento trasero.

Cerré la puerta de golpe y me apresuré hacia el asiento del conductor.

—¿A dónde diablos crees que vas? —dijo una voz aguda, sobresaltándome.

Me quedé paralizada por un segundo, pero la adrenalina me golpeó, y abrí la puerta rápidamente para saltar dentro. Una mano agarró mi cabello y me arrastró hacia afuera, pero resistí, girándome para empujar a mi atacante.

Lydia FangThorne cayó al suelo, y jadeé, sorprendida de verla. Su capa cayó hacia atrás revelando el cabello rojo desaliñado y descuidado debajo. Sus mejillas estaban demacradas por la desnutrición, sin embargo, el brillo arrogante de sus ojos oscuros seguía siendo el mismo. ¡Se suponía que estaba en prisión!

Apenas había interactuado con ella desde que nos trajeron aquí, pero claramente nunca le había agradado. Había sido un alivio cuando la encarcelaron por razones que no me importaba conocer.

—¿Estás tratando de escapar? —Ella se levantó rápidamente—. ¡Maldita zorra atrevida!

—¡Apártate de mi camino! —Mi voz tembló, y salté dentro del coche. Cerré la puerta de golpe antes de que pudiera alcanzarme y pisé el acelerador.

Los faros inundaron la oscuridad frente a mí mientras el coche avanzaba. Ella golpeó con el puño mi ventana, pero yo miré hacia atrás a mi hijo. Parecía asustado.

—Todo estará bien, cariño —intenté tranquilizarlo, pero un chirrido mecánico ahogó mis palabras.

El coche se sacudió, lanzando mi cabeza hacia el volante. El dolor irradió por mi cráneo, y gemí, instantáneamente desorientada. La puerta del coche se abrió de golpe, y Lydia me arrastró al suelo. Vi que mis neumáticos estaban pinchados.

—¿Crees que puedes burlarme, eh? ¡Espera a que le cuente todo esto a Julius!

Vagamente oí a Randal llorando. Levanté la mano hacia el coche. —Mi bebé... Lo siento... Mamá no pudo sacarte de aquí.

—¡Oh, cállate! —Me empujó—. ¿Crees que escapé de un calabozo licántropo fuertemente vigilado solo para ver tu teatro? ¡Ven aquí! ¡Eres nuestro peón, y te necesito para llevar a cabo mi venganza! Pero primero, por atreverte a escapar, ¡nunca volverás a ver a tu hijo!

Capítulo Doce

Rhett

—He realizado una investigación de antecedentes del chico por separado, tal como usted ordenó, señor —Fred entró en la oficina—. No ha arrojado ningún resultado. Es como si no existiera.

Miré con recelo el medallón que tenía en la mano.

Se le había caído a Nalia hace unos días, y ella se había marchado antes de que pudiera devolvérselo. Para mi sorpresa, me encontré con la foto de un niño de cabello negro y ojos azules dentro del colgante de plata.

—¿Quién es este chico, entonces? ¿Algún niño que recogió para quedar bien? Pero ¿por qué tendría un medallón privado de él si todo fuera por relaciones públicas? —La mera idea era absurda—. Nadie más parece saber de esto.

—Pero, señor —reflexionó Fred—. ¿Y si ella tiene un...?

—Nalia no tiene un hijo —me burlé—. ¿Te parece que sea madre? Ni siquiera es posible. ¡Ve a hacer más averiguaciones!

Descarté la loca especulación de Fred sin pensarlo dos veces. El chico no podía ser mío. Es imposible que los licanos dejen embarazada a una mujer sin un factor potente como el matrimonio o un vínculo de apareamiento, a diferencia de los hombres lobo que se reproducen tan fácilmente.

No había nada de eso entre Nalia y yo. Ella era mi esclava y mi puta. Yo nunca estuve en un celo natural que promoviera la fertilidad.

Así que volví a mi investigación de días atrás, que no arrojó nada.

Era asombroso lo poco que sabía de ella, y cómo sus registros como Nalia Ashryver no mostraban mención alguna de hermanos, primos o incluso parientes lejanos supervivientes a los que pudiera atribuir la existencia del chico.

Excepto por su abuela, Gertrude. ¿Podría la anciana tener una explicación para mí?

Mierda. Esto me estaba dando dolor de cabeza.

No solo el misterioso niño en el medallón de Nalia, sino las locuras que me había dicho sobre elegir a Julius.

Me burlé.

Parecía muy poco probable que estuviera diciendo la verdad, pero estaba increíblemente enojado porque se hubiera atrevido a compararme con ese bastardo. Tenía muchas cuentas pendientes con Julius. Sabía que el tipo estaba tramando algo. Codiciaba mi poder e influencia, tanto en nuestras cortes como en el mundo de los negocios.

Pero no tenía prisa por lidiar con él todavía.

Simplemente no podía soportar lo cerca que se mantenía de Nalia ahora, exhibiéndola por ahí. Por eso orquesté la liberación de Lydia de la prisión.

Había ordenado a los guardias del calabozo que "accidentalmente" dejaran las llaves de su celda en la cerradura para que ella pudiera aprovechar la oportunidad de escapar. Cuando los guardias llamaron para informarme que Lydia se había "escapado", me sentí satisfecho.

Lydia definitivamente pondría una cuña entre Nalia y Julius, justo como yo quería.

—Tiene una entrega, señor —Fred colocó un sobre brillante con sello dorado frente a mí—. Lo trajeron hace un momento.

Por el escudo, reconocí que venía del castillo. Al abrir el sobre, descubrí que era una citación oficial del consejo de Ancianos, afirmando que debía realizarse una ceremonia de purificación.

Creían que la pérdida del embarazo de Fiona era un presagio, y yo tenía que volver al castillo con urgencia.

—¿Por qué te molestaste en volver? Puedo hacer la ceremonia de purificación yo sola —la voz de Fiona era fría como el hielo.

Me detuve en la entrada de nuestros aposentos privados. Estaba sentada en una silla frente a la ventana. Parecía frágil y abatida, como una sombra de su habitual ser.

—Aún estás molesta...

Me miró con furia.

—¿Oh? ¿Esperabas que me recuperara instantáneamente de un aborto?

—No, no es lo que... —Me froté el pulgar entre las cejas—. Sabes que tuve que irme para darte algo de espacio. No quería agravarte más.

—Excusas —Se encogió de hombros—. No te quiero cerca de mí, Rhett. Simplemente odio cuando transmites tu indiferencia a toda la corte. Pase lo que pase, tenemos que parecer cercanos, unidos, como una pareja sólida en la que nuestros súbditos puedan buscar inspiración y consuelo. Que te vayas a cada maldito segundo arruina aún más nuestra imagen.

—No es ningún secreto que el nuestro es un matrimonio político. Nadie espera que actuemos como tortolitos. Eso es simplemente algo que te has impuesto a ti misma.

De repente se puso de pie.

—Lydia se ha ido. ¿Eso también fue obra tuya? Nadie puede escapar de los calabozos subterráneos, especialmente no una estúpida perra como Lydia Fangthorne. Así que alguien debe haberla liberado. Intentó envenenarme, y aunque sus métodos fueron muy estúpidos, sus intenciones seguían siendo maliciosas. Debe estar tan feliz de que haya perdido a mi bebé ahora.

Lydia simplemente tuvo suerte de que la necesitara para poner fin a la "cercanía" entre Julius y Nalia. Me molestaba que él la paseara como su pareja y promoviera algún tipo de narrativa. Una vez que su esposa regresara a casa, definitivamente no tendría excusa para seguir enredándose con Nalia.

—Lydia tendrá su merecido —respondí—. Deberíamos prepararnos para la ceremonia. Aún tengo que volver a la ciudad.

—¿Eso es todo? —Fiona se burló—. ¿Eso es todo lo que tienes que decir? No importa. He terminado de hablar contigo.

Salió caminando.

No me había dado cuenta de que inconscientemente estaba esperando a Nalia hasta que Julius apareció sin ella.

En su lugar, Lydia se aferraba a su brazo, luciendo como si no quisiera estar aquí. Joder, ¿qué tan estúpida podía ser para regresar después de apenas haber escapado? ¿Y dónde diablos estaba Nalia? Espera. ¿No era esto lo que yo quería?

—¡Guardias! —Fiona se apartó de las sacerdotisas, su rostro teñido de ira—. ¡Aprehendan a esa criminal ahora mismo! ¡Y pónganla de vuelta en la prisión donde pertenece!

La ceremonia se detuvo en seco.

—Bueno, ¿qué están esperando? ¡Su reina dio una orden!

Se desató un alboroto cuando los guardias se lanzaron hacia Julius y su Luna. Lydia estaba entrando en pánico, tratando de huir, pero Julius la sujetaba con fuerza. Era como si definitivamente esperara que esto sucediera.

¿Qué diablos estaba tramando ese hijo de puta ahora?

Los guardias hombre lobo formaron un círculo protector alrededor de sus gobernantes.

—¿Están resistiéndose al arresto de la Reina? —intervine—. Ordena a tus guardias que retrocedan, Julius. Una criminal fugada acaba de tener la audacia de profanar nuestra ceremonia de purificación. ¿Estás confabulado con los crímenes de tu Luna?

—Disculpe —respondió Julius—. Pero solo se me informó que mi Luna tuvo un altercado con la reina. Ofendió a la reina y fue encerrada en una celda como castigo. ¡Un crimen tan trivial no debería haber justificado un encarcelamiento tan prolongado en esos calabozos oscuros y peligrosos!

—¿De qué está hablando? —rugió Fiona.

Cierto. No le había contado a Julius la verdad de lo sucedido, ni tampoco Lydia, porque no debería haber sabido que su Luna estaba siendo muy ambiciosa y tomando pasos audaces sin su conocimiento en el asunto. Mis ojos se encontraron con los de Lydia, y ella negó con la cabeza, suplicándome que no dijera la verdad.

Mi voz resonó por todo el amplio anfiteatro.

—Lydia FangThorne intentó envenenar a la reina la noche en que se ejecutó al asesino de mi hermano. Era una celebración, así que nadie estaba prestando mucha atención. Fue arrojada a los calabozos mientras el consejo decidía qué hacer con ella. Pero escapó antes de que se tomara una decisión, lo que nos trae aquí.

—¿Qué? —Julius se volvió para mirar furioso a Lydia—. Dime que esto no es cierto.

—Lo es. ¡Y pagará caro por intentar escapar del juicio! —espetó Fiona.

Julius inmediatamente se arrodilló, arrastrando a Lydia con él. La conmoción se extendió por la multitud. Una sonrisa burlona tiró de la comisura de mis labios.

—Su Majestad, Reina Fiona, le suplico, ¡tenga misericordia de mi esposa descarriada! Ha aprendido su lección mientras estuvo encerrada, y creo que usted puede considerar la armonía entre nuestros pueblos y no encarcelar a su Luna.

—Debería haber pensado en eso antes de desafiarme.

—Rey Rhett —Julius me miró—. En este caso, invoco las leyes de nuestra alianza para permitir que Lydia cumpla un castigo de su elección, uno que no la lleve de vuelta a los calabozos. Puede servir en la corte Lycan por el tiempo que usted desee...

—¡Tonterías! —se burló Fiona—. ¡Eso no es nada comparado con lo que intentó hacer! ¿Por qué entretienes esto, Mi Rey? ¡Esa mujer debería ser ejecutada!

—Mi Reina —intervino el Anciano James—, creo que deberíamos considerar la contribución del Alfa Julius a nuestra corte. Está suplicando por su misericordia hacia su Luna, lo mínimo que podemos hacer es perdonarle la vida.

—Es humillante para una Luna convertirse en una sirvienta en la corte, así que creo que esta es una buena manera para que Lydia se arrepienta de sus acciones —añadió Julius.

Observé a Lydia acobardada en el suelo. Julius obviamente la había arrastrado de vuelta aquí sabiendo que todo esto sucedería. Pero ¿por qué?

—¿Qué tiene que decir la criminal en su defensa? —exigió Fiona.

—Serviré —logró decir Lydia con voz ahogada.

La estratagema se volvió cristalina para mí. Esto era lo que Julius había querido, que su esposa fuera plantada en la corte Lycan, monitoreando todo lo que sucedía a puerta cerrada. Por eso la había traído de vuelta. No era más que su peón.

—No —dije—. Lydia no servirá. Será libre...

—¿Qué? —exclamó Fiona.

—...pero a cambio de su libertad, Julius, devolverás a Nalia Ashryver a la corte Lycan. Ella soportará todos los castigos de Lydia.

Capítulo Trece

Nalia

Una gota de sangre rodó por mi frente.

Cayó sobre la alfombra roja que conducía a los tronos. Allí, Fiona estaba sentada con orgullo, sonriéndome. Mientras avanzaba, las miradas críticas de los miembros de la corte pesaban más que las espinas en mi cabeza.

—¡Nalia Ashryver ha sido enviada para expiar los crímenes de Lydia FangThorne, Luna de la Manada Redwood! —anunció el heraldo—. Canalicen su ira hacia ella, como exige la tradición.

El viejo y familiar miedo se apoderó de mí. Mis rodillas se doblaron y mis pasos vacilaron. Mi corazón golpeaba contra mi esternón y mis pulmones no podían retener aire. Aun así, presioné mis palmas sudorosas contra mi vestido y continué caminando hacia la reina.

—Deseaba terriblemente castigar a Lydia, pero esto es aún mejor. Nalia Ashryver, paria deshonrada de la Manada Redwood e hija de asesinos traidores —Fiona extendió sus brazos—. ¿No parece justicia que estés soportando el castigo por codiciar la corona?

—¡Ella tiene su propia corona ahora, Su Majestad! —se burló un cortesano.

Otros estuvieron de acuerdo con absoluto desdén.

Más sangre fluyó de los cortes alrededor de mi cabeza. Ardían terriblemente, pero el dolor no era nada comparado con lo que me devastaba por dentro. Entendí lo que era esto. A los licántropos no les importaba tanto Lydia, solo ansiaban verme sufrir. Y Rhett me había arrojado directamente a sus garras.

Esto hacía mi tarea mucho más fácil. No tendría que sentir ningún remordimiento cuando llevara a cabo lo que Julius me había enviado a hacer aquí.

—Llevas la vergüenza tan bien, Nalia —continuó Fiona—. ¿No es así, Mi Rey?

Rhett no la estaba mirando. Sus ojos de obsidiana ardían mientras observaban mi humillación. Estaba reclinado en su trono, pero creí ver la tensión de su mandíbula, el movimiento nervioso de

sus dedos, el dolor en sus ojos.

Las lágrimas abrasaron mis ojos, desdibujando su intenso contacto visual. Lo odiaba tanto que ya ni siquiera se sentía como odio. No había palabra para lo que sentía por Rhett. Me quemaba como fuego y hielo, consumiéndome con cada paso que me acercaba.

—Paga tu deuda de sangre, Nalia —Fiona extendió su mano en el momento en que me arrodillé frente a ella—. Esto es simbólico, demostrando tu profundo remordimiento.

Las deudas de sangre generalmente eran invocadas por las élites licántropas por asesinatos o intentos de asesinato. El culpable tenía que derramar su sangre en cualquier grado exigido por la parte agraviada. En casos más bárbaros, una deuda de sangre podía costar la vida.

Manché con la punta de mi dedo ensangrentado su anillo de rubí y lo besé.

No me derrumbé. Después de todo, mi dignidad hecha jirones era todo lo que me quedaba para aferrarme.

El corral de cerdos apestaba a inmundicia y desechos.

Sin embargo, me arrodillé en el fango, fregando los comederos con un cepillo duro. Estaba tan absorta en mi tarea servil que no lo oí acercarse.

—Toma —la voz de Rhett era cortante—. Usa algo de agua y lávate esa mugre. No se supone que estés aquí.

Me quedé paralizada, sus palabras arrancando la costra de mis heridas internas. Un dolor fresco me invadió, ahogándome hasta que no pude hacer nada más que contar mis respiraciones. Temblando, agarré el cepillo con más fuerza y continué fregando.

No te desmorones ahora, me dije a mí misma.

Me levantó, sus ojos ardiendo al ver mi lamentable estado. Parte de la suciedad había salpicado su camisa de seda y sus caras botas. ¡Quería cubrir su rostro irritante con ella!

Aparté mi brazo de él con brusquedad.

—No vuelvas a ponerme un dedo encima, Rhett, o yo...

—Se suponía que solo ibas a pasar por la ceremonia...

—Tu reina me envió a limpiar después de los cerdos —sonreí débilmente—. ¿Y se supone que la ceremonia es mejor? Fui humillada completamente y tratada como menos que una persona mientras tú observabas. ¿Disfrutaste el espectáculo?

Estaba perdiendo la paciencia.

—Julius estaba tratando de plantar a su Luna en mi corte, así que arruiné su plan haciéndote enviar aquí en su lugar. Y no porque ansiara el espectáculo enfermizo.

—¿Por qué no? ¿Me tienes lástima? —me acerqué a él—. Qué descaro el tuyo, Rhett. ¿Por qué no vuelves a ser el rey licántropo o el despiadado multimillonario? El corral de cerdos no es lugar para ti.

Volví a fregar los comederos.

Él golpeó el cepillo fuera de mi agarre y me sacó del corral a tirones. Grité y tiré al suelo el agua que me estaba ofreciendo.

—No es momento de ponerse difícil —exhaló—. Muchos miembros de la corte no quedaron satisfechos con la ceremonia de la deuda de sangre. Estarán al acecho esperando para atacarte, y sus acciones serán completamente justificables. Tengo que mantenerte a salvo, aunque eso implique arrastrarte todo el camino.

Retrocedí tambaleándome, atónita.

¿Era preocupación lo que escuchaba en su voz? Cualquier sentimiento difuso que estuviera creciendo en mi corazón fue aplastado en el instante en que recordé quién era Rhett. Me había causado tanto dolor que estaba sangrando por dentro.

¡Él me había puesto en peligro! ¿Ahora hablaba de mantenerme a salvo? Mi pecho se agitó y las lágrimas nublaron mi visión. Mentiroso.

Hervía de rabia, apretando los puños tan fuerte que los sentí sangrar. Mi corazón ardía con tanto odio que casi hacía más fácil aceptar lo que iba a hacerle. No, estaría mintiéndome a mí misma si dijera que merecía morir sin conocer nunca a su hijo.

¿Cómo podía asesinar al padre de mi hijo?

Me aparté de sus ojos ardientes, agarrándome el pecho. Dentro de mí, algo potente ardía, más fuerte que el miedo, el odio o cualquier vínculo. Me llenaba de ganas de agarrarlo y besar la culpa de sus ojos, de disculparme por lo que tenía que hacer. ¿Era esto afecto? ¿Deseo? ¿Era un placer egoísta que me hubiera buscado en un chiquero, mostrando preocupación por mi seguridad?

Fuera lo que fuese, no tenía lugar para ello.

No me resistí cuando me agarró del brazo y me arrastró a un pasillo desierto que conducía al castillo.

—Ve a tu antigua habitación y quédate allí —ordenó—. Haré que te envíen de vuelta a tu manada una vez que termine tu servidumbre.

Lo vi alejarse a grandes zancadas mientras mis dedos se curvaban alrededor de la hoja de plata escondida bajo mi vestido. Julius me había ordenado matar a Rhett, o mi hijo moriría. Tenía que hacerlo. Mis instintos maternos superaban todo lo demás.

Probablemente Rhett me llevaría con él, pero moriría con gusto si eso salvara a Randal.

La habitación estaba intacta, como una cápsula del tiempo de hace cinco años.

El polvo cubría las superficies de la habitación, llena de aromas que aún se conservaban después de todo este tiempo.

—¡Es cierto! —una voz perpleja vino desde la puerta—. ¡Has vuelto! ¡Estás viva!

Me di la vuelta, encontrándome cara a cara con alguien que nunca pensé que volvería a ver.

—Dana —susurré.

El rostro de Dana Reed era una imagen de puro alivio mientras se apresuraba hacia mí. Me abrazó larga y fuertemente. No pude reunir las fuerzas ni para alegrarme, porque estaba de vuelta en el lugar del que ella había intentado salvarme.

—No sabía si habías logrado salir viva o muerta —su voz temblaba—. Y cuando la reina anunció que estabas muerta... pensé que te habían atrapado... durante años, yo...

—Sobreviví.

—¿Entonces por qué has vuelto aquí? —Rompió el abrazo con urgencia—. Me alegro de verte, ¡pero no así! ¡He oído que te castigaron por los crímenes de Lydia FangThorne! ¡Deshonrada y obligada a palear excremento de cerdo! ¿Cómo es esto posible? Tienes que contármelo todo. Te prometo que si hubiera estado aquí todo el tiempo, nunca habría permitido que te pasara esto, Nalia.

—Lo sé. Arriesgaste tu vida por mí, y lo desperdicié todo al terminar de vuelta aquí —susurré—. Pero está bien. Me alegro de que estés bien. Estaba preocupada de que sospecharan de ti...

—¿Qué? —Negó con la cabeza, haciendo volar su corta melena—. No puedo creer que te preocupes por mí en esta situación. Siempre has tenido un alma hermosa, Nalia, pero no desperdicies tus preocupaciones en mí. Todavía sirvo a los Licanos, pero he estado de permiso. ¡En cuanto supe de tu regreso, volví! ¡Te sacaré de aquí ahora mismo!

Lanzó una mirada frenética alrededor.

—Pero no podemos permitirnos alertar a los espías de Fiona que andan merodeando por aquí ahora.

Eso no me molestaba.

Los espías de Julius también estaban al acecho, asegurándose de que no me desviara de mi misión. Estaba agotada y al límite de mis fuerzas, así que le conté todo desde aquella fatídica noche hasta ahora, excepto una cosa.

—No puedo irme todavía. Pero hay algo que puedes hacer para ayudarme, Dana. Solo por si acaso me pasa algo, eres la única en quien confío para mantener a mi hijo a salvo.

Ella lidiaba con el impacto de todo lo que acababa de contarle. Aun así, su rostro se llenó de determinación y apretó mis manos.

—Dime qué debo hacer.

La puerta se abrió de golpe, sobresaltándome. Cubrí la hoja con una almohada, con el corazón latiendo en mi pecho.

—¿Rhett? —susurré—. ¿Q-qué haces aquí...?

Se abalanzó sobre mí tan rápido que mi grito fue bloqueado por su enorme puño agarrando mi cabeza. Un gruñido feroz de su parte me erizó la piel hasta los pies, y me presionó contra la ventana. El viento frío me desgarraba el cabello, al igual que su agarre desgarraba mi vestido.

Su cabello oscuro estaba despeinado, su ropa rasgada y dejando al descubierto su pecho. Sus ojos entrecerrados ardían con un hambre feroz. Había arañazos en su cuello, demasiado pequeños para ser de sus propias garras. Manchas de lápiz labial manchaban su mandíbula. Era el mismo tono de rosa que solía usar Fiona.

La expresión hambrienta en él era aterradora. Amenaza, rabia y deseo masculino vibraban a través de su cuerpo musculoso.

Estaba en un poderoso celo.

Su aroma era cien veces más espeso, más lujurioso. Como un depredador, su atención se centró en mis labios. No tuve tiempo de reaccionar cuando me agarró del pelo y puso su boca sobre la mía.

Un gruñido hambriento retumbó en su pecho. Se volvió salvaje, fundiendo vorazmente sus labios contra los míos, besándome con un fervor que hablaba de un hombre moribundo. Tropecé hacia atrás y él me siguió, consumiendo cada centímetro de mi boca que su lengua podía invadir.

Me estaba besando voluntariamente, algo que se había negado rotundamente a hacer las muchas veces que habíamos tenido relaciones en el pasado. Me había dolido tanto entonces, ese rechazo específico. Pero aquí estaba ahora, buscando su alma entre mis labios.

Mi pulso se descontroló, latiendo con furia, dolor y angustia. Su boca era embriagadora, aflojando la tensión en mis extremidades hasta que sentí que caería por la ventana detrás de mí. Su mano invasiva me atrapó, agarrando el escote de mi vestido. Lo rasgó hasta mi cintura.

Mis pechos se derramaron en sus manos callosas. Sus pupilas se dilataron aún más y gimió, bajando la cabeza para succionar mis pechos vorazmente.

El calor de su boca hizo que mi respiración se estremeciera, una emoción me recorrió. Mi propio

aliento se hundió en mis pulmones cuando levantó la mirada de mis pezones para encontrarse con la mía. Había una concentración tan oscura en esos ojos de medianoche que me desconcertó. La indignación me golpeó. ¡Que tuviera el descaro de venir a mí después de todo lo que había hecho, tratando de convertirme en su puta de nuevo!

Golpeé mis manos contra su pecho, pero él gimió de placer.

—¡Sí, golpéame todo lo que quieras!

—¡Animal! —grité.

Esperaba que me lastimara, que fuera rudo e inconsiderado conmigo en el calor de su pasión, como los machos típicos en celo, pero no lo fue. La conciencia brillaba a través del deseo loco en sus ojos, como si a pesar de todo, pudiera sentir mi dolor y mi vacilación. Yo no era solo una Omega errante para conquistar, un coño fácil para follar.

Anhelaba su adoración, su afecto, más que nada.

Y me lo dio. Sus manos se deslizaron bajo mi cabello, sobre mi piel desnuda, sus garras clavándose en mi piel. Sus brazos estaban tensos y temblando de contención, como si le costara todo su poder de voluntad controlar su celo para no lastimarme. Mi corazón se llenó cuando olió mi cabello, agarrando y apretando mis hombros como si no pudiera tener suficiente.

La dicotomía de su toque caliente y el aire frío de la ventana enviaron varias sensaciones intensificadas rodando sobre mi piel. Me odiaba a mí misma por ello.

Nos sumergió a ambos en el colchón, jadeando, alimentándose de mí como si me necesitara para sobrevivir. Lo dejé tomar, le ofrecí mi alma maltratada. Le di todo.

Nuestras respiraciones se volvieron una y la tensión en mi cuerpo se desvaneció. El sabor y la sensación de él tallaron un espacio en mis recuerdos más profundos. Me aferré a su camisa desgarrada, mientras él frotaba su dura y hambrienta erección contra mí. Chupó mi labio inferior, mordiéndolo ligeramente.

—Nalia —incluso su gruñido gutural era reverente.

Algo había cambiado entre nosotros. Colgaba potente, sin reconocer y pesado en el aire entre nosotros. Crujía y chispeaba como un fuego esperando encenderse. La forma en que decía mi nombre, me miraba, me tocaba... No me atrevía a desentrañar lo que ardía tan brillantemente en

sus ojos, lo que estaba diciendo sin palabras.

Tenía demasiado miedo de enfrentar la verdad.

Así que agarré sus pantalones y los abrí de un tirón. Él agarró mis manos y se bajó el resto de los pantalones para que su miembro quedara libre. El glorioso eje era grueso y venoso, palpitando y goteando humedad por la punta. Su otra mano abrió mis muslos más ampliamente, y empujó dentro de mí con tanta fuerza que grité.

Sus garras se clavaron en mis caderas, lo suficientemente profundo como para doler. Su pecho me presionó hacia abajo, atrapándome mientras retiraba su miembro y me empalaba de nuevo. La dicha hizo que mis ojos se pusieran en blanco. Oh, Diosa, lo había extrañado. Me estremecí hasta los huesos, sintiendo mi interior apretarse alrededor de su pulsante miembro.

—Joder —gruñó, hundiéndose más y más profundo con cada embestida febril—. He estado muriendo por esto, Nalia...

Gemí, y él deslizó su dedo en mi boca. Lo chupé, enroscando mi lengua alrededor. Retiró ese dedo, envolviendo su mano alrededor de mi garganta y comenzó a bombear más rápido, más fuerte, hasta que la empuñadura de su verga golpeaba contra mis pliegues húmedos. La lujuria me consumía, mi respiración entrecortada. Lo observé mientras me follaba, cautivada por la profunda pasión en sus ojos.

Sus cejas se fruncieron en concentración. El movimiento desesperado de sus caderas... era magnífico.

Mis muslos temblaron, mi placer alcanzando un crescendo que casi arrancó mi alma de mí. Soltó mi cuello y enganchó mi pierna sobre su hombro para poder penetrar más profundo. Gimoteé mientras se mecía sobre mí, golpeando mi cervix con su verga. Las sensaciones en mi cuerpo eran incontrolables.

—¡Rhett! —jadeé, pero fue ahogado por los sonidos húmedos entre nuestros cuerpos y el crujir implacable de la cama—. Oh, Rhett...

Su nombre era una plegaria en mis labios. Mis pechos se agitaban contra su duro pecho, su aliento era caliente contra mi cuello, mis manos recorrían la hendidura de los músculos en su espalda. Se sacudió, titubeando ligeramente mientras mi coño se contraía fuertemente alrededor de su verga.

Un placer ardiente me atravesó, y grité tan fuerte que las paredes del castillo gimieron en respuesta. Mi orgasmo fue diferente a todo lo que había experimentado antes, arrastrándome al limbo. Mi mente se hizo pedazos justo cuando Rhett me siguió al éxtasis.

Mostró sus colmillos, golpeando sus caderas una última vez dentro de mí antes de estremecerse en su liberación. La semilla caliente brotó de él copiosamente, empapando mi interior. Su cuerpo musculoso temblaba, su expresión completamente deshecha, tan perdida y vulnerable.

Mi corazón se hizo añicos cuando agarré la hoja debajo de la almohada y la clavé en su pecho.

Capítulo Catorce

Rhett

Una hoja plateada estaba clavada justo encima de mi corazón.

El dolor borró todo rastro del éxtasis que me había consumido segundos antes. El puño de Nalia estaba envuelto alrededor de la empuñadura. Sus ojos azules estaban abiertos de par en par, tratando de hundir el cuchillo más profundo. Mis instintos se activaron.

Aparté su mano de un golpe, inmovilizándola contra el colchón. Un gruñido vil salió de mí mientras arrancaba la hoja y la arrojaba al otro lado de la habitación. La sangre brotó, seguida de una explosión de dolor que me arrancó un rugido. La miré con indignación y conmoción.

—Me has apuñalado —dije con un tono de incredulidad, aunque la ira pulsaba en lo profundo de mis vasos sanguíneos.

Ella se encogió de miedo. Mi sangre manchaba su rostro y sus manos.

Lentamente, la traición se hizo evidente. Por un segundo horroroso, tuve el impulso de aplastarla. Era instintivo destruir cualquier amenaza, especialmente cuando la amenaza era una loba Omega que se atrevía a intentar quitarme la vida. Pero contuve ese impulso licántropo al instante y el esfuerzo casi me llevó al límite.

Rugí, golpeando mi puño contra la pared. Ella gritó, protegiéndose de mí.

Mi corazón se sintió como si estuviera atravesado por mil cuchillos al verla encogerse. Ella era quien me había herido. Yo debería ser quien se encogiera de miedo ante ella. Y así era exactamente como había muerto Mathias. Una hoja de plata en el corazón. La plata interrumpía la capacidad de los licántropos de sanar rápidamente, lo que llevaba a una pérdida de sangre incontrolada y a la muerte.

—Mierda —presioné mi palma contra la herida abierta—. Así fue exactamente como lo mataste... ¡así fue como apuñalaste a mi hermano en el corazón!

—¡Yo no lo hice! —jadeó frenéticamente—. ¡No tuve nada que ver con la muerte de tu hermano!

—¡Dime la maldita verdad, Nalia! —grité—. ¡Joder, intentaste asesinarme!

Su rostro estaba blanco como el papel. Estaba temblando, respirando pesadamente. La levanté para que estuviera cara a cara conmigo. Busqué en sus ojos y no encontré nada que pudiera explicar esta locura.

—Si vas a matarme, lo mínimo que puedes hacer es apuñalarme correctamente —siseé—. Por eso Julius proporcionó un criminal falso para ser ejecutado por el asesinato... estaba encubriéndote.

Las lágrimas inundaron sus ojos.

—Eso no es cierto.

Más sangre goteó por mis dedos sobre las sábanas.

Un dolor negro me sofocaba. No podía creer que me hubiera estado ablandando hacia ella, solo para que me recordara exactamente por qué la había odiado desde el principio.

—¿Todo esto fue una mentira entonces? —jadeé—. Nunca te importó, ¿verdad? ¿Debería haberte matado en el instante en que vi esa marca de traidora en tu piel?

Sus labios se separaron como si estuviera tratando de decir algo. Sus ojos estaban atormentados y sus dedos se movían nerviosamente.

La miré, completamente herido. Había un vacío sangriento donde solía estar mi corazón. Ella estaba sentada sollozando, desnuda y absolutamente hermosa. Sin embargo, todo lo que podía ver eran sus lágrimas de cocodrilo.

Me volví para salir de la habitación, pero mi visión se nubló, haciéndome tropezar.

—Mierda —presioné con más fuerza contra la herida—. Estoy perdiendo demasiada sangre.

Un sudor frío brotó por toda mi piel mientras alcanzaba algo de la ropa descartada en el suelo. La plata no solo detenía el proceso de curación, sino que también impedía que la sangre coagulara, lo que llevaba a una pérdida masiva de sangre en poco tiempo. Ya sentía que mi corazón se ralentizaba, mis labios se enfriaban... pero no me importaba.

Todo lo que quería saber era si el amor que había visto en sus ojos era solo producto de mi

imaginación. Era impactante que me estuviera desangrando, pero esto era lo que me moría por saber.

—Ni siquiera puedo pedir tu perdón —su voz temblaba—. No tengo excusa para lo que he hecho.

—¿Por qué pedirías perdón si nunca te importó? —Nuestros rostros estaban cerca, provocando una tensión agridulce—. ¿O sí te importó?

Hubo un momento de silencio.

—No —susurró—. Nunca me importaste.

La punzada de dolor en mi corazón dolía más que esa hoja que clavó en mi pecho.

—¿Solo te importa el niño de tu medallón, entonces? Tal vez ames a su padre. ¿Quién demonios es él? —El calor familiar de los celos me llenó.

Me sentía patético porque esto era lo que me moría por saber, incluso al borde de la muerte. Pero esa era la única conclusión a la que había llegado. Quienquiera que fuera ese niño, probablemente estaba conectado a Nalia a través de alguien más allá de mi radar.

Su mano instintivamente se aferró a su cuello.

—¿T-tienes mi medallón?

—¡Respóndeme! —grité.

Ella guardó silencio, pero había un desafío acechando allí. Una actitud protectora que no había aparecido hasta que mencioné al niño. En ese momento, supe que no obtendría respuestas de ella.

—Abandona el castillo —dije con voz ronca—. No vuelvas nunca.

—¿Qué? —Nalia parecía sorprendida de que no la estuviera encadenando por intento de asesinato.

—No me hagas cambiar de opinión.

Capítulo Quince

Nalia

—Has fracasado.

Julius me miró con desprecio en el momento en que caí a sus pies. Se levantó de su asiento, alejándose de Lydia. Ella estaba medio vestida con una bata de seda, bebiendo su café de la mañana.

—Hice lo que me ordenó.

—No, no lo hiciste —espetó Julius—. Si hubieras matado a Rhett, ¡no estarías arrastrándote frente a mí ahora mismo! ¡Te habrían encarcelado al instante!

—¿Es eso lo que quería? —Mis ojos se abrieron de par en par mientras me abalanzaba hacia adelante—. ¿Qué demonios están planeando usted y su padre psicópata? ¡He hecho suficiente! ¡Mire mis manos! ¡Mire su sangre!

Su rostro se retorció.

—¿Has olvidado con quién estás hablando, Nalia?

Los guardias me empujaron de vuelta a mis rodillas. Bajé la cabeza, mordiéndome el labio con tanta fuerza que la sangre llenó mi boca. Me estaba volviendo loca, temblando, llena de ganas de arañar mi propia piel para escapar de estas emociones.

—Qué insolente —dijo Lydia—. Creo que has sido demasiado indulgente con ella, esposo.

—Déjenlos —ordenó Julius.

Su esposa, esa perra, salió a regañadientes de la habitación, seguida por los guardias. El clic de la puerta hizo que mi corazón se hundiera en mis entrañas.

Julius agarró mi barbilla, obligándome a mirar sus ojos salvajes.

—Me has avergonzado. Dos veces. No pudiste poner de nuestro lado a ese molesto humano,

Gregor Stonebridge. ¡Tampoco pudiste matar a ese bastardo licántropo Rhett Voltaire! ¿Es tan difícil para ti salvar a tu propio hijo? ¿Cómo se sentiría Randal al saber que su madre tuvo la oportunidad de asegurar su vida pero fracasó?

—¡No! —Agarré su mano—. No lastime a mi hijo. Hice lo que me dijo, pero... pero Rhett era demasiado fuerte. Me superó en segundos, pero perdió mucha sangre. Está herido...

—¡Excusas! —Julius me empujó—. ¡Esta era la única manera de que expiaras tu intento de escape! ¡Debería haberte matado esa noche por pensar que podías huir de mí, el Alfa!

La noche que me metió en este lío, cuando había fallado en escapar.

—¿Ya has tenido suficiente, Nalia? —El brazo de Julius estaba envuelto en vendajes manchados de sangre—. ¿Debería agregar más fragmentos de vidrio a la alfombra?

Estaba sangrando por las rodillas y temblando. Mi coche se estaba quemando a pocos metros, con el humo amargo ahogando mis respiraciones. Debía tener una conmoción cerebral porque no podía ver claramente, oír o incluso superar la desorientación.

—Randal... —susurré.

Lydia y Darius se lo habían llevado, incluso mientras él lloraba por el impacto del accidente. Si solo ella no hubiera escapado de la prisión y regresado en ese momento específico, mi hijo y yo estaríamos muy, muy lejos de aquí.

—Intentaste ser más lista que yo.

—Usted intentó violarme.

Chasqueó la lengua.

—Cuidado con tus palabras. Mi querida esposa acaba de regresar. No quisiera que malinterpretara.

—¿Querida esposa? —Me burlé—. La dejó pudrirse en la prisión licántropa. Ahora ha vuelto, metiéndose en asuntos que no le conciernen. ¡Solo quería llevarme a mi hijo en silencio e irme! Ya no quiero hacer esto...

Me golpeó, y caí contra el vidrio, soportando más cortes.

—Veo que necesitas algo para mantenerte a raya —Julius sonrió—. Basta de amenazas vacías. Simplemente masacraré a tu chico... no, lo desangraré ahora mismo, frente a ti. ¡Así entenderás que no tienes más opción que ser mi peón!

Se levantó, dirigiéndose furiosamente hacia la casa.

Agarré sus pantalones, gritando y suplicando. Lo vi en sus ojos, que no estaba fanfarroneando. ¡Era un monstruo que no dudaría en acabar con la vida de un niño! No importaba que Randal fuera el heredero licántropo. Julius haría cualquier cosa para quebrar mi espíritu.

—¡No! ¡Haré cualquier cosa! ¡Nunca volveré a intentar escapar!

—¿Cualquier cosa? —Se detuvo.

Gemí.

—Cualquier cosa, pero por favor perdona a mi niño. Es mi error. Yo pagaré por ello.

Julius se dio la vuelta, levantó mis palmas y colocó algo helado en ellas. Era una daga con hoja de plata, brillando peligrosamente. Temblé, mirándolo confundida.

—Matarás a Rhett Voltaire con esta hoja —canturreó—. Hazlo y salva la vida de tu hijo. Por supuesto, está el problema de acercarte lo suficiente a él para hacerlo, pero ya pensaremos en algo. Si fallas, Randal muere.

Había fallado, y Randal iba a morir por ello. Pero me quedaba una última esperanza.

—¿Alguien siguió tu rastro? —exigió Julius—. ¡No puedo permitir que el intento de asesinato se remonte a mí!

—No lo sé... Me desmayé antes de que los guardias me encontraran en la frontera.

—¡Inútil! ¿También tengo que atar tus cabos sueltos? —Julius hervía de rabia, arrancándose la bata. Sus ojos ardían con tanto desprecio que me maravillé de su autocontrol. Ya debería haberme cortado la garganta—. No te levantes de esa alfombra. ¡Quiero que tu sangre cubra el suelo para cuando regrese! ¡Guardias!

—¡Sí, Alfa!

—Organicen un grupo de guerreros para que me acompañen. El resto de ustedes, vigilen la puerta. ¡No debe salir de esta habitación!

Una vez que estuve sola, me quité los fragmentos de vidrio de la piel y corrí hacia la ventana. Mi corazón temblaba, y susurré una oración a la Diosa antes de abrir la ventana de golpe. Fui envuelta por el frío cuando caí en el patio, agradecida de que los terrenos aún estuvieran bastante vacíos.

Solo me tomó unos minutos agarrar una bata al azar de la lavandería para ocultar el desastre. Luego me dirigí directamente a la habitación de Randal, pero me detuvo la niñera.

Frunció el ceño.

—¿Qué hace aquí, señora? Es demasiado temprano para visitas, y el Alfa no me informó...

—Oh, en realidad vine a verte a ti —Fingí una sonrisa—. Mi pequeño ha estado molestándome para que le muestre los alrededores durante un tiempo. Estoy segura de que también lo has oído quejándose al respecto, ¿verdad?

—Sí... pero...

—La abuela Gertrude se ofreció a llevarlo de paseo hoy. Mi abuela no ha pasado mucho tiempo de calidad con mi hijo, ya que yo siempre estoy ocupada. Supuse que estaría bien que pasaran la mañana juntos.

—¿Gertrude? —El rostro de la niñera se iluminó—. La anciana le tiene mucho cariño al niño. A mí también me ha traído muchos regalos, y es amiga cercana del padre del Alfa. Debería haberlo dicho antes. ¡Por supuesto que puede pasar tiempo con él!

Me reí, asintiendo vigorosamente.

—¡Por supuesto! Estará aquí pronto...

—Ya estoy aquí —Gertrude apareció a mi lado—. Soy muy puntual, ¿lo olvidaste, Nalia? —Me lanzó una mirada astuta—. Por eso soy una excelente mujer de negocios.

Mis puños se cerraron contra mi bata. El viejo resentimiento hacia ella me llenó la garganta como bilis, pero por Randal, tenía que confiar en ella esta vez.

—¿Dónde está mi bisnieto?

—Le pondré algo caliente —sonrió la niñera—. Estará muy contento. Pero señora, tiene que estar de vuelta cuando termine el desayuno. No quiero meterme en problemas.

—¡Por supuesto! —rio Gertrude.

Una vez que la niñera se fue, agarré con fuerza el brazo de mi codiciosa abuela.

—Ni se te ocurra llevarlo a ningún otro lado. Te pagué la cantidad que querías, tenemos un acuerdo. Llévalo a la antigua ruta de comerciantes, cerca de la frontera occidental y...

—...entregárselo al cambiaformas Cuervo que espera allí, lo entiendo. Aunque me llamaste con tan poca antelación, los negocios son negocios —sonrió la anciana—. Sabía que me traerías dinero, de una forma u otra.

La ira me quemaba los ojos, y apenas pude contener las verdaderas palabras que quería lanzarle. Había exigido una suma escandalosa, que tuve que desviar de los fondos de la empresa. Pude encubrirlo, pero cualquier investigación adicional podría exponerme. Me ocuparía de eso más tarde.

Esta tampoco era la primera vez que Gertrude me hacía pagar por lo que me hizo. Tenía que usarla primero.

—¿Por qué tarda tanto? Está amaneciendo —Estaba inquieta, pero Gertrude me detuvo antes de que pudiera irrumpir en la habitación.

—No seas irracional. La niñera sospechará si no te calmas. De hecho, vete. Yo me encargaré desde aquí.

Me empujó y yo gruñí. Pero tenía razón.

Debía estar medio muerta cuando Julius regresó en compañía de su esposa.

—Qué pérdida de tiempo —espetó ella—. ¡Podrías haber enviado a los guardias a buscar un rastro! Te perdiste el desayuno, Julius.

—Tengo algo importante que hacer antes de comer, querida esposa —Julius me dio una palmada en la mejilla, sacándome del aturdimiento en el que había caído mientras me desangraba sobre la alfombra cubierta de cristales—. Nalia tiene un espectáculo que ver. ¿No es así?

Intentó apartarme, pero me presioné con más fuerza contra el cristal.

—No. Déjame morir aquí.

Tenía que darle a Gertrude todo el tiempo posible para llevar a Randal con Dana. No podía mostrarme terca ahora. Por eso soporté el dolor y permanecí sobre el cristal, esperando que eso los distrajera lo suficiente. Pero Julius me arrastró con tanta fuerza que el cristal me desgarró la piel en varios lugares. Grité de dolor cegador, mientras la risa de Lydia perforaba el aire.

Él llamó:

—Guardias, tráiganme al pequeño bastardo...

—¿Dónde está ella? —El rugido atronador de Darius sacudió el edificio. Irrumpió, arrastrando a la niñera—. ¡Nalia! ¿Dónde está el niño?

Se me cayó el alma a los pies.

—¡Se lo suplico, yo no sabía! —seguía gritando la niñera—. ¡Me engañó! Me mintieron... ¡ah!

El anciano estrelló la cabeza de la niñera contra la pared. La mujer se desplomó en silencio. Las venas se hincharon en su frente, y sus ojos brillaban con toda la rabia de un lobo despreciado. Nunca había visto a Darius tan enfadado, y me aterrorizó.

—¿Qué está pasando, padre? —frunció el ceño Julius.

—¡Nalia, te pregunté dónde llevaste al niño! —Darius me agarró del cuello, sacudiendo todo mi cuerpo—. ¡Zorra astuta! ¡Gertrude me llamó hace un momento! ¿Le pagaste para que se llevara a tu hijo?

Mis labios temblaron. ¿Esa vieja bruja me había traicionado?

—¿Qué? —Julius se acercó, su rostro oscureciéndose—. ¿Dónde está Randal? No es posible...

—¡Lo es! Mientras hablamos, he desplegado guerreros para rastrear a esa maldita cambiaformas

Cuervo. No solo a ella, sino también a Gertrude —Darius parecía maníaco—. ¿Esa perra cree que puede salirse con la suya solo porque me lo contó? ¿Dejó que compraran su lealtad? ¡La desgarraré miembro a miembro, y tú...!

Apretó mi garganta con más fuerza.

—¡...nos traicionaste! ¡Nada puede salvarte ahora!

Julius, que aún se estaba recuperando del shock, sacó su teléfono que sonaba del bolsillo. Contestó la llamada y su expresión palideció al instante.

—¿Qué? ¿Qué coño quieres decir con que no pueden ir tras... qué? ¿Territorio licántropo? ¡Mierda!

Estrelló su teléfono contra el suelo con un rugido. Incluso en mi espanto, verlos tan angustiados me produjo un enfermizo sentido de satisfacción. Mi abuela podría haberme traicionado, pero al menos cumplió con los términos del acuerdo, que era entregar a Randal a Dana. Y nadie podría quitárselo a Dana.

Julius se abalanzó sobre mí, apartó a su padre de un empujón y me golpeó en la cara. Su agarre era lo único que me mantenía en pie.

—¿Qué dijeron? ¿Los guerreros? —preguntó Lydia.

Julius mostró los dientes.

—No pueden recuperar al niño. La Cambiaformas ya ha cruzado al territorio de los Licántropos. Gertrude tampoco aparece por ninguna parte... Nalia... te subestimé, ¿no es así?

—Te dije que dejaras a mi hijo fuera de esto.

—¡Te mataré! —rugió y Darius trató de apartarlo de mí.

Su cara estaba roja, sus manos aplastando mi garganta. Estalló un alboroto, pero cuando me soltó, yo estaba semiconsciente y tosía débilmente. Julius estaba furioso, estrellando contra el suelo todos los objetos de la habitación. Lydia gritaba horrorizada.

—Me temo que también me ha subestimado, Nalia —se rio Julius—. ¿Su hijo se ha ido? ¿Y qué? ¡No necesito a ese bastardo mestizo! Solo la necesito a usted en mi plan para ganar el control

sobre los licántropos, pero primero, Rhett Voltaire tiene que morir. Usted falló en matarlo, pero no se preocupe. Lo haré yo mismo. No sería el primer príncipe que he matado.

Me quedé helada, el pavor llenando mi vientre.

—¿Q-qué?

—El Príncipe Heredero Matthias. Qué ingenuo tonto. Fue demasiado fácil matarlo. El chico dorado era un visitante frecuente de burdeles, así que le di a una prostituta la misma hermosa daga de plata que le di a usted. Y ella se la clavó profundamente en el corazón. Ni siquiera sabía quién era él, que era el futuro rey licántropo, muriendo como un plebeyo por su mano.

Los temblores me sacudieron.

—Fue usted todo el tiempo... usted es el verdadero asesino...

—Lástima por la prostituta, sin embargo. La masacré justo después. No podía dejar cabos sueltos

—Julius tenía la mirada de un loco—. Y usted, Nalia, correrá la misma suerte.

Capítulo Dieciséis

Nalia

Cinco días después.

—Sus cortes están sanando muy bien, señora —dijo la enfermera—. Con lo profundos que eran, esperaba que sanaran más lentamente. Una vez que termine de quitar estos puntos, será como si nunca hubieran estado ahí. ¿Qué tal su garganta? La decoloración está desapareciendo, pero ¿aún siente algún dolor?

—Me da lástima por usted —levanté la cabeza—. ¿La están obligando a tratarme? ¿Quién? Sé que ningún sanador respetable de la manada querría desperdiciar sus habilidades conmigo.

Su sonrisa desapareció.

—¡Vamos, Nalia! Lo mínimo que podrías decir es gracias. Mi suegro no te dejó pudrirte con tus heridas —la voz nauseabunda de Lydia llenó la habitación. Entró pavoneándose, vestida con túnicas caras—. Puede retirarse, enfermera.

—Sí, Luna. Por favor, beba el té mientras aún está caliente —me dijo la enfermera mientras recogía sus cosas y se apresuraba a salir.

Ignoré la mirada condescendiente de Lydia y me volví a recostar en la cama. Mis heridas eran peores de lo que había esperado, porque los últimos días estuvieron llenos de dolor, puntos y pastillas. Las vendas cubrían casi cada centímetro de mis extremidades, y aún me dolía hablar o tragar después de haber sido estrangulada tanto por Julius como por Darius.

Sin embargo, estaba contenta. Randal estaba a salvo. Mi alma estaba en paz.

Lydia suspiró.

—Te ves terrible, debo admitirlo. Pero supongo que debería agradecerte por asumir la culpa por mí en la corte Lycan. No puedo imaginarme sirviendo a esos pomposos bastardos y dejando que Fiona me pisotee.

—Dale las gracias a Rhett Voltaire, el hombre que tu marido asesino se muere por matar.

Me estremecí ante mi propia hipocresía. Rhett había estado sangrando mucho por mi intento de acabar con su vida. La preocupación me carcomía sin piedad. ¿Habría sobrevivido? Tenía que haberlo hecho. No lo había herido tan gravemente, ¿verdad?

Ella soltó una risita.

—Veo que aún tienes mucho fuego dentro de ti. Bueno, no me importan los Lycans. Pueden morirse todos... bueno, excepto los que son relevantes para mis objetivos. Nalia, cometiste un error al provocar a mi marido de esta manera. ¿Crees que puedes esconder a Randal de él para siempre?

Lentamente, me incorporé.

—Tu marido —dije con desdén—. En lugar de preocuparte por mi hijo, ¿por qué no te preocupas por tu miserable vida? Julius ni siquiera te presta atención. Ni como esposa ni como Luna. Supuse que eso sería evidente cuando te dejó pudrirte bajo el castillo Lycan. Pero no, tú estúpidamente te quedas a su lado como un peón tonto. ¡Él solo te está usando! Por eso te llevó de vuelta a la corte Lycan después de que acabaras de escapar.

Lydia alzó las cejas. Luego, para mi sorpresa, estalló en una risa sincera.

—Oh, querida Nalia. No sabes nada de mí —sus ojos oscuros brillaron—. Todos están siendo usados por todos. Y solo el más inteligente gana.

—Pareces bastante diferente últimamente, Nalia —observó Darius—. Más audaz. Más fría. ¿Es porque tu chico está fuera de mi alcance ahora? ¿Has perdido el miedo? ¿Debería esperar que te niegues a seguir órdenes de ahora en adelante?

Estaba sentada en la mesa del consejo con Julius y Darius. Mis días de descanso habían terminado, a juzgar por las miradas sombrías en sus rostros.

—Continuaré pagando mis deudas contigo, Darius —respondí—, pero nunca volverás a poner tus ojos en mi hijo. Dejemos que estos asuntos queden entre nosotros los adultos.

Julius golpeó la mesa con el puño.

—Esta perra insolente...

—¡Compórtate adecuadamente, hijo! —siseó Darius—. ¿Qué te ha pasado estos últimos días? Estás fuera de control. ¡Es tu culpa que todo se haya ido al infierno! Has hecho que perdamos al heredero Lycan. No podemos permitirnos perderla a ella también.

—Nunca me dijiste por qué —me incliné hacia adelante—. Siempre lo evades. Si voy a jugar tu sucio juego, debería saber en qué me estoy metiendo. Ya no puedes chantajearme con la vida de mi hijo, así que será mejor que empieces a hablar.

Los ojos de Julius se volvieron más rojos por la conmoción. Darius simplemente echó la cabeza hacia atrás y se rio. El viejo estaba furioso; solo lo expresaba de manera diferente.

—Ah, estás haciendo demasiadas preguntas, Nalia. Justo como tus malditos padres lo hicieron, ¿y dónde los llevó eso? Deshonrados, humillados y torturados antes de que sus cuerpos fueran esparcidos para los cuervos. Ni siquiera tuvieron un entierro decente.

Mi estómago se revolvió, empujando la náusea hacia mi garganta. Agarré los lados de mi silla con incomodidad.

—No sé nada sobre mis padres. No estoy apegada a su memoria, así que sea lo que sea que estés tratando de hacer al mencionarlos... no está funcionando.

—Oh, pero sí lo está —Darius estaba disfrutando de mi reacción—. Pero eras demasiado joven para recordar los detalles específicos, ¿verdad? Tus padres lo tenían todo. Eran parte de mi corte, influyentes. Incluso me apoyaron cuando ascendí de Beta a Alfa y sirvieron como un enlace importante entre nosotros y los Lycans. Pero por atreverse a cuestionar mis motivos, me deshice de ellos. Inculparlos como asesinos resultó realmente efectivo.

Un toque de difuntos resonó en el silencio de la habitación.

Fruncí el ceño, completamente perdida.

—¿De qué estás hablando?

—Esos criminales mataron al rey y la reina Lycan por su propia codicia —se burló Julius—. Todo el mundo lo sabe.

—No lo hicieron. Eran inocentes hasta el último segundo —Darius se acercó más a mí—. ¿Escuchaste eso, Nalia? Te marqué como una paria por crímenes que tus padres ni siquiera cometieron. Has sufrido toda tu vida por nada.

La marca entre mis omóplatos comenzó a arder. Miré con shock e incredulidad. Todo lo que alguna vez había conocido parecía dar un vuelco en este punto, y simplemente no podía procesar lo que estaba diciendo. No, tenía que estar jugando con mi mente.

—Entonces, si ellos no mataron a los padres de Rhett Voltaire... ¿quién lo hizo? —Julius miró a su padre.

—Yo lo hice. Por supuesto —Darius sonrió—. Odiaba a los Ashryvers, y definitivamente necesitaba deshacerme de esos pomposos gobernantes Lycan. Maté dos pájaros de un tiro. O cuatro pájaros. Literalmente.

Julius comenzó a reír lentamente, sacudiendo la cabeza.

—Nunca me contaste sobre esto, padre. Tú mataste a los padres. Yo mataré a su último hijo sobreviviente. Hacemos un equipo excelente.

Los observé reír con total angustia. Realmente nunca sentí nada hacia estos padres que nunca conocí, pero lamenté su memoria. ¡La injusticia que debieron haber enfrentado, ejecutados por un crimen que no cometieron!

Un jadeo se me escapó, sacudiéndome tan fuerte que casi me caí de la silla. Rhett me había rechazado por esto, mi marca de traidora, la letanía de crímenes que se aferraban a mi nombre, y el odio y la venganza que sentía por mi familia. Cada dolor que había soportado, la naturaleza tumultuosa de mi relación con él... esta era la raíz de todo.

Todas mis luchas fueron orquestadas por los monstruos sentados frente a mí.

—¿Por qué? —golpeé la mesa con el puño—. ¿Cómo pueden ser capaces de tanta maldad? ¡Dímelo, Darius!

Me abalancé sobre él, agarrándolo del cuello. Me apartó con una fuerza sorprendente, reabriendo dolorosamente mis heridas en proceso de curación.

—¡Porque estaban en mi camino! Obtendré el control sobre cada tipo de ser que vague por la tierra, y solo puedo hacerlo conquistando a los Lycans. Las empresas caerán en manos de Julius, y nosotros, los hombres lobo de Redwood Pack, tendremos el poder absoluto. Ese es mi objetivo de toda la vida, y tú, Nalia, me ayudarás a lograrlo. Eres muy importante, y pronto entenderás por qué.

Yo jadeaba, sacudiendo la cabeza con horror absoluto.

—Elija a alguien más. ¡No soporto mirarlo! ¿Me cuidó durante cinco años, me entrenó, todo mientras usted era la fuente de todo mi dolor? ¿Por qué?

—¿Por qué no se lo decimos ya, padre? —espetó Julius con impaciencia.

—No. No confío en ella. Podría sabotearlo todo —gruñó Darius—. Todo lo que tienes que hacer es obedecer órdenes. No hagas preguntas.

El anciano continuó:

—He matado a innumerables personas para llegar hasta aquí. Mi propia esposa se suicidó porque no era lo suficientemente fuerte para soportar la presión. ¿Crees que tus molestos padres tenían alguna oportunidad? Nadie tiene oportunidad contra los FangThorne, así que dejemos esto claro, Nalia. Renunciarás a tu hijo, o yo mismo lo cazaré.

—Nunca —gruñí ferozmente.

—Ningún rincón de la tierra será lo suficientemente fuerte para proteger a tu hijo del peligro. Es de la realeza Lycan. Es joven...

—¡Es un niño! —grité.

Darius mostró una sonrisa aterradora.

—Eso lo hace fácil de manipular. Después de todo, soy su abuelo Johnny favorito. Será mi títere, y esa es la clave para ganar el control sobre los Lycans sin una masacre innecesaria. ¡No puede escapar de su destino!

Capítulo Diecisiete

Rhett

—¿Qué, te vas?

—Sí —me abrocho la camisa sobre la herida en el pecho.

Fiona se plantó frente al espejo.

—¡Me has puesto en una situación muy incómoda! ¡Imagina lo irresponsable que parecí cuando los ancianos me interrogaron sobre tu herida de puñalada! Tu historia de pacotilla sobre haberte lesionado en los campos de entrenamiento no me engaña.

Apreté la mandíbula.

Me puse la ropa más rápido porque me estaba ahogando en la miseria helada que me había consumido desde el momento en que Nalia me apuñaló en el corazón.

Estos últimos días, incluso mientras los sanadores se afanaban sobre mí, no sentí nada. Solo mis guardias más cercanos sabían lo que sucedió esa noche, y ellos se encargaron de todo. El incidente en su totalidad se mantuvo completamente oculto al público.

—Te estoy hablando, Mi Rey —dijo con sarcasmo—. ¿Es una coincidencia que Nalia desapareciera justo después del incidente...?

—¡Fiona! —grité.

Ella vaciló.

—¿No se te pagó tu deuda de sangre? ¿Esperabas mantenerla aquí como tu limpiadora de pocilgas para siempre? ¡Incluso con mi roce cercano con la muerte, todo lo que te importa es tu reputación! Incluso me drogaste de nuevo, ¿deberíamos hablar de eso?

—¡Las parejas usan afrodisíacos todo el maldito tiempo!

Su actitud despreocupada me irritó.

—Me forzaste a entrar en celo, solo por tus necesidades egoístas...

—¡Quiero un heredero y rápido! Te niegas a acostarte con tu reina. ¡Tuve que tomar el asunto en mis propias manos!

—Parece que no has aprendido tu lección, Fiona —mi voz era afilada, como el filo de una cuchilla—. ¿Qué más tienes que perder para entender que ni siquiera los espasmos del celo pueden hacer que te toque jamás?

—Por eso corriste hacia ella, ¿verdad? —chilló—. Hacia esa asesina, Nalia. ¿Y qué obtuviste a cambio? ¡Una daga en el corazón!

—¡Basta! —rugí—. Te prohíbo que vuelvas a mencionar esto jamás. Es una orden de tu rey.

El portazo tras de mí cortó su respuesta. Fue satisfactorio, pero no podía regodearme en ello. El Anciano James estaba afuera, rígido de tensión.

—¡Su Majestad! —Se inclinó, junto con los guardias—. ¡Hay un asunto urgente que requiere su atención!

—¿De qué se trata?

—¡Acabamos de recibir un informe de muertes violentas a lo largo de nuestra frontera compartida con la Manada Redwood! Ha habido informes de escaramuzas en las fronteras durante un tiempo, pero el consejo lo tenía bajo control...

—¿Bajo control? Acabas de decir que la gente está muriendo violentamente —Fiona salió—. ¿Cómo es que no me enteré de esto en el momento en que comenzó?

El Anciano James me lanzó una mirada cautelosa.

—Debido al estado precario en el que se encontraba Su Majestad, el consejo pensó que sería prudente manejarlo discretamente. Perdónenme, Sus Majestades, por ahora, he desplegado guerreros para manejar la situación.

—¿Cuántas muertes? ¿Y por qué? —exigí.

—Hay sospechas de que unidades de hombres lobo están atacando y saqueando a comerciantes licántropos desprevenidos en las fronteras. La confrontación reciente se convirtió en una matanza

total. Se perdieron las vidas de tres transeúntes inocentes —se lamentó el anciano—. También hay rumores de que los hombres lobo están ansiosos por ir a la guerra contra nuestra especie.

—A menos que quieran ser aniquilados, eso no sería prudente de su parte —le di algunas órdenes más al Anciano James y a los guardias para evaluar la situación antes de volverme hacia Fiona—. Diríjete al pueblo, tranquilízalos. También quiero que tengas una reunión en persona con la Luna de la Manada Redwood...

—¿Quieres que me enfrente a Lydia? ¿Cómo estás seguro de que no la volveré a meter en la cárcel?

Me acerqué a Fiona.

—Porque no le haría bien a tu perfecta reputación si sigues flexionando tu poder como un tirano.

Además de la amenaza de guerra con los hombres lobo, tenía una preocupación mayor.

—Gertrude Ashryver. Te dije que me pusieras en contacto con ella —le dije a Fred—. Es la única que puede darme algunas malditas respuestas sobre ese niño.

Él se apresuró detrás de mí, desplazándose rápidamente por su MacBook.

—La anciana desapareció hace una semana, señor. Es sospechoso porque los hombres registraron cada lugar con el que está afiliada y encontraron la mayoría de sus pertenencias aún allí. Solo sus diversas cuentas bancarias quedaron vacías.

Me detuve en medio de mi oficina, inclinando la cabeza con curiosidad.

—¿Por qué desapareció?

—No estoy seguro, señor. Las fuentes dicen que se metió en algún tipo de problema con los FangThorne.

Me volví hacia él.

—Amplía tu búsqueda y no escatimes en gastos. Necesito encontrarla.

—Sí, señor —Fred se inclinó—. Además, el Sr. Gregor Stonebridge llamó. Lo está invitando a

una reunión la próxima semana, tiene una propuesta.

La semana pasó en un borrón de trabajo. No podía soportar pensar en ella, sin embargo, consumía mi mente. Pensé en la mirada en sus ojos cuando mencioné al niño. Me estaba volviendo loco de celos y autodesprecio debido a su falta de voluntad para confirmar mis sospechas de que hubiera otro hombre.

Ni siquiera eso fue suficiente para acabar con mi obsesión.

Gregor apareció en el salón principal del club de caballeros con los brazos extendidos.

—Sr. Voltaire, me siento muy honrado de que haya aceptado mi invitación.

—No esperaba una fiesta.

Él se rió.

—No siempre podemos permanecer en los rígidos confines de las salas de juntas. Aquí podemos hablar de negocios en un ambiente más relajado. Además, este lugar es propiedad de la esposa del presidente gobernante. Fui de gran ayuda para ellos durante las últimas elecciones, así que es estratégico establecer nuestra presencia aquí, ¿no crees?

Di una sonrisa superficial, que se congeló en el momento en que levanté la cabeza.

No estaba preparado para la visión de ella. Me golpeó como un puñetazo traicionero. Las sombras alrededor de los hermosos ojos de Nalia, la pesadez en sus hombros, la forma en que evitaba mirarme. El mundo se desvaneció en los bordes mientras la música se distorsionaba en un zumbido agudo. Mi corazón se ralentizó como si fuera a detenerse.

La punzada aguda de dolor me inundó. Sin pensar, mi mano rozó la solapa de mi traje sobre la herida de puñalada que ella me había infligido. Pulsaba, recordándome que ella aún vivía bajo mi piel.

—¿Sr. Voltaire? —Gregor me sacó de mi ensimismamiento—. Ah, ¿no mencioné que la Srta. FangThorne también iba a estar aquí?

El cabrón tuvo las agallas de reírse. Pero dejé de escuchar lo que fuera que estuviera diciendo mientras tomaba asiento frente a ella.

Mantuvo su mirada fija lejos de mí, pero su postura se volvió cada vez más defensiva. Su ropa era inusualmente gruesa, tragándose su figura. Pero no podía ocultar el anillo de moretones que se asomaba por su top halter.

Apreté la mandíbula. Surgió una protección primaria, y la detesté. ¿Por qué diablos estaba magullada? ¿Y cuántos más estaban ocultando esas malditas ropas?

Como si sintiera el cambio en mi mirada, sus ojos parpadearon hacia los míos. Esos ojos azules estaban apagados, cargados de culpa, dolor y acusación. Ardía por exigir respuestas, por arrancar la verdad de sus labios, por entender qué demonios le estaba pasando, pero esas preguntas nunca salieron de mi boca.

—Señor Voltaire, hace tiempo que no compartimos asiento —resonó la voz de Julius—. Deberíamos hacer esto más a menudo.

Ni siquiera lo había visto al principio. Mis ojos saltaban entre él y Nalia, una sensación enfermiza bloqueando mis músculos. ¿Era él responsable de esos moretones en su cuerpo?

—Seguramente no —mi voz era gélida—. La señorita FangThorne ya perdió el juego. ¿Por qué están aquí?

Ella me miró de nuevo por un breve segundo, y sus ojos ardían con algo que no pude reconocer. Esperé que me desafiara, pero simplemente volvió a apartar la mirada. Mi pecho comenzó a doler intensamente. No me gustaba que me ignorara.

Gregor fue al grano.

—¿Por qué tengo que elegir entre ustedes dos, cuando puedo tenerlos a ambos? Ambos firman contratos conmigo. Ya saben lo que puedo hacer por sus negocios, pero la mayor parte de las ganancias serán mías. Es un precio justo a pagar por ser socios de alguien de mi calibre.

—¿Qué? —fruncí el ceño—. ¿Esta es tu propuesta?

—Sí. A menos que quieran perder más tiempo tratando de superarse mutuamente en las ofertas.

Me reí. Gregor se había vuelto verdaderamente loco.

Me levanté, con los ojos ardiendo.

—¿Alguien de tu calibre? Creo que me has insultado.

—Señor Voltaire —el humano hizo girar su vaso de whisky de treinta años—, se lo entregará todo a los FangThorne si se va ahora.

—Te equivocas —la voz de Nalia era fría e inflexible, infundida con una fuerza que nunca antes había visto—. Gregor, FangThorne no está lo suficientemente desesperada como para aceptar términos tan ridículos. Tus conexiones son valiosas, pero podemos prescindir de la arrogancia.

El rostro de Gregor decayó, desconcertado. A pesar de mí mismo, sentí un atisbo de orgullo.

—Dudo que encuentren a alguien más con conexiones directas con el presidente, pero les daré tiempo para que sopesen sus opciones. Estoy seguro de que volverán a contactarme —había un toque de arrepentimiento bajo su sonrisa—. Buenas noches.

Una vez que se fue, me dispuse a salir, pero Julius bloqueó mi camino.

—¿No le gustaría unirse a nosotros para tomar una copa? ¡Y yo que pensaba que había tenido un accidente o algo así! Incluso escuché que casi muere, ¿no es absurdo? —se rió, acercando más a Nalia—. Los licántropos son tan tenaces. No creí que algo pudiera acabar con usted tan fácilmente.

Ella se encogía bajo el peso de su culpa.

Tampoco pude soportar esto, así que lo rechacé.

—Si tiene tiempo para beber, debería estar resolviendo el problema en nuestra frontera. Será una masacre si voy yo mismo allí.

Estaba a medio camino de salir del salón cuando escuché su provocación en voz baja.

—Dime, Nalia, parece que te has puesto del lado de Rhett. ¿Tienes sentimientos por él?

Me congelé, con el pulso rugiendo en mis oídos. Mi respiración se entrecortó, esperando su respuesta.

Silencio.

No estaba seguro de qué esperaba oír. ¿Una confesión o una negación? Ninguna parecía una

buena opción, pero me ahorré el dilema. Porque la respuesta nunca llegó.

Capítulo Dieciocho

Nalia

—Mami, ¿por qué no tengo papá?

Esas palabras me desgarraron el corazón. Mi pobre bebé.

—Oh, Randal —mis labios temblaron mientras luchaba por pronunciar las palabras—. Tienes un papá, es solo que... no puedes verlo ahora mismo.

—¿Por qué? ¡Quiero que me lleve sobre sus hombros! ¡Como los papás que veo en la tele! —incluso a través del teléfono, su emoción era palpable—. También quiero jugar al fútbol con él. ¡Quiero conocerlo, mami!

Parpadeé para contener las lágrimas calientes que se formaban en mis ojos.

—Lo sé, cariño. Solo... espera un poco más por mí, ¿vale? Pronto todo estará bien.

Mi pecho se tensó de angustia. ¿Qué clase de madre era si ni siquiera podía darle a mi niño lo mínimo? No podía garantizar su seguridad, su estabilidad... su felicidad. Había recibido educación en casa toda su vida, no tenía interacción con otros niños. No podía asegurarle que conocería a su padre. Mi situación con Rhett era demasiado complicada, peligrosa y tóxica. Involucrar a mi hijo en ello sería terrible.

Además, ¿cómo reaccionaría Rhett al saber que Randal era su hijo? ¿Se enfadaría o se avergonzaría de tener un hijo conmigo? Peor aún, ¿rechazaría a Randal, como me rechazó a mí? No. Cerré los ojos con fuerza y sorbí. No podía pensar en esa dirección ahora.

—Te extraño, mami —dijo suavemente.

—Yo también te extraño, mi bebé —dije con voz entrecortada—. Te extraño muchísimo. Cuando vaya a visitarte, pasaremos juntos todo el día, todos los días, ¿vale? Mami ya no estará ocupada, ¿de acuerdo, Randal?

—¡También extraño al abuelo Johnny!

Mi sonrisa acuosa se desvaneció. Un sentimiento enfermizo me atravesó el estómago al escuchar a mi hijo mencionar a ese hombre vil. Ese psicópata malvado que no dudaría en lastimar a mi niño si fuera necesario para sus objetivos. Un instinto maternal de posesión me recorrió, y agarré el teléfono con más fuerza, mirando hacia la puerta para asegurarme de que estaba sola.

Era tan difícil escapar de Julius y los guardias para llamar a Dana. Era un gran riesgo, y sabía que no tenía mucho tiempo.

—Tampoco puedes estar con el abuelo Johnny —estaba abrumada, sabiendo que Randal era demasiado pequeño para entender aunque le dijera la verdad—. Pero como estás con la tía Dana. Ella te cuidará bien...

La puerta de la oficina se abrió ligeramente, y me sobresalté. En pánico, terminé la llamada y escondí el teléfono detrás de mí a la velocidad del rayo.

Julius cerró la puerta, mirándome con sospecha.

—¿Qué estabas haciendo?

—Nada —mi corazón latía tan fuerte que sabía que él podía oírlo. Aun así, intenté controlar mis nervios.

—¿Entonces por qué tienes esas asquerosas lágrimas en la cara? No me digas que estás llorando por Rhett. Vi cómo se miraban en la reunión —se acercó con paso arrogante—. El vínculo nunca se rompió realmente entre ustedes dos, ¿verdad? Por eso no pudiste darme una respuesta cuando te pregunté si tenías sentimientos por él.

—No los tengo —me sequé las lágrimas con vigor—. No apuñalas a las personas que amas.

—No te creo. Esto merece un castigo, ¿no crees? Tus tontas emociones no deberían interponerse en mi puto camino —me sujetó la barbilla y me giró la cara bruscamente—. No has logrado derribar a los Voltaire como me hubiera gustado. Claro, sus precios de acciones son inestables y estamos consiguiendo más inversores que nunca, pero eso apenas es suficiente.

Se alejó, pensativo.

—Necesitamos acelerar las cosas, pero con la amenaza de guerra inminente, tenemos que ser extra cuidadosos. Y tú necesitas decirme dónde está tu hijo. Confiesa mientras puedas antes de que recurra a otros métodos.

—Señor, debería ver esto.

—Más vale que sea importante —Julius se dirigió hacia su ayudante en la puerta.

—Lo es. Acabamos de encontrar la última ubicación conocida de Gertrude Ashryver. Es un aeropuerto en Ciudad Sterling...

Mis ojos se abrieron de par en par. Julius agarró al hombre, sacudiéndolo con fuerza.

—¿Qué? ¿En qué avión se subió? ¡Dime cada maldita cosa sobre esa vieja traidora!

Salieron corriendo de la oficina hacia la sala de seguridad de la empresa. Mis rodillas se doblaron y el miedo trepó por mi garganta. No podían encontrar a mi abuela todavía. Tuve cuidado de no revelar ningún detalle, pero ella había conocido a Dana. La anciana podría dar una descripción precisa de ella, y no pasaría mucho tiempo hasta que la rastrearan, junto con mi hijo.

¡No!

Temblorosa, marqué su número de nuevo.

—¿Dana? Dana, escucha con atención...

—¿Qué pasó? Terminaste la última llamada tan abruptamente...

—¡Deshazte de este número en cuanto termines esta llamada! —lancé una mirada frenética alrededor—. ¡Podrían encontrar a mi abuela, y ella podría llevarlos hasta ti! Tienes que ser extremadamente cuidadosa. ¡Estás en peligro si Julius llega a ti!

—Llamaré desde teléfonos desechables a partir de ahora, no te preocupes, Nalia —estaba tan tranquila que en realidad calmó mi pánico—. Nadie más sabe sobre el niño, así que eso ayuda.

—¡Rhett sí! —me agarré a la mesa en busca de apoyo—. Se enteró de Randal y ha estado buscando respuestas. No sé qué hacer, Dana. ¿Cómo puedo mirarlo a la cara y admitir que le oculté a su bebé durante cinco años?

—Esto definitivamente complica las cosas... y fue apuñalado el día que nos encontramos en el castillo... ¿tuviste algo que ver con eso?

Un sudor frío brotó por todo mi cuerpo. Sonaba tan horrible escucharlo de alguien más. Me doblé sobre la mesa, mi mano cubrió mi boca, tratando de ocultar mis sollozos. Era inútil: ella los escuchó.

—No, no, Nalia, no puedes hacer eso ahora —sonaba severa pero empática—. No puedes derrumbarte ahora. No eres una persona terrible. Después de todo lo que te ha hecho pasar, estoy segura de que tuviste tus razones...

—Intenté matar al padre de mi hijo. Casi lo privé de un padre para siempre. ¿Randal me perdonaría alguna vez si supiera esto?

—Nalia —espetó—. No tienes que explicarte ante nadie.

Se escucharon pasos en el pasillo, y rápidamente me recompuse.

—Tengo que irme ahora. Dile a mi hijo que lo amo.

—Escolten a la señorita FangThorne al coche. Nos vamos a la manada ahora —ordenó Julius, y dos guardias irrumpieron en la oficina, agarrándome ambos brazos—. Por cierto, estamos muy cerca de la pista de tu abuela. Cuando finalmente la atrapemos, serás tú quien la mate.

Lo miré horrorizada.

—Sí. Incluso te conseguiré una nueva hoja de plata, y la apuñalarás. Correctamente esta vez. Tal vez si hemos encontrado a tu hijo para entonces, él también pueda mirar. Después de todo, es un hombre. Sería una gran reunión familiar. ¿Por qué te ves tan horrorizada? Sé que odias a tu abuela. Nunca ha sido buena contigo, matarla debería ser fácil, ¿no?

Se rio con ganas mientras los guardias me arrastraban lejos.

Mi castigo fue el hambre.

A Julius nunca le faltaban ideas, así que esto también era un método de tortura. Podía intentar lo que quisiera. Ni siquiera yo sabía dónde estaba Randal. Ni siquiera confiaba en mí misma con esa información. Hasta ese punto llegaba para mantenerlo a salvo.

—Su cena —un guardia colocó la bandeja sobre la mesa y salió de la habitación.

Mi loba gimió de hambre, y me abalancé sobre la comida con vigor. Había perdido la cuenta de cuánto tiempo llevaba recibiendo comida solo una vez al día. A veces era la cena, a veces el desayuno, y las porciones parecían más pequeñas cada vez. Julius me mantenía en vilo, volviéndome loca.

Todo había cambiado desde que los traicioné. La vigilancia y la seguridad eran más estrictas, había guardias en mi puerta y ventanas, y estaba efectivamente atrapada en la casa de la manada.

—Vaya, vaya, estás devorando esa comida como un animal —la risa altiva de Lydia me sobresaltó—. ¿Tienes tanta hambre? Me siento mal. Tal vez debería pedirle a un sirviente que te traiga algunas sobras a escondidas.

La miré con furia. —¿Alguna vez has oído hablar de tocar la puerta?

Ella entró contoneándose en la habitación. —No me hables así, Nalia. No soy tu enemiga.

—¿En serio? Si no fuera por tu intromisión, estaría lejos de aquí. ¡Con mi hijo! Eres mi enemiga, tanto como lo son Julius y su padre.

—Entonces déjame compensarte —sonrió, sentándose frente a mí—. Somos mujeres, atrapadas con hombres crueles que nos utilizan para sus propias ambiciones. Deberíamos trabajar juntas para lograr nuestros objetivos por separado, ¿no crees? Puedo ayudarte a escapar de Julius y Darius para siempre. Podrás reunirse con tu hijo, y todo tu sufrimiento será cosa del pasado.

Me reí. —¿No puedes ni salvarte a ti misma de esos tiranos y quieres salvarme a mí?

—No lo entiendes. Estoy aquí por mi propia voluntad. Ser la Luna de la Manada Redwood es el máximo poder que puedo alcanzar. Sin embargo, quiero más —sus labios rojos se curvaron—. Julius y Darius son los hombres más poderosos después de Rhett Voltaire. Por eso estoy pegada a su lado. Dejo que me usen, pero no saben que yo también los estoy usando.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres?

—Quiero ser la reina Lycan. No me importa si estalla una guerra y solo quedan cenizas sobre las que gobernar. Debo sentarme en ese trono, con o sin rey —sus ojos tenían un brillo enloquecido—. Solo tienes que deshacerte de Fiona por mí. Esa perra no deja de alardear de su poder en las reuniones. Voy a quitárselo.

—¿Por esto hiciste ese intento patético contra su vida, que te llevó a prisión? —me burlé—.

¡Recuerda que yo fui quien recibió el castigo por ello! Nunca trabajaré para ti, Lydia. Sal de mi habitación.

La sonrisa de Lydia se desvaneció. —¿Quieres morir de hambre? A menos que hagas algo, tu vida solo empeorará. Todos tus esfuerzos serán en vano.

Me puse de pie. —¿Crees que soy estúpida? Esto es obviamente una trampa. ¿Quién te puso a hacer esto? ¿Darius?

—¡No es una trampa! —ella también se levantó—. No estoy esperando a que Julius se deshaga de mí en el momento en que ya no me necesite. ¡Eso es exactamente lo que tiene planeado para ti también!

Mi corazón latía con fuerza. Sabía que me matarían en el momento en que obtuvieran lo que querían. Pero tampoco se podía confiar en Lydia. Si era capaz de traicionar a su propio marido, también podría traicionarme una vez que hiciera su trabajo sucio.

—¡Sal de aquí! ¡Ahora! —grité—. ¿Acaso no me han quitado ya suficiente?

—¡Entonces no me dejas otra opción! —su voz bajó a un susurro—. Le diré a Rhett Voltaire sobre el hijo que le estás ocultando. Una vez que lo sepa, Fiona lo sabrá. Ella sacará a ese niño de su escondite y lo despedazará.

Capítulo Diecinueve

Rhett

—Este es el centro comercial más rentable de la ciudad, señor Voltaire —señaló Cherry, la consultora—. Con algunas mejoras, los ingresos pueden aumentar exponencialmente...

Mi mirada se enganchó en un niño pequeño que observaba el concurso a unos metros de nosotros. La multitud lo ocultó de la vista durante unos segundos, pero estaba seguro de lo que había visto. Me encontré caminando en esa dirección.

—Eh, ¿señor Voltaire? —llamó Cherry.

Una vez que el niño volvió a estar a la vista, me detuve con los ojos abiertos de par en par. Realmente no me había equivocado. El cabello negro y los ojos azules vibrantes eran tan familiares que me habían atraído incluso desde la distancia. Era el niño del medallón de Nalia. Después de semanas de búsqueda exhaustiva, lo encontré por accidente en el centro comercial, de todos los lugares.

¿Qué estaba haciendo aquí? ¿Estaría Nalia cerca?

Miré alrededor, sin poder encontrarla, y me acerqué más al niño. Era muy pequeño, no más de cinco o seis años, y parecía demasiado pequeño para estar solo en una multitud tan concurrida. Era sorprendente lo entrañable que me resultaba.

—¡Ahora que el concurso ha terminado, les daremos la oportunidad de ganar peluches para sus hijos! —la voz del presentador resonó por el altavoz.

Padres emocionados se abalanzaron hacia la parte delantera de la máquina, con niños igualmente emocionados animándolos. Observé al niño y el anhelo en su pequeño rostro. Sus ojos recorrían los juguetes y peluches que llenaban el cristal.

—¿Quieres uno? —me agaché frente a él.

Sus ojos se fijaron en los míos. Se me cortó la respiración, porque esos ojos eran exactamente como los de Nalia. No puede ser...

—No puedo hablar con extraños —se dio la vuelta—. Vete, pareces aterrador.

—No soy aterrador. Es solo mi ropa. Y ya estás hablando conmigo. ¿Dónde está tu mamá? ¿Tu papá? Un niño pequeño como tú no debería estar solo en un centro comercial tan concurrido.

Jugueteó con su sudadera.

—¿Sabes qué? Ganaré un peluche para ti —fue instintivo, mi impulso de cuidar a este niño—. No, tantos como quieras. Después de eso, ya no seremos extraños. ¿Trato hecho?

Su rostro se iluminó con la sonrisa más linda que había visto jamás.

—¡Trato hecho! ¡Quiero cinco peluches!

Algo cálido llenó mi pecho. No me tomó mucho tiempo ganar contra todos los padres y conseguir los mejores peluches para él. Su risa mientras intentaba sostenerlos todos en sus brazos era algo que me di cuenta que quería escuchar todos los días. Le compré un algodón de azúcar y me hizo comprar uno para mí también.

Debo haber parecido ridículo, sentado en un banco del centro comercial con un traje negro caro, con algodón de azúcar rosa en una mano y cinco peluches de colores en la otra.

—¿Sabe bien? —pregunté, viéndolo llenarse la boca—. Se ve bonito. Como nubes de azúcar.

—¡Pero eso es lo que es! —chilló—. ¡Eres tan viejo! Como el abuelo Johnny. ¡A él tampoco le gusta el algodón de azúcar!

Mi sonrisa se congeló.

—¿Quién es el abuelo Johnny...?

—¡Randal! —una voz angustiada me interrumpió. Una mujer de cabello oscuro se interpuso entre nosotros, abrazando al niño con fuerza—. ¡Dios mío, te he estado buscando por todas partes! Me asustaste, no vuelvas a escaparte así...

Jadeó cuando me vio. Yo también estaba sorprendido, porque era mi empleada. ¿Qué demonios estaba haciendo con este niño?

—Señorita Reeds —me levanté—. Esto es una sorpresa.

Su rostro perdió el color mientras lentamente empujaba al niño —Randal— detrás de sus piernas como si quisiera ocultarlo de mí.

—Señor Voltaire, no esperaba verlo aquí de todos los lugares, señor. Solo estábamos de paso, así que si nos disculpa.

—No está disculpada —di un paso más cerca—. Me gustaría saber más sobre su hijo. Me ha intrigado.

Sus ojos vagaron hacia un lado.

—Discúlpeme, señor, pero tengo prisa. ¡Que tenga un buen día!

Agarró al niño y se apresuró entre la multitud de personas hasta que los perdí de vista. Si ya estaba altamente sospechoso antes, ahora tenía todos mis sentidos en alerta.

—Fred —levanté mi teléfono—. Haz que alguien siga a Dana Reeds. Tiene al niño.

—Señor Voltaire —interrumpió la consultora—, no hemos terminado de ver la propiedad, señor...

—Reprograma eso para más tarde. Surgió algo —empujé el algodón de azúcar y los peluches en los brazos de Cherry y me alejé en la dirección opuesta.

—Conseguí sus detalles de Recursos Humanos, como ordenó, señor —Fred me entregó el archivo.

Lo hojeé y confirmé que Dana Reeds no tenía hijos. Randal no era su hijo. Esto dejaba solo una opción, una que había intentado negar con vehemencia.

—Hice búsquedas profundas del nombre y la imagen del niño. No hay registros de un niño así en ninguna parte —dijo Fred—. Incluso hoy en el centro comercial, Dana fue lo suficientemente cuidadosa como para evitar la exposición directa a las cámaras, lo que podría explicar cómo el niño había permanecido oculto durante tanto tiempo.

—Pero ¿por qué? —me volví hacia él—. ¿Por qué demonios lo están escondiendo?

Tenía la sensación de que había algo que se me estaba escapando.

—Y señor, acabamos de perder de vista a Dana. Desapareció con el niño. Nuestros hombres no pueden encontrarla.

—¿Qué? —rugí, agarrando a Fred por el cuello—. ¿Tienes los mejores sistemas de vigilancia a tu disposición y dejas que una Cambiante se te escape? ¿Adónde podría haber ido en cuestión de minutos?

Lo solté y él cayó hacia atrás, ajustándose la chaqueta. Casi me sentí mal por él. Fred estaba haciendo lo mejor que podía, lo sabía. Fue adoptado por Licántropos después de que sus padres humanos murieran en un accidente automovilístico, así que sabía cosas que otros humanos no. Por eso era mi mano derecha. Incluso si a veces me hacía enojar.

—Lo siento, señor. Estamos haciendo todo lo posible para volver a encontrar su rastro. Algunos de los hombres están apostados en su apartamento, esperando su regreso —se disculpó—, y en cuanto a la anciana, Gertrude, su rastro se ha enfriado. Creo que sabe que está siendo rastreada y se ha escondido.

—Entonces, ¿hay algún otro Ashryver con quien pueda hablar? Me parece muy extraño que Dana tenga la custodia de este niño. Y me vuelve loco que haya este gran vacío de información que no puedo conectar.

—Eso significa que tengo que investigar a los padres de Nalia Ashryver —dijo con cautela—. Podrían tener parientes lejanos que sepan lo que está sucediendo dentro de la Manada Redwood.

Todo mi cuerpo se tensó al mencionar a esos asesinos. La vieja ira volvió a rugir, recordándome aquellos años fríos y oscuros en los que la venganza era todo lo que respiraba.

Cuadrando los hombros, aparté los pensamientos desagradables.

—Fred, llama al detective Justin.

—¿El detective Justin? ¿No está fuera de servicio?

—No podemos irrumpir directamente en la red de vigilancia de los FangThorne sin desencadenar una guerra. Pero él... Es el mejor del mundo y no tiene lealtad hacia ningún bando. Lo que haga no se puede rastrear hasta mí. Dile que ponga su precio. Solo necesito que haga este trabajo para mí —ordené—. Luego puede volver a su retiro.

—Pero usted podría descubrir más secretos de los FangThorne a través de él. ¿Debería intentar convencerlo de hacer un barrido completo...?

—No. Incluso para él, la vigilancia se derrumbará si detecta una invasión. Solo necesito respuestas sobre Randal. Pagaré lo que sea.

—No encontró nada sobre el chico.

Rugí, golpeando mi puño sobre la mesa. Se formaron grietas debajo.

—¡Eso es imposible!

Afuera, un relámpago cruzó el cielo sombrío, iluminando el rostro sombrío de Fred. Estaba de pie frente al proyector, sosteniendo un control remoto. Habían pasado horas, y me había vuelto loco de anticipación solo para escuchar esto.

Me arranqué la corbata y comencé a caminar de un lado a otro.

—¿Justin se está burlando de mí? Después de pagarle una fortuna, ¿no pudo encontrar nada sobre un niño pequeño en los registros secretos de FangThorne? Si Nalia estaba registrada como una Fangthorne, entonces su... hijo... ¡también debería estarlo!

—Encontró algo, señor. —Un video granuloso apareció en la pantalla del proyector—. Metraje eliminado oculto en los archivos más profundos de FangThorne. Justin dijo que pasó horas reconstruyéndolo, así que tenía que ser importante.

—Fred, ve al grano de una maldita vez.

—Es un metraje de los padres de Nalia Ashryver de la noche en que sus padres fueron encontrados muertos. Lo curioso es que este metraje es de un hotel a varios kilómetros de la escena del crimen. Las marcas de tiempo no coinciden, lo que significa que no habría sido posible que fueran los culpables.

—¿Qué? —Le arrebaté el control remoto y amplié el video.

El pañuelo de una mujer ondeaba en el viento. Un hombre estaba sosteniendo la puerta del coche abierta para ella. Era inconfundible. Estos eran los padres de Nalia. La marca de tiempo en el

borde del video decía 22:34.

—La hora de la muerte de mis padres fue a las 22:32 de la misma noche. —Vacilé—. El veneno era altamente tóxico y causaba la muerte en treinta minutos. No podrían haber estado con mis padres treinta minutos antes de su muerte si estaban en este hotel... no, ¿qué demonios...?

—El testigo ocular afirmó haber visto a la pareja saliendo del castillo varios minutos antes de que sus padres fueran encontrados, señor Voltaire. —Fred estaba solemne—. Pero este metraje muestra que los testigos mintieron. No es posible hacer el viaje desde el castillo hasta el hotel en unos pocos minutos, lo que significa que alguien más cometió el asesinato e inculpó a los padres de Nalia, enterrando la única evidencia que podría haber probado su inocencia.

Parecía que la tierra se hubiera desmoronado bajo mis pies.

Aun así, no podía creer nada de esto. ¡Todo lo que había creído no podía ser una mentira!

—Podrían haber pagado a alguien para que lo hiciera. Es bien sabido que los Ashryver eran trepadores sociales... —Incluso mientras hablaba, vi el fallo en esa lógica.

Y Fred lo señaló.

—Los frascos de veneno encontrados en la escena del crimen tenían sus huellas dactilares por todas partes. ¿Por qué estarían sus huellas en ellos si hubieran pagado a alguien para hacer el trabajo sucio? No creo que nadie fuera lo suficientemente estúpido como para dejar sus huellas dactilares en la escena de un crimen, excepto si se hizo intencionalmente para incriminar a alguien.

No. No podía haber sido engañado. Nadie estaba más interesado en las vidas de los asesinos de mis padres que yo.

Yo fui quien entró y encontró sus cuerpos sin vida. Recuerdo no entender lo que estaba viendo hasta que la criada detrás de mí comenzó a gritar.

Fue entonces cuando me di cuenta de que mis padres estaban muertos. No lloré como mi hermano mayor. Durante los primeros días, estaba en shock. Vacío. Inexpresivo. Luego, los culpables fueron capturados y exhibidos. Le había pedido con calma al Anciano James, que era mucho más joven en ese entonces, que me dejara dirigir la ejecución.

Era una petición absurda de un niño, y fui ignorado. Ese fue el comienzo de mi espiral

descendente hacia una ira insaciable. Me había hecho tratar tan mal a Nalia desde el momento en que me di cuenta de quién era.

Un dolor fantasma ardió en mi pecho, justo donde solía estar la herida de la puñalada. Me arrepentía profundamente de todo.

¡Especialmente ahora que sus padres podrían haber sido completamente inocentes! ¡La había castigado por nada!

—Reúne a los hombres —gruñí, ardiendo de rabia—. ¡Vamos a hacerle una visita a los FangThorne!

Capítulo Veinte

Nalia

Me encerré en el baño y contesté la llamada.

—¿Sí, Dana?

—¡Viene por mí! —La voz habitualmente calmada de Dana sonaba inusualmente alterada—. El señor Voltaire, sabe que tengo a Randal. ¡Ay, Dios mío, la he fastidiado...!

—¿Qué? —Me llevé la mano al corazón, sintiendo cómo el frío se extendía desde mi cabeza hasta mis extremidades. Negué con la cabeza—. ¿Cómo... cómo lo sabe? Dime, Dana, ¿dónde está Randal? ¿Dónde está mi niño? Por favor, dime que lo tienes contigo.

Pensé que iba a hiperventilar.

—Está conmigo ahora mismo —respondió—. Ay, lo siento tanto, Nalia. Tuve que llevar a Randal conmigo para una salida rápida al centro comercial. Todo iba bien hasta que se escapó. Quería explorar después de estar encerrado en casa tanto tiempo, y cuando lo encontré, estaba con Rhett. No tengo idea de cómo pasó, pero empezó a hacerme preguntas sobre Randal...

—¿Qué le dijiste? —Se me cortó la respiración.

—No le respondí nada. Tomé a Randal y me fui. Pero envió a sus hombres a seguirme. Los perdí, no te preocupes, pero estamos...

—¡No! ¡No me digas dónde están! Mientras estén a salvo, aguanta, ¿de acuerdo? —Tomé una temblorosa bocanada de aire—. Hablemos luego. Tengo que irme ahora.

Cuando terminé la llamada, me derrumbé contra la pared de azulejos, impotente. Dios mío, Rhett había conocido a Randal cara a cara... ¿reconocería la verdad? Las cosas se estaban descontrolando tan rápidamente que sabía que tenía que hacer algo. La vida entera de Dana estaba en suspenso por mi culpa, y no podía esconderse para siempre. ¿Qué habría hecho yo sin ella?

Un repentino golpe en la puerta me sobresaltó.

—Has estado ahí dentro demasiado tiempo. ¡Sal ahora! —tronó Darius.

El viejo había estado extremadamente irritable desde la fuga de Randal. Su actitud calmada se estaba convirtiendo rápidamente en cosa del pasado, volviéndose tan volátil como su hijo psicópata. Escondí mi teléfono en el toallero y salí.

—He notado tus movimientos sospechosos, Nalia —Su mirada era astuta—. ¿Qué es lo que estás planeando otra vez? Te aseguro que serás enterrada viva en una tumba fría y húmeda si intentas algo gracioso.

—¿Por qué? ¿No confía en mí?

Me agarró del pelo tan repentinamente que el dolor ardió en mi cuero cabelludo. Grité, tratando de apartar su mano. Me arrastró hasta la sala del consejo donde Lydia y Julius estaban sentados. Los guardias me doblaron sobre la mesa mientras Darius recogía un látigo con púas. Mis ojos se abrieron de par en par, y un jadeo tembloroso escapó de mi boca.

—¿Por qué te sorprendes tanto? Te dije que confesaras el paradero de tu hijo antes de que pasáramos a otros métodos —Julius sonrió—. La inanición no funcionó. Tal vez unos latigazos brutales te suelten la lengua.

—¡No pueden hacer esto! —chillo—. ¿Latigazos? ¿Están locos? ¡No! ¡No!

Darius levantó el látigo, y este rasgó el aire directo hacia mi cuerpo. Cerré los ojos y grité, pero el dolor nunca llegó. En su lugar, la puerta explotó y los licántropos irrumpieron, derribando a todos los guardias hombres lobo en cuestión de segundos.

—¿Qué demonios? —gritó Julius.

El alboroto me hizo escabullirme de la mesa hacia un rincón seguro. Solo cuando levanté la vista vi a Rhett de pie en la entrada, más grande y amenazante que nunca. Mi corazón dio un vuelco, y un millón de preguntas atravesaron mi cerebro en ese segundo. El viento soplaba desde detrás de él, haciendo volar salvajemente su cabello oscuro.

Me estaba mirando. No, mirando fijamente mi cuerpo famélico y demacrado... y luego al látigo en la mano floja de Darius. La conexión se formó, y algo primitivo surgió de las profundidades de sus ojos.

Julius rompió la tensión.

—Qué visita tan inesperada del rey licántropo...

—¿Ibas a azotarla? —Rhett se volvió hacia Darius con calma.

El anciano sonrió.

—Su Majestad, si no tuvo problema en esclavizarla, ¿por qué le importaría si yo la azot...?

No terminó esa frase antes de que Rhett se abalanzara sobre él con un gruñido, estrellándolo contra la pared. Lydia gritó, y varios guardias intentaron separar a Rhett de él. No estaba funcionando. Darius gritaba maldiciones, al borde de transformarse en su forma de lobo.

Julius se unió a la refriega, y yo me lancé hacia ellos antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo.

—¡Basta! ¡Basta! —seguía gritando, tirando de la camisa de Julius—. ¡Paren esto!

Él tropezó hacia atrás, volviéndose hacia mí con un gruñido tan feroz que me encogí, esperando ser golpeada. El brazo de Rhett me protegió al instante, ocultándome detrás de su cuerpo. Mi corazón podría haberse desbocado fuera de mi pecho en ese momento. Temblaba de miedo, pero cuando miré a Rhett con asombro, lo que vi en sus ojos... me destrozó el alma, me llenó de un dolor agri dulce. No merecía esto de él, ni su protección ni su compasión. La culpa se disparó libremente, e intenté apartarme. Sus cálidos dedos no cedieron, encendiendo mi piel desde el punto de contacto.

Me abrumó. Estaba perdiendo la cabeza, así que empecé a gritar, esperando ahogar los pensamientos en mi cabeza.

—¿Por qué atacarías a los gobernantes de la Manada Redwood? Los dos territorios ya están al borde de la guerra. ¿Qué pasaría si se enteraran de que sus gobernantes son tan violentos? —Me aparté de él—. ¿Por qué estás aquí?

Se sentía como si solo fuéramos nosotros dos en la habitación.

De repente, todos los demás se desvanecieron en el borde lejano de mi visión. Aun así, podía percibir su sorpresa por la manera en que me dirigía al rey. Pero mi relación con Rhett nunca estuvo marcada por su corona o estatus. Éramos solo almas perdidas.

Y ahora me miraba con una mirada penetrante y profunda que lo decía todo. Preocupación, dolor, ira, acusación. Lo que sucedió aquella noche pendía entre nosotros como electricidad estática. El sexo que destrozó mi mente, donde me había rendido y desnudado mi alma ante él. Y lo que pasó después...

Mis ojos ardientes bajaron avergonzados hacia su pecho. Casi podía ver aún la hoja de plata sobresaliendo de su piel y la sangre. Tanta sangre.

—¿Así es como muestras tu agradecimiento? ¿Preferirías ser azotada, Nalia? —Su voz se volvió de hielo—. No estoy aquí por ti. Simplemente me topé con tu situación, no lo malinterpretes.

Sentí como si me hubieran apuñalado a mí.

Retrocedí tambaleándome y la oleada de realidad volvió. Darius jadeaba, los guardias estaban en alerta máxima. Julius casi echaba espuma por la boca.

—Atacaste a mi padre. Esta falta de respeto por sí sola exige una guerra.

—Parece que habrá guerra, después de todo, dependiendo de cómo resulte esta visita. Tengo algunas preguntas para usted, Darius FangThorne, sobre los desafortunados asesinatos de los anteriores gobernantes licántropos, mis padres.

Silencio absoluto.

Darius frunció el ceño.

—¿Por qué viene a mí con sus preguntas? Además, con todo respeto, rey Rhett, ese caso de asesinato ha estado cerrado por más de veinte años...

—Suenas bastante a la defensiva, Darius.

—¡Por supuesto que no! Estaré encantado de responder cualquier pregunta que pueda tener, Su Majestad —Darius cambió a una sonrisa—. Después de todo, la tragedia fue un golpe tan duro para todos nosotros. Me sorprende que aún tenga tal preocupación por la hija de los traidores. Qué desinteresado.

Apreté los puños. Ese asesino. ¿Había inculcado a mis padres y todavía le mentaba a todos en la cara? Pero... ¿Rhett sospechaba de él? ¿Era por eso que estaba llevando a cabo un interrogatorio de repente?

Lydia intervino:

—Creo que esta discusión debería llevarse a cabo en otro lugar. La sala del consejo está en un estado tan precario ahora mismo y es un asunto demasiado delicado para cualquier oído.

—Vengan conmigo —Julius salió hecho una furia, con Lydia apresurándose tras él.

Con una última mirada hacia mí, Rhett y sus guardias los siguieron. Cuando Darius se movió, le agarré la mano.

—¡Voy con ustedes! Mis padres pagaron por esos asesinatos con su vida. Merezco saber todo al respecto.

—Cállate —gruñó—. No eres nadie.

—Bien. ¿Qué tal si le cuento la verdad a Rhett? —Sonreí maniáticamente—. Que tú fuiste el responsable de matar a sus padres. Ya sospecha de ti. Por eso está aquí...

—Zorra —me abofeteó—. Te has vuelto muy atrevida, ¿eh? Bien. Ven conmigo, pero mantén la boca cerrada. Si intentas algo gracioso, también le contaré sobre Randal. No soy el único con grandes secretos.

—Has estado hablando en círculos, evitando dar respuestas directas a mis preguntas. Estoy perdiendo la paciencia rápidamente —interrumpió Rhett—. ¿Tienes algo que ocultar, Darius? Responde la simple pregunta. ¿Por qué estabas tan ansioso por perseguir a los Ashryver por los asesinatos? Después de todo, con tu improbable ascenso de Beta a Alfa, debes haber tenido mucho que ocultar. ¿Estabas tratando de silenciarlos?

—¿Qué son estas acusaciones? ¡Eran mis buenos amigos, y sin embargo los perseguí por una sola razón!

Darius estaba alterado.

—¡Porque era leal a sus padres! Por supuesto, sus asesinos tenían que ser tratados de inmediato.

Me mordí la lengua, evitando maldecirlo. Incluso con las tensiones elevadas, saboreé la expresión constipada en los rostros de Julius y Darius. Estaban en problemas porque esto era un

interrogatorio. Significaba que Rhett debía estar cerca de descubrir la verdad.

—Revisé el caso recientemente y descubrí que podrías haber ocultado alguna información sobre esa noche —dijo Rhett fríamente—. Podrías ser tú, o alguien de tu corte quien tiene algo que ocultar. Estoy aquí para averiguar cuál es la verdad.

—¿De qué estás hablando? —gruñó Julius—. Mi padre se aseguró de que se hiciera justicia, e incluso Nalia pagó por sus crímenes durante años. Nosotros, los FangThorne, no hemos sido más que leales a ti, ¿y nos pagas con sospechas? ¿De dónde viene todo esto?

Darius ya había tenido suficiente.

Se levantó a la fuerza.

—Su Majestad, le he mostrado el debido respeto al entretener esto por demasiado tiempo...

Rhett también se levantó.

—Anciano, ¿estás diciendo que tu corte no ha ocultado ninguna información vital sobre la muerte de mis padres?

—Sí —Darius frunció el ceño—. La persecución fue transparente y clara. ¡La evidencia era evidente!

—¿Y si tengo pruebas de que le estás mintiendo a tu rey, Darius?

—¿Me estás acusando de matar a tus padres? —explotó Darius, con los ojos rojos—. ¡Esto está cruzando una línea! ¡Con la inestabilidad que aqueja al territorio y las empresas licántropas, un tema tan olvidado debería ser lo último que te preocupe! ¡Deja que esos asesinatos se queden en el pasado, donde pertenecen!

Una vena palpitó en la frente de Rhett mientras el calor de la ira encendía sus ojos.

—Supongo que lo mismo se aplica a tu esposa muerta, Darius. Olvidada y dejada en el pasado. Probablemente se suicidó solo para escapar de tu actitud insufrible.

—¡Voltaire! —rugió Julius, jadeando salvajemente—. No hables así de mi madre.

Todas las formalidades se habían dejado de lado frente a tan graves acusaciones.

—¡Simplemente te estoy mostrando la forma insensible en que hablas de mis difuntos padres! —gritó Rhett—. Una vez que pesque al objetivo por mi cuenta, mi ira será peor que cualquier cosa que hayas anticipado. Vine aquí, Julius, pensando que tenías un sentido de responsabilidad como Alfa de esta maldita manada, para profundizar en el asunto. Sin embargo, ¿lo estás negando e intentando enterrarlo?

—¡No hay nada que negar! —rugió Julius en respuesta—. ¡Te sugiero que superes la muerte de tu familia, en lugar de culpar a todos los demás por tu soledad! Apenas estás con tu esposa, ni siquiera con tu hijo...

Se detuvo en el momento en que se le escapó. Mis ojos se abrieron horrorizados. Era demasiado tarde, Rhett lo había escuchado.

—¿Hijo? ¿Qué hijo, Julius?

Capítulo Veintiuno

Rhett

Julius tragó saliva, palideciendo de repente.

Inmediatamente se retractó, tartamudeando.

—Me refería al hijo que vuestra reina perdió.

—¿Qué?

—Escuché que sufrió un aborto porque no cuidasteis de ella ni del embarazo como se requería. Os sugiero que apreciéis a las personas que aún están vivas, Majestad, en lugar de perseguir fantasmas.

Mis sospechas de repente parecieron fuera de lugar. Pero mi instinto me decía que tenía todo el derecho a estar receloso, aunque no pudiera señalar exactamente por qué.

—¿Cómo te atreves a hablar de un aborto con tanta frialdad? —exigí—. ¿A esto hemos llegado, Julius? ¿Has olvidado tu lugar?

Mi piel ardía de rabia contra los FangThorne. Esta noche me habían mostrado una inmensa falta de consideración y respeto, respondiéndome, discutiendo conmigo e incluso llegando tan lejos como para sacar a relucir asuntos personales. Obviamente, me importaba un bledo si realmente no me respetaban.

Nadie en la corte gobernante se respetaba entre sí, pero era imperativo mantener la fachada. Hacer lo contrario podría conllevar graves sanciones.

—Majestad —Darius dio un paso adelante—, creo que esto ha ido demasiado lejos y...

—Mi interrogatorio está lejos de terminar, viejo —espeté, sacando el medallón de mi bolsillo. Lo balanceé en el aire, observando cómo sus rostros se quedaban lívidos.

Una satisfacción enfermiza me invadió cuando sus reacciones confirmaron todo lo que necesitaba saber. Todos estaban manteniendo en secreto la existencia del niño, por razones que

pronto descubriría. Mis ojos se encontraron con los de Nalia. Parecía que iba a desplomarse en cualquier momento. Su piel estaba tan pálida que toda la sangre de sus venas parecía haberse filtrado en el suelo. Era lamentable lo delgada que se había vuelto en solo unos días.

Vi los tenues moretones que marcaban su piel y mi miseria ardió de nuevo. Algo terriblemente malo estaba ocurriendo en esta casa de la manada, y estaba cubierto por capas de mentiras y secretos, pero los descubriría todos. Uno por uno.

—De repente se ha hecho el silencio —sonreí—. Me pregunto por qué la existencia de este pequeño ha sido guardada como un secreto tan celosamente por esta casa...

Lentamente, me volví hacia Nalia. Ella retrocedió, con los ojos saltando entre el medallón y yo. El sudor cubría su frente, pegando su cabello.

—¿Cuándo ibas a contarme sobre tu hijo? —exigí, con la traición enroscándose como un tornillo alrededor de mi corazón—. Estás llena de sorpresas, ¿sabes? Te haces la muerta durante cinco años y apareces como la señorita FangThorne con un bebé secreto a cuestas. ¿Dónde está su padre?

Ella tartamudeó:

—Yo... tú tienes... ¿por qué debería decírtelo? ¡No tienes derecho a saberlo!

Su voz se quebró, la angustia nublando sus ojos. Estaba llorando.

—O debería decir... ¿quién es el padre?

—¡Es Julius! —gritó—. ¡Él es el padre de mi hijo!

Me quedé helado.

¿Julius? Lo miré, y parecía anormalmente quieto. Todos en la habitación contenían la respiración como si hubiera una bomba a punto de explotar. Un instante después, me di cuenta de que yo era la bomba de relojería. Una oleada de indignación casi me hizo perder el control.

Después de semanas de investigaciones infructuosas y de darle vueltas al asunto, había llegado a una conclusión: que Julius podía ser el padre del hijo de Nalia. Aun así, había esperado estar equivocado. Esperaba... no estaba seguro de qué esperaba... pero escucharla confesar mi mayor temor... me destrozó por completo.

El recuerdo de comer algodón de azúcar con Randal en el centro comercial vivía gratis en mi cabeza. En el fondo, deseaba poder experimentar eso de nuevo, deseaba que fuera mío. Pero tenía que ser el hijo de mi enemigo mortal.

Darius se aclaró la garganta.

—Esta no es la forma en que esperábamos revelar esto, pero...

—Nunca revelaremos a ese bastardo —interrumpió Lydia—. ¿Estás tratando de humillarme contándole a todos que mi marido tuvo un hijo fuera del matrimonio? ¡Con esa marginada, nada menos! ¿Qué dirán de su Luna?

—¡No es un bastardo! —gritó Julius—. Ya hablamos de esto, Lydia.

Observé su intercambio con una expresión de qué-demonios en mi rostro. No podía precisarlo, pero su lenguaje corporal parecía antinatural. Era como si estuvieran actuando, pero esa fue solo una observación fugaz. No tenía cabida entre las emociones en guerra que me devastaban por dentro. Randal era el hijo de Julius. Nalia se había acostado con Julius.

Unos celos feroces llenaron mis venas.

—Encuentro confuso vuestro apasionado interés por el niño, Majestad —observó Julius—. No tengo ninguna obligación de discutir mi vida privada con vos, y Nalia tampoco. Si no supiera que es imposible, creería que estáis celoso de que yo haya dejado embarazada a vuestra pareja rechazada...

Eso tocó una fibra sensible, porque era cierto. Pero no podía dejar que vieran lo devastado que estaba.

—Me alegro de que lo sepas mejor, Julius. Siempre has tenido la costumbre de recoger mis sobras —le lancé el medallón a Nalia—. Y tuve que preguntar por el niño ya que lo vi en una posición muy sospechosa con un empleado mío. Es sorprendente que estuviera en el corazón de Sterling City, a millas de su hogar.

Nalia jadeó, y sus ojos se dirigieron a Julius con terror.

—¿Qué empleado? —espetó Darius.

—¡Debes irte! —interrumpió Nalia a Darius, saltando frente a mí con un aire de desesperación

—. ¡Me has humillado lo suficiente!

—No creo que sea apropiado —intervino Lydia—. Se avecina una tormenta eléctrica.

Como si fuera una señal, un relámpago iluminó las ventanas.

Lydia dio un paso adelante, suavizando la tensión con su voz seductora y melodiosa.

—Majestad, ¿por qué no pasáis la noche aquí con vuestros hombres? Sería de mal gusto para todos los implicados que os fuerais ahora. Quizás mañana por la mañana, cuando todos estemos calmados, podamos resolver nuestras diferencias de una vez por todas.

La idea me horrorizó.

Nunca había confiado en los FangThorne, pero ahora que era consciente de su implicación en la muerte de mis padres, confiaba en ellos aún menos. Solo un necio compartiría techo con ellos.

Darius fulminó a Lydia con la mirada.

—No creo que él...

—En realidad, aceptaré su oferta, Lydia —respondí—. Asegúrese de que esté cómodo.

—¡Ay, Dios mío! ¿Quién es...? —La pobre mujer se desplomó aterrada—. ¿Un... un licántropo?

Entré en la habitación y cerré la puerta tras de mí.

—Qué reacción tan extraña. Pensé que la noticia de mi estancia aquí se habría difundido por todas partes.

Cuando me vio bien, su pánico se multiplicó por diez. Podría darle un ataque al corazón. Aun así, se arrojó al suelo en una reverencia, presionando su rostro tembloroso contra el piso.

—¡R-rey Rhett! Su Majestad, perdóneme, ¡no estaba al tanto!

Me agaché frente a ella, sosteniendo su rostro con delicadeza hasta que se enderezó. Apenas podía distinguir que era una mujer de mediana edad bajo todos los hematomas hinchados y cortes que desfiguraban su cara. Un vendaje ensangrentado cubría un lado de su cabeza, y las

llagas alrededor de sus muñecas me indicaron que había estado atada.

—¿Quién es usted? —pregunté.

—He cometido un grave error, Mi Rey —comenzó a sollozar—. Soy solo una simple niñera. Una don nadie, por favor no pierda su tiempo conmigo...

—¿Qué es esta habitación?

La habitación parecía una especie de guardería, aunque era difícil saberlo con todo esparcido por todas partes. La mujer se levantó y atacó febrilmente la ropa. Era ropa de un niño pequeño.

—¡Necesito encontrar mechones de su pelo! ¡Cualquier cosa para probar mi inocencia al Alfa!
—Sonaba como si hubiera perdido la razón—. Me engañaron... Tengo que recuperarlo. Rastrear su olor... mercenarios... ¡quizás entonces esta tortura termine!

La agarré.

—¿De qué coño está hablando?

—¡Su Majestad! —La voz de Lydia acompañó el portazo de la puerta al abrirse. Se apresuró a entrar y arrastró a la mujer fuera de mi agarre—. No pierda su tiempo con sirvientes tan sucios. Pensé que a esta hora estaría descansando. ¿Acaso los aposentos provistos no son de su agrado?

Mierda.

—Decidí dar un paseo disfrutando de la serenidad de la tormenta —Lancé una última mirada a la mujer temblorosa—. Ella llamó mi atención. ¿Qué ofensa cometió?

—Estos asuntos son de gran importancia, Rey Rhett —Lydia me guió hacia la puerta con tanta naturalidad que cualquier otro no habría notado que estaba tratando de ocultar algo—. Permítame escoltarlo de vuelta. Estos pasillos pueden ser confusos a veces.

Había accedido a pasar la noche aquí por una sola razón: obtener información interna, pero Lydia acababa de arruinarlo.

Llegamos a mi habitación, pero ella me siguió adentro.

—Sé que no estaba simplemente "dando un paseo", es decir, es casi medianoche —Presionó su

espalda contra la puerta—. No tiene que andar a escondidas cuando puedo contarle todo lo que quiera saber.

Por primera vez, noté lo que llevaba puesto. Era un camisón transparente, con una abertura a un lado. Empujó su muslo a través de la abertura, lanzándome una mirada sugerente.

—Pero a cambio, finalmente tiene que ceder ante mí, Rhett.

—Su marido está a solo unas habitaciones de distancia. Y aquí está usted, atrayendo sin vergüenza a otro hombre a la cama —No pude ocultar mi disgusto—. Salga.

—Su esposa estaba bajo el mismo techo cuando usted la engañó repetidamente con Nalia. No somos tan diferentes después de todo. Somos la pareja perfecta —Extendió la mano para tocar mi pecho—. Sé que ella intentó matarlo... es extraño que haya enterrado ese incidente. ¿Por qué sigue protegiéndola?

Agarré su mano.

—¿Cuánto más sabe?

—Póngame un hijo en el vientre. Hágame su reina —Curvó sus labios rojos y tiró de su vestido. Cayó, dejándola completamente desnuda—. Le diré todo lo que se muere por saber, sobre Nalia y sobre el asesinato de sus padres.

Vi todo rojo y la agarré por el cuello.

—Maldita zorra. ¿Estaba al tanto todo este tiempo de que los Ashryver fueron incriminados? ¿Quién lo hizo? ¡Dígamelo ahora!

—¡S-suélteme! —Sus ojos se abrieron de pánico, agitando las manos—. ¡Rhett!

La solté, vibrando de contención. Ella tropezó hacia atrás, estrellando un jarrón antiguo contra el suelo. El sonido de la rotura se amplificó en el silencio de la noche. Tosiendo, me miró indignada.

—¡Estoy de su lado! ¡¿Cómo puede tratarme así?! —gritó—. ¡Cualquier hombre en su lugar saltaría ante la oportunidad de acostarse conmigo! ¡Sé que me dejó escapar de la prisión! ¿Por qué entonces sigue actuando de esta manera?

—La muerte de mis padres no es una herramienta de negociación para una serpiente como usted
—Me erizó y la arrastré hacia la puerta—. Si no tiene nada que decirme, manténgase fuera de mi camino, o la destruiré sin remordimientos.

Ella sostenía su vestido, tratando de ponérselo de nuevo. No le di la oportunidad antes de empujarla fuera de la puerta y directamente a los brazos de Julius.

—¡Julius! —Lydia jadeó—. Yo... yo...

Él estaba atónito, sus ojos saltando de su esposa desnuda a mí.

Capítulo Veintidós

Nalia

Un violento estruendo se escuchó en el pasillo.

—¿Me estás engañando? ¡Qué vergüenza! ¡La Luna, la dama más estimada de la manada, está desnuda y arrastrándose a los pies de un licántropo como una vulgar ramera!

El grito de Lydia siguió.

—¿Aquí estaba yo, oyendo todo ese alboroto, solo para seguirlo y encontrar a mi esposa desnuda y en los brazos de otro hombre? —el gruñido de Julius era feroz.

Me apoyé contra la puerta, con los ojos abiertos de asombro. ¿Qué demonios estaba pasando? Era más de medianoche.

Había estado tratando de contactar a Dana.

Le había dicho que se deshiciera de mi número principal por miedo a que lo rastrearan, pero en retrospectiva, hacerlo me había desconectado de ella también. Los temblores aún sacudían mi cuerpo por la confrontación anterior.

Rhett había revelado dónde estaba Randal a esos monstruos. Si no hubiera intervenido rápidamente, podría haber mencionado a Dana Reeds y eso habría sido el fin. Tal como estaban las cosas ahora, la búsqueda de Darius ya se había reducido a los empleados de Rhett. No necesitaba más ansiedad.

Más gritos entrecortados y rugidos llegaron a mis oídos, pero no pude entender lo que estaba pasando hasta que mi puerta se abrió de golpe. Lydia me empujó hacia atrás con tanta fuerza que me sobresaltó. Estaba medio desnuda, con su camisón hecho jirones y arrugado en varias partes.

Un moretón hinchado cubría su mejilla, y su labio inferior sangraba.

—¿Escuchaste todo eso? —exigió, cerrando la puerta de un golpe tras ella. Sus ojos ardían de ira—. ¡Mírame! ¡Todo esto es tu culpa! ¡Si tan solo hubieras hecho lo que te dije, no habría tenido que pasar por tal humillación!

—No sé de qué estás hablando.

—¡Julius ahora conoce mis ambiciones! ¡Sabe que estoy tratando de acercarme a Rhett y convertirme en reina! —Se agarró el pelo rojo como si estuviera enloqueciendo—. Ese bastardo... ¡cómo se atreve a ponerme las manos encima! ¡Tú!

Señaló, invadiendo mi espacio personal.

—¡Sal ahora mismo! ¡Dile a Rhett que volverás con él al castillo de los licántropos! No me importa qué excusa des, ¡pero quiero a Fiona muerta y fuera de ese trono! ¡Esa corona es mía! He intentado resolver las cosas a mi manera, pero como eso ha fallado, tú no puedes fallarme también, Nalia.

—¡No te debo nada! —me burlé—. ¿Intentaste seducir a Rhett? ¿Qué tan descarada puedes ser, Lydia? ¡Si tu esposo te atrapó, eso no tiene nada que ver conmigo!

A pesar de mí misma, una llamarada de celos me atravesó. La aparición tan aleatoria de Rhett aquí me había dado una dosis de dopamina que no sabía que anhelaba. Era adicta a todo lo relacionado con él, incluso a distancia, incluso mientras me miraba con furia o me atravesaba con esos ojos obsidiana acusadores.

Su aroma, su voz... su mera presencia era una adicción. Una que luchaba contra mi sentido común.

—Además, incluso si Fiona se fuera, ¡alguien más podría ser coronada Reina Licántropa! —continué—. Eres la persona menos probable para sentarse en ese trono, Lydia.

Los ojos de Lydia ardieron.

—¿Ese "alguien" eres tú? ¿Estás codiciando mi trono, Nalia? ¿Por qué todos piensan que soy jodidamente estúpida? Tengo un plan, ¡y tú solo tienes que hacer tu parte! ¿No quieres? ¡Bien! ¡Voy a decirle a Rhett que él es el verdadero padre de Randal, ahora mismo!

Giró sobre sus talones y se lanzó fuera de la habitación, directamente hacia los aposentos de invitados. ¡No estaba fanfarroneando!

—¡No! ¡Espera! —la agarré desesperadamente—. No lo hagas. Yo... lo haré.

Resopló.

—Eso es lo mínimo que puedes hacer después de que todos protegimos tu secreto. ¡Mentiste diciendo que mi esposo te había dejado embarazada! Nadie esperaba lo que nos soltaste, sin embargo, todos montamos un espectáculo para hacer tu mentira más creíble. Deberías estar jodidamente agradecida. Ahora, ¡ve! ¡Te estoy observando!

Yo también quería una salida de esta miserable trampa, e irme a los aposentos de los licántropos era mi mejor apuesta. Amenaza o no, Lydia me había dado sin saberlo una vía de escape.

La puerta se abrió, y Rhett estaba allí de pie. A esta hora de la noche, estaba completamente vestido y alerta.

—¿Qué haces aquí? —su voz se profundizó.

Mis labios se separaron, pero las palabras se atoraron en mi garganta. Mi piel ardía de vergüenza, miedo y algo mucho más potente. La saliva se me secó en la boca mientras mis ojos involuntariamente recorrían su cuerpo. Era tan masculino que ni siquiera sabía qué hacer conmigo misma.

—Um, quería agradecerte... —divagué—, por salvarme del látigo.

—No me agradezcas. —Cerró la puerta.

—¡Espera! —golpeé la madera frenéticamente, mirando por encima de mi hombro para ver si Lydia estaba observando—. ¡Rhett, yo...!

Abrió la puerta de golpe con un gruñido y caí dentro de la habitación. Cerró la puerta y me inmovilizó contra ella con una mano alrededor de mi cuello. Su dedo descansaba sobre mi pulso acelerado, su pulgar en mi barbilla.

—Si tuvieras algo de instinto de supervivencia, no te atreverías a acercarte a mí. Has llevado mi tolerancia y paciencia al límite. ¿Qué demonios quieres de mí, Nalia?

—Quiero regresar al castillo de los licántropos —gemí.

Se quedó inmóvil.

—Aquí estoy siendo maltratada. Darius y Julius... me tratan muy mal, y estoy harta. No me

importa lo que tenga que hacer para ganarme mi lugar en tu territorio, pero estoy lista. No tengo a nadie más a quien recurrir —sujeté temblorosamente su mano—. Por favor, Rhett. Ayúdame.

Sus ojos se llenaron de algo parecido a la protección. Inmediatamente dio un paso atrás, inmovilizando ambos brazos míos por encima de mi cabeza.

—¿Es esto otro truco? Ya caí en uno una vez —me cacheó, buscando un arma—. Y casi me cuesta la vida.

—Estoy desarmada.

Sus toques se ralentizaron, demorándose un segundo sobre cada curva. Humedeció su labio inferior y soltó mis brazos.

Una sonrisa amarga cubrió sus facciones. —¿Cómo sé que no intentarás matarme de nuevo?

—Eres el único que puede protegerme de ellos. Con todo lo que ha salido mal entre nosotros, somos más enemigos que otra cosa, pero preferiría vivir con un enemigo que soportar otro momento de abuso en esta prisión.

Miró los moretones desvanecidos en mi piel y el medallón alrededor de mi cuello.

Lo aferré instintivamente, pero él lo arrancó de mi agarre.

—¿Es por eso que le entregaste tu hijo a Dana Reeds? Ellos no lo saben, ¿verdad? —Volvió a encontrarse con mi mirada, y me sorprendió la cantidad de compasión en sus ojos—. Debes tener una opinión muy baja de mí si crees que alguna vez le haría daño a Randal. Hablé con él. Es un niño brillante y no merece crecer escondido.

Aparté la mirada, luchando contra las lágrimas desesperadas que ardían en mis ojos. Me dolía tanto no poder simplemente decirle que Randal era su hijo. Volví a mirarlo, destrozada por el anhelo en su expresión mientras contemplaba el medallón.

Era por el bien de todos si la verdad permanecía oculta.

Así que evadí el tema por completo. —¿Me llevarás contigo?

—Qué ansiosa —canturreó—. Con lo que has estado desfilando con Julius, quién habría pensado que te cansarías tanto de él. Dime primero qué tan bueno debe haber sido el sexo para que te

embarazaras de semejante debilucho.

Mi temperamento se encendió y le abofeteé antes de poder detenerme.

—¡Es un amante mucho mejor de lo que tú nunca fuiste! En realidad, tú nunca fuiste un amante. ¡Solo tomabas y tomabas hasta que no fui más que un caparazón vacío por dentro! —A estas alturas me estaba autosaboteando, pero las palabras seguían saliendo—. ¡Al menos él tuvo la decencia de no humillarme en público! No estás en posición de juzgarme.

Intenté poner algo de espacio entre nosotros, pero él no lo permitió.

Compararle con Julius definitivamente lo enfureció, y su agarre presionó con más fuerza contra mi cintura. Me miró de arriba abajo, proyectando la sombra de su cuerpo sobre mí.

—Sin embargo, aquí estás conmigo. Te prohíbo que vuelvas a acercarte a Julius. Me importa una mierda quién sea para ti. Tú pediste esto, y es permanente. Tanto tú como Randal vendrán bajo mi protección...

—Deja a Randal en paz —insistí—. Yo me encargaré de eso. No es asunto tuyo.

—Lo. Es. —Su tono no admitía argumentos—. Y también abandonarás la compañía FangThorne. Se acabó el jugar a ser CEO y ponerme de los nervios. ¡Los juegos se han terminado!

Se inclinó hasta que sus labios rozaron mi oreja. —Ambos sabemos que soy el único que puede darte un placer salvaje. Incluso ahora, tu cuerpo canta para mí. Tu aroma está empapado de excitación y necesidad por mí. Tus dulces labios dicen mentiras, pero tus ojos siguen siendo sinceros. ¿Quieres un recordatorio?

Mi rostro se acaloró. —¿Q-qué?

Su mano se deslizó bajo mi vestido, arrastrando la tela hasta mis muslos. Mis rodillas temblaron cuando la fuerza de mi propio aroma empapado me golpeó. Él hizo una pausa e inclinó la cabeza hacia abajo para inhalar profundamente con un gemido voraz.

—Maldita sea, Nalia —su voz era ronca—. Con gusto me dejaría apuñalar de nuevo solo por un soplo de este aroma embriagador y delicioso.

Mis sentidos fallaron en ese momento. —Debería volver a mi habitación...

Me silenció con un gruñido primario, uno que hablaba a algo instintivamente anclado en el alma de mi alma, el núcleo de todas mis necesidades y deseos. Mi respiración se entrecortó al entrar y salir. Estaba atrapada en su oscura mirada. Me gustara o no, él estaba completamente impreso en mí. Cada gruñido, cada orden, cada ligero cambio en su lenguaje corporal desencadenaba una respuesta igual y opuesta en mí.

Sus garras se clavaron en mis muslos.

—Quédate conmigo. Déjame recordarte de qué están hechas las estrellas.

Y así, sin más, me arrancó el vestido. Dejé escapar un sonido de sorpresa, pero él se arrodilló, agarrando mi trasero para mantenerme estable.

Moví mis brazos para cubrirme, avergonzada de las marcas del abuso de Julius en mi cuerpo. No me sentía hermosa. No, me sentía todo lo contrario. No era más que una madre enloquecida tratando de salvar a su cachorro. Pero la forma en que me miraba ahora... sus ojos acariciaban la cima de mis pechos, se deslizaban hacia mi vientre hundido, sobre la curva de mis caderas, y bajaban al montículo que se escondía detrás de mis bragas.

—Hermosa —dijo con firmeza, y me di cuenta de que era la primera vez que me hacía un cumplido.

No estaba segura de qué pensar. Quería huir. No, quería esto: perderme en sus brazos y olvidar todo lo demás fuera de esta habitación. Solo por este momento.

Tiró de mis caderas hacia adelante y me quitó las bragas con los dientes. Me tambaleé, con la respiración acelerada. La tela cayó a mis tobillos, y él levantó mi pierna para apoyarla sobre su hombro. Pronto me di cuenta de lo que estaba a punto de hacer, e intenté alejarme en pánico.

—Te follaré de todos modos —dijo oscuramente, inmovilizándome en mi lugar—. No puedes escapar de mí. ¿Qué? ¿Nunca te han comido el coño?

—Me quitaste la inocencia —susurré—. Ya sabes que no tengo mucha experiencia.

Pareció extremadamente complacido con ese recordatorio, a juzgar por el profundo ronroneo que vibró entre nosotros.

—Muchas cosas podrían haber cambiado en cinco años. Aun así, tu inexperiencia explica por qué te conformaste con un imbécil como Julius. Incluso su esposa no lo quiere. Borraré cada

rastro de él de tu cuerpo, y orgasmo tras orgasmo, mi nombre será el único que grites.

¿No le daba asco?

Porque incluso a mí me daba asco la idea de haber dormido alguna vez con ese bastardo. Hasta el punto de quedar embarazada, incluso.

Mis pensamientos se dispersaron en el momento en que su lengua se hundió en mi coño chorreante, lamiendo los pliegues con un gemido de apreciación. Mi mano encontró el camino hacia su cabello, las uñas arañando su cuero cabelludo mientras un gemido escapaba de mí. La sensación de sus labios, su boca cálida contra mis partes más sensibles, era de otro mundo.

—Tan dulce... —retumbó, enrollando su lengua desde mi entrada hasta la punta de mi clítoris. Apretó mi trasero, aplastándome con más fuerza contra su cara.

Mis caderas se movían por cuenta propia mientras mis manos recorrían su cabeza, agarrándolo y tirando de él para acercarlo más. La presión de su lengua voraz aumentó, y sus labios se cerraron alrededor de mi botón, succionando de tal manera que arrancó un grito de mi garganta.

En un rincón distante de mi mente, había una advertencia de que toda la casa de la manada podría oírme.

Era irrelevante en el calor de su deseo. Especialmente cuando levantó la cabeza de entre mis piernas para mirarme. Sus ojos ardían, sus labios y mandíbula brillaban con mi esencia. Mío, me encontré pensando. Era una locura, pero en ese momento, él era mío.

Volviendo a concentrarse en mi coño, humedeció dos de sus dedos con su lengua y los deslizó en mi entrada. Mis paredes inmediatamente se apretaron alrededor de la intrusión, succionando con necesidad. Sus hombros se crisparon, la anticipación cruda cubriendo sus rasgos. Me arqueé contra la pared mientras bombeaba sus dedos dentro y fuera de mí.

El fluido se extendió, goteando por su muñeca, bombeando feromonas sexuales al aire. Él lo absorbió todo, tomando grandes bocanadas de aire, besando mis pliegues y chupando mi clítoris. El placer era una espada de doble filo, destrozándome de maneras inimaginables.

—Rhett... —un gemido entrecortado escapó de mí.

Me chupó más rápido, me penetró con los dedos más fuerte, hasta que fui consumida por las llamas blancas de su deseo. Me permití sentir la aspereza de la madera de la puerta, su firme

agarre en mi trasero, la humedad de su lengua. Oh, Diosa, era tan sensual, tan apasionado de maneras indescriptibles.

Golpeó mi clítoris, curvó sus dedos y tocó un punto especial en lo profundo de mí. Me sacudí, jadeando y gimiendo simultáneamente. Mis ojos se abrieron de golpe por la sensación, solo para volver a cerrarse cuando un estallido de éxtasis tan brillante se apoderó de todo mi cuerpo. Grité, agarrando su cabeza mientras un líquido caliente pulsaba fuera de mí para salpicar su rostro.

Lo tomó todo en su boca, bebiendo sediento. Llamé su nombre como un mantra, mis caderas ondulando incontrolablemente en su agarre. Me convulsioné, cayendo débilmente. Él hizo un sonido gutural, se enderezó a toda su altura para atraparme. Gotas de mi jugo bordeaban su mandíbula, y las llevaba con orgullo.

—¿Alguna vez él pudo hacerte eyacular? —exigió, agarrando mi cabello posesivamente.

—N-no...

Me levantó con un brazo, caminó a zancadas hasta la cama y me arrojó en ella como un trofeo. Con un tirón fuerte de mis caderas, me puso en cuatro. Me dio una palmada en el trasero y solté un grito por el ardor agudo. El crujido de su ropa me hizo mirar por encima del hombro. Se había quitado la camisa y ahora su miembro engordado colgaba contra mi trasero. Tenía el pelo alborotado y su lengua traviesa se asomó para lamerse los labios.

—Voy a follarte tan profundo, Nalia, que nunca más te desviarás.

Mi sexo se contrajo ante la amenaza gutural. Era hermoso, y mi creciente necesidad debió haberse reflejado en mi rostro, porque sonrió con suficiencia y me mordió un bocado del trasero.

—Me encanta cuando me miras como si fuera tu salvador. Y tu perdición.

Porque lo era.

Frotó la cabeza de su miembro contra mis pliegues y lo presionó dentro de mí. Dejé escapar un suspiro tembloroso mientras su verga estiraba mi coño a medida que empujaba más profundo. Su brazo se enroscó alrededor de mis caderas, tirándome hacia atrás con firmeza, hasta que mi trasero presionó contra sus testículos. Mi respiración se volvió superficial, porque me sentía tan llena, tan estirada que mi clítoris ardía de anticipación.

No tuve que esperar mucho, porque comenzó a deslizarse dentro y fuera de mí. Oh, Diosa, se

sentía tan bien que mis brazos se debilitaron. Sus movimientos lentos se aceleraron, convirtiéndose en embestidas. Gemí, agarrando las sábanas para sostenerme.

El placer que se acumulaba dentro de mí se intensificó rápidamente. Rhett dejó escapar un gruñido bajo y hambriento, follándome con tanto fervor que todo mi cuerpo se sacudía como una muñeca de trapo.

—No puedo... —intenté alejarme gateando, abrumada, pero me jaló de vuelta.

No había escapatoria, ni respiro. Sus fuertes manos sujetaban mis caderas en su lugar, mientras saqueaba mi coño. Mi visión se nubló, mis ojos se pusieron en blanco, mis dedos de los pies se curvaron. No podía respirar a través de todo el placer enloquecedor. Me derretí en un charco, pero su fuerza era suficiente para ambos.

Era el nirvana.

La presión hormigueante en mi centro explotó, y cada pensamiento se extinguió. Todo lo demás se redujo a sus hábiles movimientos dentro de mí, mientras el orgasmo sacudía mi cuerpo en oleadas interminables. Mi mejilla se presionó contra las sábanas, y mis débiles gritos se ahogaron allí. Rhett siguió moviéndose, cubriendo mi cuerpo con el suyo, hundiendo su miembro más profundo, hasta que me desvanecí en un estupor.

Capítulo Veintitrés

Nalia

—Buenos días, Su Majestad. ¿No le gustaría unirse a nosotros para el desayuno...? —La sonrisa de Lydia se desvaneció cuando sus ojos se encontraron con los míos detrás del hombro de Rhett.

Yo estaba envuelta en las sábanas, obviamente desnuda debajo.

Su rostro se encendió de indignación cuando obtuvo la confirmación de lo que había venido a buscar. Que me había acostado con Rhett. Si mis gritos durante la noche no la habían convencido, verme en este estado lo había hecho. Me sentía avergonzada, pero al mismo tiempo, estaba aprendiendo a deshacerme de mi vergüenza.

Todos bajo este techo habían hecho cosas despreciables. Las mías palidecían en comparación, así que podía caminar con la cabeza bien alta, sin importar cuán bajo cayera.

—¿Dónde están Darius y Julius? —Rhett se puso la ropa.

—En el desayuno... —Lydia lo miró, hirviendo en silencio.

Él salió de la habitación, seguido por sus hombres que se alineaban en los pasillos. Un sirviente apareció con ropa doblada para mí, y cuando la tomé, Lydia me agarró del brazo.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? ¡Te envié aquí por una razón, no para que te prostituyeras en su cama! ¿Cómo puedes ser tan desvergonzada?

—Tú me forzaste a venir aquí. No te quejes mientras haga lo que me dijiste. Ha accedido a llevarme de vuelta al castillo. Fiona se irá pronto, como tú desesperadamente quieres. —Aparté mi brazo—. ¡Con quién me acueste no es asunto tuyo!

Ella se burló, mirándome de arriba abajo con celos mal disimulados. Vi sus pensamientos. Se preguntaba cómo una mujer sucia y baja como yo había logrado acostarse con el mismo hombre que la había echado de su dormitorio la misma noche. Yo tampoco lo entendía. Una pasión prohibida ardía potente entre Rhett y yo.

Era insano, tóxico... complicado. Pero era una dicha.

En el espejo del baño, vi las marcas que la noche áspera y apasionada había dejado en mi cuerpo. Mis pezones estaban rojos y doloridos por sus atenciones, mis labios hinchados, y sus huellas cubrían mis caderas y trasero. Mi cabello castaño estaba despeinado, mi cuero cabelludo dolía de tanto que me lo habían jalado.

Me daba una satisfacción enfermiza.

Me aseo, me puse la ropa y me dirigí a la mesa del desayuno. Allí, Darius y Julius parecían estar al borde del asesinato.

—¡Ella pertenece con nosotros... conmigo! —gruñó Julius—. ¡La corte Lycan perdió la custodia de su esclava hace mucho tiempo!

—No estoy pidiendo permiso, Julius. Nalia regresa conmigo, sin importar qué —dijo Rhett fríamente—. Darius, espero que reflexiones sobre los detalles de la muerte de mis padres y vengas a mí cuando estés listo. No quiero volver aquí de esta manera.

—He sacado a Randal de Sterling City —La voz de Dana siseó a través del teléfono—. Los hombres del Sr. Voltaire están poniendo la ciudad patas arriba tratando de encontrarnos. No me quedó otra opción. Donde estoy ahora, puedo asegurarme unas semanas adicionales de seguridad.

Apreté mi medallón.

—Oh, he estado tratando de contactarte, Dana. Los FangThorne saben que mi hijo está con una empleada de Voltaire, pero no saben que eres tú en particular. He estado tratando de advertirte. Me alegro de que hayas tenido la previsión de irte...

Una rama se quebró detrás de mí y me di la vuelta con un jadeo. Rhett estaba justo detrás de mí y me arrebató el teléfono de la mano. Pero yo ya había terminado la llamada por reflejo.

—Realmente no quieres que los encuentren, ¿verdad? —Volvió a llamar al número—. ¿Por qué eres tan obstinada con esto? Randal estará más seguro conmigo que con cualquier otra persona.

Todo lo contrario.

Pero era conmovedor ver hasta dónde llegaría Rhett por un niño que no sabía que era suyo.

Con el aliento contenido, observé. Me sentí tan aliviada cuando la llamada no pudo conectarse. Se volvió hacia Fred, que estaba a su lado, y le ordenó rastrear el número.

—Es un teléfono desechable. —Le arrebaté mi teléfono de las manos—. Solo te llevará a una búsqueda inútil. No pierdas tu tiempo. ¿Cuándo nos vamos de esta maldita manada?

Pasé junto a él hacia la flota de autos estacionados a unos metros de distancia.

Sentí su mirada sorprendida siguiéndome debido al cambio en mi comportamiento. Pero después de todo lo que había pasado, el miedo había dado paso a la audacia, la frialdad y la determinación. Lydia creía que estaba regresando con los Lycans por ella.

No, lo estaba haciendo por mis propios planes. Destrozaría a los FangThorne, a todos ellos, usando cada recurso que pudiera encontrar. Y al hacerlo, estaría fuera del alcance de Darius y Julius.

El castillo se sumió en confusión con mi llegada.

Ya no era una esclava, pero tampoco era exactamente libre. Me veían como una enemiga, pero su ira ya no me lastimaba ahora que sabía la verdad. Mis padres fueron perseguidos injustamente, y yo también. Su odio estaba completamente fuera de lugar, pero no me interesaba limpiar mi nombre.

No, solo quería una vida pacífica con mi hijo. Pero para llegar allí, tenía que hacer las cosas más despreciables. Ya había cruzado esa línea al apuñalar a Rhett. ¿Por qué no cruzarla de nuevo?

—Te quedarás aquí como invitada. Los sirvientes atenderán tus necesidades, y cuando regrese de mi reunión, discutiremos tu cambio para trabajar en mi empresa. Tienes habilidades...

Lo interrumpí.

—Nunca accedí a trabajar para ti.

—No puedes quedarte bajo mi protección y estar del lado de mis enemigos.

—No estoy del lado de nadie. Tomaré mis decisiones sin tu opinión. —Me enfrenté a él—. Además, todavía tengo el gran respaldo y las conexiones que construí como la Sra. FangThorne,

y planeo usarlos a mi favor. Mi mudanza a tu castillo no debería afectar los negocios. Acostarme contigo no significa que ahora seamos socios. Recuerda que tienes una esposa. Pero, si necesitas sexo conmigo como pago, lo haré.

—¿Qué? —Me agarró del brazo, girándome para poder ver mi cara. Me miraba como si nunca me hubiera visto antes—. ¿Por qué dirías eso?

—Era tu puta, ¿no? ¿Qué lo hace diferente ahora?

—Ni siquiera te reconozco, Nalia. —Su voz se volvió solemne—. ¿Qué te hicieron?

—¿Ellos? —Arranqué mi brazo de su agarre—. ¿Crees que tú no tienes parte en cambiarme para peor? No puedes esperar que siga siendo la niña ingenua, después de todo lo que he pasado. Soy una mujer ahora... no, soy una madre. ¡Haré cualquier cosa para proteger a mi hijo, incluso convertirme en un monstruo, si es necesario!

Me alejé en la dirección opuesta antes de que pudiera verme derrumbarme y llorar.

En realidad parecía herido, y lo lamenté. Lamentaba todo esto, pero tenía que hacerlo. Debía salvarme a mí misma para poder salvar a mi hijo y a Dana, y eso implicaba usar a todos a mi alrededor sin que lo supieran.

No fui a la nueva habitación preparada para mí. Mantuve mis emociones bajo control y me dirigí directamente a los aposentos de la reina. Fiona definitivamente no estaba feliz de verme.

—¿Qué demonios haces aquí? —Se levantó abruptamente, dispersando a las doncellas a su alrededor. Sus ojos verdes estaban muy abiertos, con los puños apretando su vestido fluido.

—Me gustaría hablar con usted, reina Fiona —respondí fríamente—. Es algo que estoy segura le interesará.

En un instante, los sirvientes vaciaron la habitación. Ella se acercó, manteniendo la cabeza alta con el último vestigio de dignidad. Por la forma en que le temblaban las cejas, supe que apenas contenía su temperamento.

—Mi esposo, el rey Rhett, pasó su último celo contigo. ¿Lo sabías? ¡Dejó a su hermosa, real y dispuesta esposa para irse a encerrar contigo en alguna habitación polvorienta! —Me miró con desdén de arriba abajo—. A la mañana siguiente, apareció con una herida de puñalada que no sanaba, similar a la que mató a su hermano mayor. Fuiste tú, ¿no es así?

—No sé de qué está hablando —mentí descaradamente—. Además, ¿por qué seguiría viva después de cometer un crimen tan grave?

—Podría haberte perdonado solo por ser su puta. Incluso ahora, apestas a él.

—¿Así como perdonó a mis padres? ¿O de la manera en que me "perdonó" después de ver la marca de traidora en mi espalda? —Di un paso adelante—. Parece que has olvidado lo vengativo que es Rhett Voltaire.

Ella simplemente se burló.

—Estoy aquí porque Lydia FangThorne me envió. Ella va tras tu vida y tu corona. Me ha dicho que me "deshaga de ti" de cualquier manera que pueda, pero no tengo intención de hacerlo. Solo pensé en informarte, en caso de que Lydia decida enviar a alguien más para hacer el trabajo.

La frialdad se apoderó de las facciones de Fiona. Pero no había sorpresa en su expresión. Era casi como si lo esperara.

—Estoy tentada a llamarte pequeña mentirosa intrigante, Nalia, pero esto suena a algo que Lydia haría. Esa mujer nunca supo cuál era su lugar. Solo me pregunto, ¿por qué me estarías diciendo esto en lugar de simplemente hacer el trabajo? ¿No eres la hija de los peores asesinos de la historia? ¿Qué tan difícil sería derrocar a otra reina?

Fiona comenzó a rodearme, como un depredador—. Y, ¿por qué Lydia te enviaría a ti de entre todas las personas en primer lugar? ¿Qué tiene ella sobre ti que sea lo suficientemente poderoso como para motivarte a seguir sus órdenes?

—Simple. Lydia me matará una vez que haga lo que ella quiere. No he llegado tan lejos para morir.

—Parece que tenemos un enemigo común. —Fiona se rio—. Nunca pensé que llegaría un día como este.

—Solo estoy tratando de sobrevivir de cualquier manera que pueda.

Guardó silencio por un momento—. Lydia no es una amenaza para mí. Sin embargo, ha demostrado ser una molestia difícil de eliminar. ¿Por qué no llamamos a esto una tregua por ahora, Nalia?

Parpadeé—. ¿Una tregua?

—Estoy dispuesta a pasar por alto la mala sangre entre nosotras hasta que derribemos a Lydia. Tengo un nuevo y poderoso aliado de mi lado. —Sus ojos brillaron—. Y podemos ponerlo a buen uso. ¿Qué dices?

El vino se derramó sobre mi vestido.

—Oh, lo siento. —La anciana jadeó.

—No, ¡está bien! Se quitará.

Me apresuré al baño. Afortunadamente, no era una mancha grande, y solo la parte húmeda necesitaba secarse. Retoqué mi maquillaje, encarnando a la feroz Srta. FangThorne en un vestido de seda negro, y salí del baño.

Pero de repente alguien me arrastró a una habitación. Grité e inmediatamente luché, pero mi agresor era mucho más grande y fuerte. Era Julius. La mirada en su rostro parecía más amenazante bajo las tenues luces de la bodega.

—Deberías haberte quedado en el castillo Lycan si ibas a abandonarnos. Ahora, ¡no tengo más remedio que matarte! —Apuntó una pequeña daga a mi cuello.

Mi pulso se aceleró—. No se permiten armas aquí. Cómo burlaste la seguridad...

Se congeló—. ¿Eres tan ingenua? Todos allá afuera están armados...

La distracción funcionó, y mi propia daga se presionó rápidamente contra su entrepierna.

—Yo también estoy armada. Si tu pene todavía te es útil, quítame las manos de encima.

Miró hacia abajo sorprendido y estalló en carcajadas. Inmediatamente me soltó, sacudiendo la cabeza con asombro.

—Vaya, Nalia Ashryver. Mi padre te enseñó bien.

Sostuve la daga hacia él, respirando pesadamente. Sabía que si realmente quisiera pelear, no tendría ninguna oportunidad. Aun así, no mostré mi miedo.

—¿Qué crees que estás haciendo, Julius? Este es un lugar público, con tantos ojos observando. Sí, vine a esta ceremonia de cata de vinos con los Voltaire, pero nadie allá arriba lo sabe. Todavía soy la Srta. FangThorne sin vínculos con la compañía Lycan.

—¿Estás tratando de sabotear mi compañía? —Dio un paso adelante—. Esa es la única explicación plausible de por qué te irías con los Lycan en privado y aún reclamarías mi nombre en público. Además, ¿por qué no explicas la redirección ilegal de grandes fondos de la compañía a una cuenta privada, orquestada por ti, hace varias semanas? ¡Le pagaste a tu abuela para que me traicionara, usando mi propio dinero!

Me agarró de los brazos, tirando la hoja lejos—. ¿Pensaste que no me enteraría?

Me estrelló contra la pared, dejándome sin aliento.

—¡No me dejaste otra opción! —logré decir con dificultad—. ¿Crees que quiero seguir viviendo así, saltando de un lugar a otro como un parásito? Solo estoy fingiendo estar del lado de Rhett Voltaire. Esa es la única forma de derribarlo, ¿no puedes verlo? Si él piensa que te odio lo suficiente, bajará la guardia...

—¿Te parezco estúpido? —Julius me empujó—. ¿Me estás diciendo que todavía eres leal a nosotros?

—No te equivoques. —Me reí amargamente—. No soy leal a nadie más que a mi hijo. Y es por eso que necesito acelerar las cosas. Cuanto antes caiga Rhett, antes podré liberarme de mis deudas contigo. El rey Lycan conoce mi sufrimiento a tus manos. Él cree que te odio más de lo que lo odio a él.

Las cejas de Julius se fruncieron. Reflexionó sobre mis palabras con sospecha e incertidumbre.

—¿Estás diciendo que lo estás traicionando? ¿Y en realidad estás haciendo esto para avanzar nuestros planes, mientras él piensa que nos has abandonado?

—¿Por qué volvería jamás con el bruto que me torturó, humilló y me convirtió en su puta? —pregunté—. Todo esto está calculado, Julius. Dijiste que fracasé en derribar a los Voltaire. Ahora seguiré mis propios planes. Esta es mi última oportunidad. No la jodas.

Me doblé sobre el balcón con un jadeo, tratando de recuperar el aliento y calmar mi corazón

acelerado.

Julius no había creído del todo mi historia de mierda sobre traicionar a Rhett, pero al menos me sacó del peligro momentáneamente. No esperaba ser acorralada por él...

—Aquí estás —Lydia me sobresaltó.

Caminó hacia el balcón, con su extravagante vestido rojo—. Todavía veo a Fiona pavoneándose por la ceremonia del brazo de Rhett. ¿Has olvidado que se supone que debes deshacerte de ella? Cada respiración que toma me vuelve loca.

—No lo he olvidado, Lydia —respondí—. He hecho planes perfectos. Todo terminará esta noche.

—Bien. Mientras tanto, hay alguien más que también está incluido en nuestra pequeña alianza. Muéstrate, señor Stonebridge —se volvió hacia el pasillo.

Gregor se adentró en las luces del balcón con un traje gris y una sonrisa arrogante en su rostro.

—Nos volvemos a encontrar, señorita FangThorne —me guiñó un ojo.

—Sé que mi marido y Rhett Voltaire han estado intentando ganarse a Gregor —comenzó ella—, pero yo soy una mujer muy generosa, así que fue fácil para mí ponerlo de mi lado. ¿No es así?

—Bueno, los negocios son negocios, después de todo —asintió—. Solo me asocio con personas que tienen algo muy lucrativo que ofrecer. Incluso si implica un poco de... puñaladas por la espalda. Solo me preocupa, Lydia, que deposites tu confianza en la señorita FangThorne. Ella trabaja para tu marido, ¿sabes?

—No te preocupes por eso, Gregor —Lydia sonrió con suficiencia—. Ella tiene una buena razón para no traicionarme.

Fruncí el ceño—. No entiendo. ¿Por qué Gregor es parte de esto?

—Una vez que obtenga suficiente poder, pretendo fusionar ambas empresas. ¿Puedes imaginar cuán poderosa me haría eso? Pero, por supuesto, carezco de las habilidades empresariales adecuadas para gestionar una estructura así, y ahí es donde entra Gregor. Es un hombre de negocios sabio, con conexiones de primer nivel. Él manejará los tecnicismos por una enorme porción de las ganancias.

—¿Aceptaste eso? —me volví hacia él.

—Por supuesto. Está ofreciendo algo que nadie más se ha atrevido a ofrecer jamás. Sería el hombre más rico del mundo —se rio—. Además, ¡alguien tiene que bajar a Rhett Voltaire y a Julius FangThorne de sus pedestales! El rechazo de Rhett fue muy humillante y debe pagar.

—Por supuesto. Ahora, dime exactamente cómo va a terminar todo esta noche —exigió Lydia—. Me estoy quedando sin paciencia.

Solté un suspiro—. A medianoche, se servirá el vino principal del evento. La botella asignada a nuestra mesa está envenenada. Es una sustancia tan peligrosa que solo un sorbo causará la muerte en minutos. Será sospechoso si no bebemos mientras todos los demás lo hacen, así que conseguí esto.

Les di dos papeles doblados que contenían una sustancia en polvo.

—Ese es el antídoto. Ambos, tómenlo unos minutos antes de la medianoche. Los protegerá del veneno.

Lydia pareció impresionada—. ¿Cómo podemos confiar en que esto funcionará?

—Yo también beberé el veneno. Mi vida está en juego —levanté mi propio papel de donde estaba escondido en mi cabello—. Dependo de esto para mantenerme con vida.

—Damas y caballeros —comenzó el anfitrión del evento—, permítanme presentarles el Musigny Grand Cru, que ya vale una fortuna desde el viñedo. ¡Mientras degustamos este exquisito vino, estoy seguro de que el precio podría subir mucho más!

Las risas llenaron el salón. Mis ojos se encontraron con los de Gregor al otro lado de la mesa VIP. Me dio una sonrisa secreta.

Los camareros llegaron, llenando cada copa dorada con el vino.

Además del veneno, la tensión alrededor de la mesa era suficiente para matar.

Tanto los FangThorne como los Voltaire ocupaban el espacio VIP, junto con Gregor, y la mala sangre era evidente. Entre Julius y Lydia, era aún peor. Descubrir que ella quería acostarse con

Rhett fue la gota que colmó el vaso y pareció haber roto su matrimonio.

Rhett, por otro lado, estaba perfectamente indiferente, impecable en su traje oscuro, la mera imagen de riqueza, poder y atractivo sexual. Incluso en esta situación, lo deseaba tanto que era enloquecedor. Pero durante la noche, apenas había mirado en mi dirección. Había estado enojado conmigo desde nuestra última discusión.

Fiona se aferraba a su musculoso brazo, luciendo tan hermosa y elegante como siempre, actuando extra cariñosa con él para las cámaras. Parecían la pareja perfecta. Me provocaba unos celos profundos y empeoraba mi autodesprecio. Yo era la mujer a la que veía en secreto, mientras otra mujer estaba a su lado en público.

—¡Un brindis, todos! ¡Salud!

Agarré mi copa, cruzando miradas con una Lydia sonriente, mientras todos bebíamos el vino.

—¡Incluso mejor de lo que esperaba! —Fiona murmuró y procedió a beber aún más.

Julius asintió—. Estoy de acuerdo.

—Sí, querido esposo —Lydia estaba encantada por lo mucho que estaban bebiendo—. Bebe más... incluso puedes tomar el mío también... ¿qué? ¿Qué es esa mirada de repulsión, Julius? No me digas que todavía estás enojado porque me viste desnuda en los brazos de Rhett. Sé un hombre, no un hipócrita. ¡Tú también me has despreciado más veces de las que puedo contar!

La tensión a nuestro alrededor alcanzó niveles críticos.

Fiona miró a Rhett—. ¿De qué está hablando?

Lydia estalló en carcajadas, con los brazos extendidos—. ¡Oh, he esperado este día durante tanto tiempo! ¡Pensar que todos acaban de beber vino envenenado, sin tener idea de que su vida se está acabando por segundos! Mi querido esposo cometió el error de subestimarme, usándome como un peón... y finalmente pagará por ello.

Se volvió hacia Fiona—. Espero que hayas disfrutado de tu poder mientras lo tuviste. Ahora es mío. Gregor fue el único lo suficientemente inteligente como para ponerse de mi lado. ¡Tendré todo de lo que te jactabas, junto con las empresas, la riqueza y el poder! Y tú, Rhett... Es una lástima que también tuviera que envenenarte. Habrías sido parte de esto, si tan solo hubieras cooperado...

La sangre goteó de su nariz.

—¿Qué es esto? —Lo tocó y miró su mano. Sus ojos se abrieron de par en par, y me miró directamente—. Q-qué...

La sangre brotaba de ambas fosas nasales, sus oídos y su boca. La comprensión se apoderó de ella, y un horror absoluto llenó sus ojos. Gritó, abalanzándose sobre mí desde el otro lado de la mesa. Las copas de vino se volcaron, empapándola con el veneno.

Gregor comenzó a reírse entre dientes. La risa se extendió a Julius y Fiona. Pronto, Julius se agarraba el estómago, riendo tan fuerte como si estuviera en un espectáculo de comedia. Fiona se secaba los ojos con la servilleta de Rhett como si acabara de presenciar lo más hilarante del mundo. Era diabólico que encontraran algo de esto remotamente gracioso.

—Te di un antídoto falso, Lydia —croé.

—Y caíste en la trampa tan fácilmente —Gregor sonrió con suficiencia—. Creíste que tenías un plan, pero todo esto fue obra de Fiona. Siempre estuve de su lado. Pero cuando te acercaste a mí, supe que tenía que engañarte para darte una falsa sensación de seguridad y confianza. Has sido superada por mucho, querida Lydia.

Ella tropezó contra la mesa, sus ojos atormentados fijos en mí. —¿M-me tendiste una trampa? Después de todo...

Fiona sonrió. —Incluso en tu próxima vida, nunca te atreverías a ir tras lo que es mío. Te mataré mil veces hasta que no quede nada de tu alma. Nunca estuviste a la altura, Lydia. Siempre serás derrotada, superada y burlada.

—No... no... —Lydia estaba sudando, con más sangre brotando de su boca. Trató de alcanzar a Rhett—. ¡Ayúdame, perdóname por favor! ¡He apr-aprendido mi... lección!

—Te dije que serías destruida si no te mantenías alejada —él estaba completamente indiferente.

Ella me miró de nuevo, jadeando, con los ojos completamente inyectados en sangre. —¡El antídoto! ¡Por favor! ¡Dámelo, zorra!

Me atacó, maldiciendo y suplicando a la vez. El alboroto alertó al resto del salón, y la música se detuvo. La gente comenzó a gritar al ver su sangrado. Lydia se desplomó, vomitando y entrando en convulsiones a mis pies.

—¡Llaman a la ambulancia, ahora! —gritó Julius, solo para aparentar—. ¡Mi pobre esposa!

Fiona, Rhett y Gregor la observaron convulsionar sin ninguna emoción en sus rostros. Me había vuelto exactamente como ellos, fría y despiadada. Lydia dio una buena pelea, durando lo suficiente para que los paramédicos llegaran justo antes de que exhalara su último aliento.

Sus ojos permanecieron fijos en los míos mientras la luz se desvanecía de ellos. Una lágrima rodó por mi mejilla congelada. Eso era lo único que podía darle.

Capítulo Veinticuatro

Rhett

—Nos hemos reunido para dar el último adiós a la Luna de la Manada Redwood —la voz de la sacerdotisa resonó—. Lydia FangThorne será recordada. Que ascienda a los cielos y regrese a nuestra madre, la Diosa Luna.

El funeral de Lydia era tan elaborado que resultaba casi impactante.

Toda la manada se presentó, junto con varios dignatarios licanos. Como gobernantes del Territorio Licano, Fiona y yo estábamos obligados a asistir. El ambiente parecía sombrío en la superficie, pero como en la mayoría de los funerales, nadie lamentaba realmente su pérdida. Especialmente los FangThorne.

—Ahora que tu difunta esposa está enterrada, es hora de buscar un reemplazo para su posición como Luna —le dijo Darius a Julius—. Y sabes exactamente quién debería ser.

—¿Quién?

—Nalia Ashryver, por supuesto.

Todo mi cuerpo se tensó. Mi mirada se posó en Darius, pero el anciano asentía como si acabara de decir algo profundo. Julius se volvió hacia su padre con expresión de asombro.

—¿Nalia? ¿Estás bromeando, padre? ¿Has olvidado su posición en la manada? Es indigna de convertirse en Luna. Los miembros de la manada nunca lo aceptarían.

La voz de Darius se suavizó.

—Tú eres el Alfa. La manada no tiene más opción que aceptar cualquier decisión que tomes. Además, Nalia ya te ha dado un hijo. Lydia, esa horrible mujer, se negó a darte un heredero. Casarte con Nalia la traería de vuelta a ella y al niño bajo nuestra custodia, y eso lo cambia todo.

Interrumpí su conversación.

—No la van a recuperar.

Ambos intercambiaron miradas. Julius, que no parecía gustarle la idea de su padre, cambió repentinamente de emoción. Ahora sonreía, extendiendo ambos brazos.

—Mi hijo necesita un hogar estable donde vivir. No importa lo que Nalia quiera. Si deseo forzarla a casarse, lo haré sin remordimientos, Su Majestad. Sería una mancha en mi honor casarme con semejante mujer, pero al menos le estaría proporcionando una posición respetable cuando todo lo que obtuvo de usted fue rechazo y esclavitud.

Apreté los puños.

Me enfurecía oírlo hablar así de ella. El solo imaginar a Nalia casándose con Julius... ¡maldición! Me mataba. Ella y Randal estarían en grave peligro debido a su incesante abuso. Con las leyes matrimoniales protegiéndolo, podría salirse con la suya en cualquier cosa.

La posición de Luna era solo una farsa. Julius no le dio a Lydia ningún poder real, manteniéndola como una figura decorativa y un peón, y la dejó morir cuando comenzó a desviarse. Solo haría algo peor con Nalia.

—Rhett, querido —Fiona regresó de socializar—, vamos a colocar algunas flores en la tumba de Lydia. Escuché que sus favoritas eran las rosas negras.

Fiona no pudo ocultar el desdén en su sonrisa. Si no tuviera una reputación que mantener, estaba seguro de que habría escupido en la tumba para rematar.

—Puedes ir con Julius. Estoy seguro de que ni siquiera ha mirado la tumba de su esposa todavía.

Un silencio atónito siguió a mis palabras mientras me alejaba de la multitud.

Momentos después, me topé con Nalia en el bosque fuera del cementerio. Estaba sollozando en sus palmas, acurrucada en una pequeña bola contra un árbol.

Una feroz necesidad me envolvió, y en segundos estaba frente a ella, tomándola en mis brazos.

—¿Qué haces aquí sola? Es peligroso —la reprendí.

Intentó secarse las lágrimas, escondiendo su rostro entre las ondas de su cabello. Manchas de sus lágrimas teñían su sencillo vestido negro.

Débilmente comenzó a apartarme.

—No —gruñí, agarrando su barbilla para obligarla a mirarme.

La culpa en esos ojos azules me golpeó con fuerza.

De inmediato, el arrepentimiento me inundó. Era un imbécil, tan enojado con ella que había olvidado que Nalia era un alma pura.

A pesar de todo, era la única que aún conservaba algo de compasión.

—Yo la maté —murmuró.

—Fiona la mató —agarré sus hombros, esperando hacerla entrar en razón—. No cargues con el peso de los pecados de otros porque te destruirá. Solo hiciste lo que tenías que hacer.

Ella gimió.

—¡Es mi culpa!

Y se deshizo en más lágrimas.

Suspiré, frotando mi pulgar sobre sus dulces mejillas húmedas.

—Lydia no merece tus lágrimas, de todos modos. Te estaba utilizando. ¿Fue ella la única razón por la que viniste a mí esa noche, pidiéndome que te alejara de Julius?

Nalia sorbió.

—¿Qué?

—¿Te acostaste conmigo porque no tenías otra opción o porque lo deseabas, como yo? —Mi voz se volvió ronca. Nuestras miradas se encontraron—. ¿Te quedarías conmigo, ahora que Lydia está muerta? ¿O preferirías seguir siendo el saco de boxeo de Julius, antes que estar conmigo? Después de todo, eres muy apasionada en cuanto a lo mucho que me detestas, Nalia.

Coloqué su mano sobre mi pecho donde me había apuñalado.

Sus mejillas se sonrojaron. Era tan hermoso. Quería besarla.

—No quiero quedarme con esta gente —intentó retirar su mano—. Y deberías dejar de coquetear conmigo, Rhett. Sé que todo es un juego para ti. Estoy lo suficientemente herida. Estoy cansada

de luchar. Pero lo haré, aunque tenga que pelear contigo después.

Sonaba tan exhausta. Nunca podría contarle los repugnantes planes que Darius tenía para ella. Jamás se casaría con Julius.

—Por supuesto. Somos enemigos, Nalia —toqué suavemente su labio inferior, sintiendo cómo se aceleraba su respiración—. Pero luchamos un tipo diferente de batalla...

Me incliné y la besé suavemente. Era algo nuevo, no salvaje ni desesperado. Mis labios se fundieron con los suyos, persuadiéndola a abrirse, a rendirme el acceso. Lo hizo, derritiéndose contra mi cuerpo, y la sostuve, su cuerpo presionado contra el mío. Diosa, era tan dulce, suave y vacilante.

Su sabor era ligeramente salado por todo el llanto, pero lo tomé todo.

Nunca había besado a nadie así. Suave. Reconfortante. Quería que ella sintiera, incluso sin palabras, que estaba a salvo conmigo. Aunque no lo estuviera. Incluso como enemigos, como rivales, con todas las discusiones y el enojo. Volveríamos a pelear mañana, pero hoy, ahora mismo... quería hacer el amor a su dulce boquita.

—El principal sospechoso es Darius FangThorne. Simplemente no hay evidencia que lo condene.

La risa del detective Justin resonó a través del teléfono.

—Las grabaciones solo prueban la inocencia de los Ashryver. ¿No debería ser suficiente para usted, señor Voltaire? Mientras sepa que alguien del lado de los lobos estuvo involucrado en el juego sucio, ¡debería castigarlos a todos!

—No funciona así —espeté—. Y deje de reírse. Esto no tiene nada de gracioso. El verdadero asesino de mi hermano sigue siendo desconocido. Quiero evidencia clara o una confesión de los verdaderos asesinos.

—¿Es por esto que ha comprado a todos los funcionarios corruptos, políticos y aliados para atacar a la Compañía FangThorne de la nada? Es un caos en las noticias ahora mismo. Están surgiendo diferentes demandas en todos los rincones del drama. ¿Está dispuesto a llegar tan lejos, señor Voltaire?

En la pantalla de mi portátil, observé los titulares de alerta roja que cubrían la avalancha de problemas que repentinamente surgían para la compañía.

—Llegaré hasta donde sea necesario. Una vez que se den cuenta de que están al borde de la aniquilación, tal vez alguien esté dispuesto a hablar. ¿Algún consejo para mí, detective?

—Ataque desde dentro, señor Voltaire —aclaró su garganta—. Ahora, ¿cómo va mi vacación con todos los gastos pagados? Me la merezco a cambio de tener esta llamada con usted.

Resoplé.

—Fred se encargará de eso.

Después de todo, el dinero no era un problema. Estaba lleno de odio, frío enfoque y despiadado. La venganza por mi familia no era mi única motivación. También necesitaba arrancar a Nalia de cualquier vínculo con ellos.

Ahora había una caída récord en los precios de las acciones, pérdida de contratos, numerosas renuncias y multas gubernamentales, cortesía de Gregor Stonebridge.

Fiona realmente había ganado al cabrón. Firmó un contrato conmigo, y sus conexiones se convirtieron en un arma útil.

—¡Señor Voltaire! —Fred irrumpió en la oficina—. Hay noticias de un gran escándalo en la compañía FangThorne. Es sobre Nalia. ¡Ha sido expuesta por desviar grandes cantidades de fondos de la compañía! ¡Está en muchos problemas!

Dejé caer el teléfono, mi sonrisa engreída desvaneciéndose.

—¿Qué? ¡Advertí explícitamente a mis fuentes que no la involucraran en sus ataques!

—No fuimos nosotros. La información parece creíble y ha alertado a las autoridades. A este ritmo, pueden culpar de todos los problemas de FangThorne a ella. Se convertirá en un cordero sacrificial para Julius, y él se recuperará como si nada hubiera pasado.

—No —golpeé mi puño contra el escritorio—. ¿Dónde está ella ahora mismo?

Desde nuestro beso en el funeral de Lydia, me había estado evitando. Había estado alternando entre el castillo y la compañía, y apenas la veía. Pero los guardias y las criadas me habían

informado que había estado durmiendo en su habitación todas las noches.

Fred respondió:

—No se la encuentra por ninguna parte, señor.

Regresé al ático agitado.

—¡Has vuelto! Finalmente, ¡necesitamos celebrar! —Fiona descorchó una botella de champán, de pie en medio de la sala de estar del ático—. Desde la muerte de Lydia hasta que la Compañía FangThorne casi quiebra, ¡eso es una gran cantidad de victorias, ¿no?

—¿Qué haces aquí? Deberías estar en el castillo —me aflojé la corbata, pasando junto a ella.

Ella agarró mi mano.

—¿Por qué estás tan malhumorado? ¿No deberías estar feliz, o incluso agradecido conmigo por ganar a Gregor para ti? Además —sus labios llegaron a mi oído—, escuché que Nalia está bajo fuego por corrupción. A este ritmo, será devorada viva por las autoridades. ¿Fue esto obra tuya? ¿Es hacer que caiga con los FangThorne tu venganza final...?

La miré fijamente.

—No fue obra mía. ¿Fue tuya?

Sin esperar su respuesta, dejé la sala de estar y marqué el número que Fred me consiguió. Era el número personal de Nalia. Ella contestó.

—¿Dónde estás, Nalia?

En el momento en que escuchó mi voz, su respiración se volvió menos estable.

—¿R-Rhett? Nunca... me habías llamado antes.

—Lo estoy haciendo ahora —cerré los ojos, tratando de imaginarla en este momento. Extrañaba verla en persona, verla de cerca de nuevo—. Dime dónde estás.

Cuando no respondió, pensé que había colgado. Pero la llamada seguía conectada. Podía

escuchar sus pequeñas respiraciones. Necesitaba decir algo más para consolarla, pero de repente el teléfono fue arrebatado de mi mano.

—¿Nalia? —exclamó Fiona—. ¿Qué demonios?

Arrojó el teléfono al suelo.

—¿Qué diablos te pasa, Rhett? ¿Eres así de descarado? Pensé que finalmente teníamos un entendimiento. Con todo lo que hemos logrado recientemente, ¡pensé que nuestro matrimonio estaba funcionando! He sido la esposa perfecta, todos los días te traje deliciosas comidas para asegurarme de que no murieras de hambre mientras trabajabas. Te ayudé a recuperar a los inversores que perdiste. ¿Hice todo esto para qué?

Me salpicó la cara con su copa de champán.

Gruñí, pero ella no había terminado.

—Es hora de que elijas entre ella y yo. ¿Quién crees que es más valiosa para ti ahora mismo? Porque no puedes tener a ambas. ¡Elige ahora, Rhett!

Simplemente me quité la camisa empapada y entré al baño.

—¡Rhett! —gritó, estrellando la copa contra la puerta—. ¡Maldito bastardo!

Siguió golpeando la puerta histéricamente, y yo suspiré. Era extraño cómo la Fiona "amorosa" había cambiado recientemente. Inicialmente sospechaba que la comida que me daba estaba llena de afrodisíacos, pero no ocurrió tal cosa. Supuse que estaba tratando de mejorar su imagen como esposa amorosa.

O estaba tratando de endulzarme para que le diera el heredero que quería.

Ahora, con ella gritando fuera de la puerta, sabía que tendría que hacer algo pronto con este matrimonio de farsa.

Nalia me evitó a mí y a la prensa durante los días siguientes. Ni siquiera atendía mis llamadas, y eso no podía tolerarlo. Así que tuve que deshacerme del escándalo solo para volver a verla.

—Esto es un gran riesgo, señor. Podría haber dejado esta tarea a uno de los hombres. Si lo atrapan...

—Soy muy consciente de las consecuencias, Fred —me puse los guantes negros—. Solo yo puedo autenticar el malware. Una vez que se infiltre en el sistema de FangThorne, se plantará una gran cantidad de evidencia fabricada que se expondrá mañana. De ese modo, el escándalo de Nalia parecerá insignificante en comparación.

—Esto probablemente condenará tanto a Julius como a la empresa. Incluso si intentan probar su inocencia, la serie de investigaciones destruirá su credibilidad y todos abandonarán la compañía. Es un buen plan, señor Voltaire.

—Tengo que agradecer al detective Justin. Él me dijo que atacara desde dentro —entré en el edificio en penumbras—. Quédese aquí fuera y asegúrese de que los sistemas de seguridad sigan desactivados.

No tardé mucho en encontrar la sala de sistemas, pero había alguien allí.

—Mierda —siseé—. Se suponía que este edificio estaría vacío...

Vislumbré un relicario brillante en la habitación en penumbra. Espera, ¿qué?

La figura femenina estaba inclinada sobre un ordenador. Por sus movimientos rápidos, tenía prisa. Lentamente, entré en la habitación, inmediatamente envuelto por el dulce aroma que solo podía pertenecer a mi Omega favorita.

—Nalia.

Ella jadeó, girándose con un cuchillo apuntando hacia mí. Sus ojos se abrieron de par en par al verme, su pecho agitándose en pánico. Sus labios se volvieron tan pálidos que pensé que se desmayaría por la impresión.

—¿Qué estás haciendo aquí a esta hora? —me acerqué con paso tranquilo—. ¿Por qué andas a oscuras?

Llevaba guantes gruesos como yo, lo que significaba que estaba tratando de ocultar sus huellas dactilares para que nadie supiera que había estado aquí. Pero, ¿por qué? Ella era literalmente la directora ejecutiva de la empresa. En la pantalla del ordenador detrás de ella, había un contrato secreto entre Julius y un hombre rico actualmente en prisión por tráfico de personas. Estaba en

proceso de compartir el contrato en sitios públicos.

—¡No! —intentó cubrir la pantalla.

La retuve, frunciendo el ceño.

—No deberías estar compartiendo algo así. Destrozaría por completo tu empresa... —me di cuenta de lo que estaba haciendo—. ¿Es eso lo que quieres?

—¡No te metas en mis asuntos!

No podía creerlo.

—Nalia, ¿has sido tú todo el tiempo, sabotando la empresa FangThorne? —la obligué a mirarme—. Tú revelaste tu propio escándalo, ¿verdad? ¿Estás loca?

—No lo estoy haciendo por ti —me empujó hacia atrás—. Derribar a Julius es mi carga. ¡No me importa si te beneficias de ello!

—No —reflexioné en voz baja—, pero me has estado ayudando de todos modos. Derribándote a ti misma, junto con la empresa... no, no a ti misma. Solo la imagen fabricada de la señorita FangThorne desaparecerá para siempre. Nalia Ashryver permanecerá, más fuerte que nunca, de pie sobre los escombros que queden.

Mi corazón se hinchó de orgullo, asombro y admiración. La había subestimado. Joder, había sido horrible, frío y completamente arrogante, desestimando de lo que era capaz. El alcance de su determinación y resistencia... era completamente admirable.

La culpa y el arrepentimiento pulsaron a través de mí. Ni siquiera merecía estar cerca de una mujer así.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí siquiera? —susurró con dureza.

Mi voz se volvió áspera.

—Estaba tratando de salvarte.

Sus ojos se suavizaron.

Algo eléctrico chispeó entre nosotros, pero fue interrumpido por el timbre de su teléfono. Ella

rompió el contacto visual para mirar la pantalla, solo para que un grito aterrorizado se le escapara.

—¿Qué sucede...? —miré el teléfono, y era una foto de Darius.

Su rostro sonriente llenaba la selfie, mostrando a Dana y Randal en el fondo. Estaban con los ojos vendados y atados con cuerdas.

Capítulo Veinticinco

Rhett

Darius iba a morir.

Lo supe en el momento en que vi la foto. Hacía mucho tiempo que no sentía tanta ira. Vi al niño pequeño atado con cuerdas. La venda cubría su rostro aterrorizado. Ofrecía un fuerte contraste con la amplia sonrisa de Darius. Era tan pequeño, tan joven, tan indefenso.

—No... —La mano de Nalia temblaba. Las lágrimas caían sobre la pantalla—. ¡No! ¡Mi bebé no, no!

Gritó, dejando caer su teléfono al suelo. Se agarró el pelo, jadeando pesadamente. Vi que se estaba desmoronando y la sujeté antes de que pudiera perder la cordura. Luchó contra mí, liberándose de mis brazos para agarrar el ordenador. Inmediatamente detuvo la publicación automática, deshaciendo todo lo que había hecho con movimientos frenéticos.

—Nalia...

—¡Va a matar a mi hijo! —gritó, casi como si acabara de darse cuenta. Sus ojos estaban enrojecidos, llenos de algo tan feroz que me hizo retroceder—. No puedo hacer nada que lo enfurezca... ¿qué he hecho?

Cayó hacia el suelo, sujetándose la cabeza en pánico. Sus párpados se cerraron y la atrapé de nuevo, con el ceño fruncido. Mantuve mi propia rabia sellada herméticamente dentro de mí porque sabía que tenía que ser su fuerza. Temblaba como una hoja por el miedo y la ira, sabiendo que había perdido.

No mientras me tenga a mí.

—Lo recuperaré para ti —dije con firmeza—. Darius no le hará daño ni a él ni a Dana...

—¡No! —Se sobresaltó—. ¡No interfieras! ¡Lo empeorarás todo! ¡No sabes nada!

Ignorando sus protestas, marqué a Fred y le di órdenes rápidas. Luego le devolví su teléfono.

—Llama a Darius.

Me miró fijamente, paralizada.

Le sacudí suavemente el hombro.

—Déjame manejar esto, Nalia. Por favor. Llámalo ahora. Pídele que se reúna contigo. Mientras lo haces, rastrearé la llamada para confirmar la dirección.

Lentamente tomó el teléfono e hizo lo que le dije. Las lágrimas no dejaban de caer por sus mejillas, pero su temblor se detuvo, y sentí tanto dolor por ella. No podía imaginar la angustia que estaba sufriendo en ese momento, viendo a su hijo caer de nuevo en manos de las personas de las que lo había estado manteniendo alejado.

Todo era mi maldita culpa. ¡Debería haberme concentrado en encontrar a Randal en lugar de ir a toda una venganza contra la maldita empresa FangThorne! Todo había sido en vano.

—¿Te gustó mi sorpresa? —La voz de Darius resonó en la habitación.

—No lastimes a mi hijo. ¡Ni se te ocurra ponerle un dedo encima! ¡Randal! Randal, ¿puedes oírme? ¡Soy mamá!

El anciano se rio con ganas.

—Diste una buena pelea, Nalia. Tú y Dana Reed aquí. La Cambiante realmente me dio problemas para obtener al niño.

—¡No le hagas daño! Solo estaba haciendo lo que le pedí. —La voz de Nalia se quebró—. ¿Qué quieres? ¿Quieres que vuelva? Lo haré, solo dime dónde estás... por favor, solo... no les hagas daño, Darius, te lo suplico.

Mi corazón se rompió aún más. Iba a pagar por hacerla suplicar.

Apreté la mandíbula y miré el software de rastreo en mi teléfono. Su ubicación estaba confirmada. Era la misma dirección que le había dado a ella. Una fábrica de FangThorne en algún lugar entre Sterling City y la Manada Redwood.

—Ven sola —advirtió—. Intenta cualquier juego y él muere. No creo que quieras arriesgar la vida de tu hijo.

La llamada terminó.

Sostuve su rostro lleno de lágrimas.

—Voy a matarlo por ti. Desaparecerá de la faz de la tierra para siempre, te lo prometo.

Sus ojos se llenaron de gratitud, tristeza y, finalmente, arrepentimiento. Fruncí el ceño cuando apartó mis manos.

—No. Tengo que hacer esto sola. No puedo arriesgarme...

—No te dejaré...

—¡Lo haré! —gritó—. ¿No escuchaste lo que dijo? Olvida que esta noche sucedió, Rhett Voltaire. Este es un asunto familiar, ¡tú no estás involucrado!

Salió furiosa.

Mis hombres rodearon la fábrica, infiltrándose silenciosamente.

Entré con una mirada fulminante.

Nalia era demasiado ingenua. Debería haber sabido que nunca me quedaría atrás y la vería caminar hacia una trampa. Mis hombres ya estaban en camino antes de que ella siquiera saliera de la empresa, vigilándola como fantasmas mientras conducía hasta aquí por su cuenta.

Me mantuve a corta distancia para evitar que se asustara.

O tal vez ella sabía que vendría de todos modos. Había aprendido a no subestimar su inteligencia, incluso cuando estaba en gran angustia.

—Está armado, señor. No puede aparecer cuando él puede disparar fácilmente a alguien —la voz de Fred siseó a través de los auriculares en mi oído—. Manténgase fuera de la vista hasta que haya una oportunidad. Si tarda demasiado, deme una señal. Crearemos una.

Me coloqué detrás de la pared contigua a la habitación donde Darius retenía al niño. Había enmascarado mi olor para que el anciano no pudiera sentirme.

—¡Randal! ¡Déjame hablar con mi niño!

—¡Mamá! —lloró él.

—¡Silencio! —Darius amartilló su arma—. ¿Viniste sola, Nalia? Responde antes de que le vuele los sesos.

—¡Vine sola! —chilló ella—. Quita tu arma de su cabeza. ¡Lo estás asustando! Randal, ¡lo siento mucho!

Dana jadeó.

—Yo también lo siento, Nalia. No sé cómo nos encontré, hice todo... ¡ah!

El resto de sus palabras se convirtieron en un grito de dolor. Sus gritos hicieron que los llantos de Randal se hicieran más fuertes, pero se cortaron cuando de repente se desplomó hacia adelante.

—¡Randal! ¡No, se ha desmayado! Darius, detén esto, ¡mi niño necesita ayuda!

Sentí que mi propio instinto de protección se elevaba, pero me mantuve clavado en el sitio, maldiciendo internamente. Tal vez era mejor que el pobre niño no presenciara más de esta locura.

—No seas dramática. Solo es un pequeño desmayo. ¡Deberías estar más preocupada por que le disparen! De hecho, por hacerme pasar por todos estos problemas, te castigaré, Nalia. Pero primero, para mantener a tu hijo con vida, tienes que casarte con Julius —continuó Darius—. Ha estado ocupado con los problemas que causaste en la empresa. Sí, estamos al tanto de eso. ¡Pero estará aquí pronto, así que será mejor que des tu respuesta rápido!

—¿C-casarme con Julius? —susurró Nalia.

—¿Tu amante no te lo dijo? —se burló—. Después de abrir las piernas para él como una puta, ¿aún te oculta cosas?

Ya había tenido suficiente.

—Fred —gruñí.

La ventana explotó y un hombre cayó en medio del alboroto. Irrumpí al mismo tiempo, pero

Darius estaba preparado. Se movió fuera de alcance, usando a Randal como escudo y disparando a Dana. Ella cayó entre los escombros, sangrando. Nalia estaba paralizada y gritando, y yo la protegí, apuntando mi arma hacia Darius.

—¡Mataré al chico! —gritó Darius, sosteniendo a Randal inconsciente—. ¡Nadie se mueva!

—¡Retrocede! —le grité al guerrero que había irrumpido—. Si abres fuego, lastimarás al niño. Darius, suéltalo. El pequeño no tiene nada que ver con esto.

El anciano dejó escapar una risa baja y cruel.

—Oh, pero esto tiene todo que ver con él. Siempre has tenido el hábito de no ver lo que está justo frente a ti, Rhett. Para ser un rey, eres bastante tonto. Tengo al heredero Lycan bajo el cañón de mi arma...

—¡Darius, no! —interrumpió Nalia—. No lo hagas...

Bajé mi arma unos centímetros.

—¿De qué mierda estás hablando?

—Qué interesante —Darius miró entre mi rostro confundido y el suplicante de Nalia—. Todo este tiempo, ella te ha alimentado con mentiras sobre que Randal era el hijo de Julius. Pero no, Su Majestad —se rió—. Es tuyo.

La habitación se inclinó, mi corazón golpeando contra mis costillas.

—¿Qué?

—Nunca te había visto tan sorprendido, Rhett. ¿Quieres decir que realmente no lo sabías? ¿Ni siquiera una ligera sospecha? Vamos, estabas bombeando tu semilla en su vientre cada noche durante meses. ¿Qué mierda esperabas? Incluso tu esposa lo sabía. Por eso intentó matarla, pero falló. Y Nalia se arrastró a mis brazos ya llevando tu engendro.

Mis rodillas casi cedieron. Mi pulso rugía en mis oídos, junto con una sensación de hundimiento que crecía más y más hasta que la presión aplastaba mi pecho desde dentro.

En el fondo, algo en mí lo sabía.

Pero no tenía sentido. Era más fácil creer que pertenecía a alguien más, a mi enemigo mortal, Julius. De repente, se me escapó una risa amarga y miré a Nalia. Estaba asustada, alejándose de mí con lágrimas de disculpa en los ojos. Su traición dolía aún más que una hoja de plata. ¿Cómo pudo hacerme esto?

¿Cómo pudo dejarme creer que ese niño era cualquier cosa menos mío? ¿Planeaba ocultármelo para siempre?

—Bueno, ¿cuál es tu respuesta, Nalia? —gritó Darius, disparando al aire.

Nalia se estremeció, rindiéndose al instante.

—Lo haré. Me casaré con Julius, por favor, solo deja a mi hijo en paz —me miró, derrotada—. Solo deja que Randal se vaya con su padre.

Su padre.

Eso es lo que yo era.

Ese hecho por sí solo fue suficiente para que dejara de lado mi dolor y emociones, para centrarme en la situación actual.

—Eso no va a suceder. Ambos son propiedad de FangThorne ahora —gruñó—. Y cualquier otro que haya escuchado las palabras dichas dentro de estas paredes morirá —me miró—. Julius está en camino con un ejército de hombres, que es mucho más grande que los pocos guerreros que trajiste aquí. Hoy vas a morir, Su Majestad... ¡ugh!

Dana le golpeó la cabeza con un ladrillo grande por detrás.

Me moví en una fracción de segundo, sonaron varios disparos y la sangre brotó de mi espalda. Los guerreros irrumpieron en la habitación. Alguien gritaba, pero no me detuve. Derribé a Darius al suelo, soltando una ráfaga de puñetazos en su cara. La sangre salpicaba por todas partes, mi cara, mis brazos, hasta que Darius me arañó con sus garras.

—¡Haz lo peor, Rhett Voltaire! ¡Mi hijo me vengará, y no fallará como tú fallaste en vengar el asesinato de tus padres! —escupió sangre, riendo maniáticamente.

Agarré su cuello.

—Fuiste tú, ¿no es así? Los Ashryver eran inocentes. Fabricaste toda la historia para ocultar quién realmente asesinó a mis padres, ¿verdad? ¡Dime la maldita verdad!

—¡Sí! —Sus ojos estaban enloquecidos, abiertos de par en par—. Siempre he querido el trono. Tus malditos padres acaparaban toda la riqueza y el poder para sí mismos, ¡así que envenené sus bebidas con mis propias manos! También odiaba a los Ashryver. ¿Por qué no culparlos de todo?

Echó la cabeza hacia atrás y se rió.

—Encontraste las imágenes, ¿no? Demasiado tarde. Fueron linchados y ejecutados de las peores maneras posibles. Incluso su pequeña hija bebé fue marcada con hierro caliente en la espalda, marcándola como traidora para siempre —miró a Nalia—. Es una lástima que hayas tenido que sufrir todo eso, ya que esos ni siquiera eran tus verdaderos padres...

Capítulo Veintiséis

Nalia

En un momento, Darius estaba riendo; al siguiente, estaba muerto.

—¡Rhett! —supliqué, y él me miró.

No parecía reconocerme. Sus ojos estaban muertos, negros, y se había transformado en algo que nunca antes había visto. Darius lo había enviado a un estado completamente aterrador. Su mente se había hecho añicos, su furia era ilimitada.

Hace apenas un instante, había visto la forma feroz en que destrozó al anciano. Cada golpe era primitivo, instintivo... animal. Era la parte de Rhett Voltaire de la que solo había oído hablar, pero nunca había presenciado hasta ahora.

Mis ojos desorbitados volvieron a Darius. Su cuello estaba abierto, y el arma yacía en el charco de sangre a su lado.

Estaba temblando, mis oídos aún zumbaban. Demasiadas cosas estaban sucediendo a la vez, y era desorientador. Sin embargo, los ecos de las últimas palabras de Darius llenaban mis oídos, atormentándome.

Los Ashryver no eran mis verdaderos padres.

—Despierta... —susurré, temblorosamente. Comencé a gritar—. ¡¿Qué demonios acabas de decir, Darius?! ¡Despierta y dime que estás mintiendo!

Estaba acunando a mi niño inconsciente contra mi pecho, preocupada a muerte porque no despertaba. Cuando me volví, Rhett se había ido.

—¿Rhett? ¿Adónde se fue?

Los hombres se detuvieron en su frenesí y miraron alrededor frenéticamente. Tres hombres irrumpieron de repente en la habitación destrozada, sangrando y maltrechos.

—¡El jefe acaba de salir furioso! Está... se ha vuelto loco. ¡Nos atacó cuando intentamos revisar

sus heridas de bala! ¡Eran balas de plata!

—¡Señora! —Fred estaba a mi lado—. Llévenlos a los coches. ¡Creo que está en shock! Encontraremos al señor Voltaire, no se preocupe, y nos ocuparemos de Randal...

Estaba alejando a mi hijo de mí. Mi loba se irguió, y gruñí ferozmente. Fred tropezó hacia atrás. En ese momento, todos eran una amenaza. Mi hijo había escapado por poco de la muerte, su padre nos había abandonado, y todo era mi culpa. Lágrimas de ira llenaron mis ojos porque no podía soportar la mirada que Rhett me había dado cuando Darius reveló la verdad.

Se había sentido traicionado. Ahora se había ido sin siquiera reconocer a su hijo, ¡herido por múltiples balas de plata y desangrándose! Me desplomé, pero Fred me atrapó. Luché por alejarme de él, pero me sujetó con firmeza, tranquilizándome suavemente.

—Está a salvo ahora, señora. Todo estará bien.

Estaba equivocado. Nada estaba bien.

Los sanadores del castillo se habían hecho cargo, llevando a Randal a un lugar seguro, y Dana estaba en cirugía por la bala incrustada en su hombro. Pero yo estaba inquieta, buscando a Rhett.

El aroma de Rhett, fuertemente impregnado con el hedor de la sangre de Darius, me condujo profundamente a los jardines reales.

—¡Inicien el ritual de fertilidad! —La voz estridente de Fiona me sobresaltó.

Corrí hacia el resplandor siniestro de un centenar de velas encendidas. La fuente brillaba bajo el resplandor de la luna llena, pero fueron las docenas de sacerdotisas de pie a su alrededor lo que llamó mi atención. Estaban tarareando mientras que a unos metros de distancia, Fiona se movía al ritmo de sus cánticos.

Estaba desnuda, caminando sobre un lecho de hojas de enebro. La salvia ardiente creaba una cortina de humo a su alrededor hasta que estuve lo suficientemente cerca para ver a Rhett debajo de ella. Jadeé horrorizada mientras ella le arrancaba la camisa ensangrentada mientras él yacía inmóvil. La estaba mirando, pero era la misma mirada muerta y vacía de antes, dejándola hacer lo que quisiera con él.

—¡Rhett! —irrumpí hacia adelante.

Fiona se volvió, sus ojos verdes se ensancharon con ira.

—¿Qué demonios hace ella aquí? ¡Estás arruinando el ritual!

—¡¿Qué le estás haciendo?! ¡Detén esto ahora mismo! —grité, derribando todo lo que pude encontrar—. Rhett... Rhett, soy yo, ¡soy Nalia!

—¡Agárrenla, ahora!

Las sacerdotisas se abalanzaron sobre mí, cada una de ellas con fuerza de Lycan, y solo pude gritar, extendiendo mis manos en el aire hacia él. La angustia burbujeaba en mí como veneno. Sentí una protección y una rabia descarnadas. No estaba en su sano juicio. No sabía qué había pasado en su altercado con Darius... no estaba segura si el gran trauma asociado con el asesinato de sus padres finalmente lo había roto... ¡no sabía qué había desencadenado todo esto!

—¡Sus hombres te van a encontrar, Fiona! Esto es una grave ofensa. ¿Cómo te atreves a aprovecharte de una persona así? —Luché sin cesar—. Rhett, ¡por favor, detén esto! Escúchame, Rhett...

Fiona se rió y pasó su lengua por su cuello.

—¿Te gustaría mirar, Nalia?

Rugí y me aparté de las sacerdotisas, lanzándome directamente hacia la salvia ardiente. La sangre goteaba de los cortes que habían dejado en mi piel, pero no sentía nada. Mi loba me dio su fuerza, pero apenas brillaba debido a mi naturaleza Omega. Estaba furiosa, pasando mis garras directamente por su cara. Ella gritó y cayó de Rhett.

Aproveché la oportunidad para agarrar su rostro, llorando y suplicándole que volviera en sí.

Era como una marioneta completa. ¿Cómo pasó de ser feroz y fuerte a esto en una noche?

—¡Perra entrometida! —Fiona golpeó mi cabeza por detrás—. ¡Guardias! ¡Agárrenla!

Me desplomé, solo para ser arrastrada por dos guerreros. Eran sus guardias personales que hacían su trabajo sucio, completamente impasibles ante la desnudez de su reina loca. Mis ojos se posaron en Rhett hasta que ella me obligó a mirarla.

Los cortes en su rostro se habían curado, sin dejar nada más que perfección. Brillaba a la luz de la luna. Su largo cabello rubio como el de la Diosa de arriba. Pero era un demonio. ¡Maldad más allá de la comprensión!

—Es una lástima que siempre te hayas interpuesto entre mi esposo y yo. Hacíamos un gran equipo cuando tratábamos con Lydia, pero debes haber olvidado que no soy alguien con quien se deba jugar. Además, la próxima amenaza a mi corona eres tú. Siempre estuviste destinada a morir.

—¡Rhett! —Lo miré desesperadamente—. ¡Por favor, reacciona!

—¡Él no reconoce a nadie más que a mí! —gritó ella—. Lo he estado drogando durante semanas, poco a poco. No tenía idea. No esperaba que los efectos se manifestaran tan repentina y fuertemente, pero todo es para mi beneficio. Haré buen amor con él, concebiré un heredero a través del ritual, ¡y solidificaré mi posición como la verdadera gobernante del territorio Lycan y más allá! Él no será nada más que mi rey títere.

Sacudí la cabeza, horrorizada. Mi corazón latía con fuerza.

—¡Nunca te saldrás con la tuya! ¡Y él sí me escucha, sé que puede!

—Llevala al estanque del bosque —ordenó Fiona— y ahogadla.

Volvió a sentarse a horcajadas sobre Rhett y comenzó a besarlo.

La comprensión de que iba a morir finalmente se hundió en mí. Las palpitaciones me consumían, el sudor frío cubría mi piel y el pavor debilitaba mis rodillas, pero me negaba a caer tan fácilmente. Me negaba a renunciar a Rhett y dejarlo a merced de esta mujer malvada.

—Ya has perdido, Fiona —sonreí amargamente—. Aunque quedes embarazada a través de tus rituales y drogas, nunca le darás a Rhett su primer heredero. El niño en mi vientre que intentaste matar hace cinco años te ha robado esa posición.

Fiona se quedó inmóvil.

—¿Qué has dicho?

Los guerreros que me arrastraban se detuvieron, confundidos. Ella me miraba con total asombro.

—Sobreviví a tus flechas envenenadas. Mi hijo también —continué con dureza—. Di a luz al heredero del trono Lycan y lo mantuve a salvo durante años. Aunque me mates, él está protegido. Nunca ganarás.

Ella se quedó atónita.

Pero eso no duró mucho. Para mi sorpresa, comenzó a reír. Larga y fuertemente.

—Oh, querida Nalia —suspiró—. Entonces supongo que debo agradecerte por mantener a tu hijo vivo para mí. Si este ritual no funciona, lo reclamaré como mío. Te quedaste embarazada alrededor de la misma época que mi boda. Pero si yo quedo embarazada... tu hijo se reunirá contigo en el infierno. De cualquier manera, seré la madre del heredero Lycan. Y eso me haría inquebrantable como reina.

Mi corazón se hundió.

Los guerreros comenzaron a arrastrarme, pero me resistí, gritando por Rhett hasta que mi garganta se puso en carne viva. Él era el único que podía salvarnos a Randal y a mí.

No me importaba lo patética que me viera o sonara, necesitaba que me escuchara. ¡Necesitaba que me mirara! No podía perderlo, no, no, no ahora. Mientras el nudo se apretaba alrededor de mi cuello, mis emociones me golpearon con claridad.

Nada más importaba, el miedo, la negación, la vacilación de ser vulnerable y sincera sobre mis sentimientos... todo se desvaneció. No me quedaba nada que perder.

—¡Te amo, Rhett! —Las palabras salieron en un grito desgarrado—. ¡Te amo tanto que duele respirar, duele pensar, incluso vivir! Esto nunca debió suceder. Siempre fuimos enemigos, separados por el dolor y el sufrimiento, pero te he amado desde el principio, sin importar cuánto haya mentido, ¡y siempre lo haré! ¡Por favor, mírame!

Fiona estaba divertida.

—¡Y piensa en tu hijo, Randal! ¡Él también te ama, siempre ha querido conocerte toda su vida! —sollocé—. Por favor, Rhett... Lo siento por habértelo ocultado. ¡Estaba aterrorizada! Eres su padre, ¡y te necesita! Te necesito.

Capítulo Veintisiete

Rhett

Algo estaba terriblemente mal.

Mi cuerpo parecía estar atado por cadenas invisibles. Mis pensamientos se sentían confusos, y los sonidos llegaban a mis oídos, pero eran débiles y distantes. Luché, pero estaba fracasando... hasta que escuché su voz.

—¡Te amo, Rhett! ¡Por favor, mírame!

Incluso en las profundidades del infierno, podía reconocer la voz de Nalia. Los mismos cimientos de mi mente se estremecieron al darme cuenta de que ella estaba en peligro. Escuché la cruda desesperación, su angustia y su miedo. Algo pulsó en lo profundo de mi pecho, brasas de un vínculo que nunca se había roto por completo.

—¡Tu hijo te necesita! ¡Randal te necesita!

El nombre me atravesó como un rayo, arrancando la bruma que nublaba mi mente.

Randal. Mi hijo.

Comencé a arder con algo tan feroz que todo pensamiento racional huyó de mí. Mis puños se cerraron, mi corazón comenzó a latir contra mis costillas. Mi visión se enfocó de golpe, revelando la luna llena en el cielo nocturno. Sentí la sustancia extraña en mis venas, tratando arduamente de someterme de nuevo.

¿Quién se había atrevido a drogarme?

Una oleada de furia salvaje me invadió, y mostré los dientes en un gruñido tan feroz que alguien gritó sobre mí. Me incorporé de golpe, encontrándome cara a cara con una Fiona de ojos desorbitados.

—¿C-cómo es esto posible? —tartamudeó.

El grito de Nalia resonó por el bosque, y mi cuerpo se movió por instinto, apartando brutalmente

a Fiona de mí. Se oyó un golpe seco, y una docena de sacerdotisas me rodearon. Rugí, lanzándolas como si fueran de papel, y cargué tras el aroma de Nalia. En segundos, irrumpí en el claro alrededor del estanque del bosque, concentrándome en los guerreros que se agachaban al borde del agua.

No vi a Nalia.

Fue la locura, la desesperación y el miedo absoluto lo que me empujó a cruzar la distancia en meros segundos. Sus gritos fueron lo siguiente que escuché una vez que mis garras se hundieron en la espalda del primer guerrero, arrancándole el corazón palpitante.

El segundo guerrero observó horrorizado cómo lo aplastaba y lo metía de vuelta en la boca de su compañero.

—¡Por la Reina Fiona! —Estúpidamente, me atacó.

Atrapé su espada en el aire, la giré y le corté la garganta. Se desplomó, ahogándose y desangrándose más rápido de lo que podía sanar. Nalia estaba justo debajo de la superficie del agua, inmóvil. La saqué, frenético, comprobando su pulso. No había nada. Su rostro estaba sereno, los ojos cerrados para mí para siempre. No, no podía haberse ido. No así, no...

Por primera vez en mi vida, conocí el verdadero pánico.

—¡Nalia! —rugí, colocándola en el suelo para hacerle compresiones torácicas—. ¡Mierda, mierda, despierta! ¡Despierta, Nalia!

No respondía, su cuerpo sin vida. En esos angustiosos segundos en que estaba muerta para el mundo, le recé a la diosa de arriba. Luego la maldije, por permitir que esto sucediera. Y me maldije a mí mismo por no llegar a tiempo...

Tosió, escupiendo agua por la nariz y la boca.

Podría haber llorado.

La giré de lado, y su tos se convirtió en llanto. Temblaba tanto que la recogí en mis brazos, abrazándola fuertemente como si nunca la fuera a soltar. Cerré los ojos y respiré profundamente, tratando de calmar mi corazón desbocado porque me había asustado tanto.

—Oh Dios, Nalia —respiré, frotando su espalda con toda la suavidad que pude reunir—. Nunca

más te harán daño. Los maté a todos. Estás a salvo. Lo prometo, lo prometo, cariño.

—R-Rhett... —Sonaba tan rota. No podía imaginar lo horrorizada que debió estar cuando la sumergieron en el agua para morir.

Me enfurecía verla así.

La abracé fuerte, inhalando profundamente su aroma—. Estoy aquí. Estoy aquí ahora, Nalia. — Una vez que se calmó, no pude contenerme más—. Dilo otra vez —supliqué con voz ronca, sosteniendo su barbilla temblorosa—. Por favor, dímelo...

Me miró, tan hermosa y preciosa—. Viniste por mí. Cuando vi lo que ella te hizo, pensé que era el final, ¡pensé que te había perdido para siempre! —Sus dedos temblorosos acariciaron mi rostro—. ¡Pero me encontraste de nuevo!

—Nunca te dejaré ir —gruñí—. Daré mi vida para protegerte, una y otra y otra vez. Nalia, por favor, dime esas palabras...

—Te amo —sollozó.

Se sentía tan irreal escuchar esas palabras de ella, verlo en sus ojos, sin ocultar. Se sentía irreal verla vulnerable y sin vergüenza.

Mi corazón latía acelerado. Había una sensación de plenitud en mi pecho, una oleada de calidez y necesidad tan profunda que podría morir como un macho feliz. La fuerza de lo que sentía por esta mujer, lo que siempre había sentido, estaba más allá de la comprensión. Simplemente nunca me había permitido reconocer estos sentimientos.

Agarré su cabeza y estampé mis labios contra los suyos, consumiéndola en un beso desesperado, salvaje y desenfrenado, uno que decía todo lo que no tenía palabras para expresar, uno que le mostraba cuán ferozmente me poseía. Mis garras arañaron su ropa mojada, mi cuerpo se presionó contra el suyo.

De repente, jadeó, rompiendo el beso magullador para tocar suavemente mi abdomen ensangrentado—. Te dispararon... dos veces con balas de plata...

—No te preocupes por detalles tan insignificantes. Estoy bien —la tranquilicé rápidamente y tomé su boca de nuevo, con más hambre que antes.

Su cuerpo se derritió bajo el fuego de mi pasión. Movi6 sus labios con intensidad voraz, y yo gemí, temblando con el esfuerzo de no aplastar su delicado cuerpo con mi fervor.

—¡Una vez puta, siempre puta! —La nauseabunda voz de Julius resonó a nuestro alrededor.

Me di la vuelta, gruñendo en el momento en que lo vi.

Instintivamente, la protegí con mi cuerpo, irguiéndome en toda mi altura. Justo entonces, una explosión estalló desde el castillo, puntuada por gritos y alaridos. Los sonidos distantes de la lucha llegaron a mis oídos.

¿El castillo estaba bajo ataque?

—¡Randal! —Nalia jadeó, luchando por levantarse, pero la retuve. Con Julius cerca, no me arriesgaría a dejarla alejarse de mi lado.

—¿Todavía planeas traicionar a tu amante, Nalia? —se burló, sonriendo maníacamente—. ¿O todo fue una artimaña para llevar a cabo tus planes de arruinar mi empresa? Filtraste tu propio escándalo, creaste todo tipo de problemas que tuve que limpiar, ¡maldita perra!

Echaba espuma por la boca. Cortes surcaban su rostro, algunos ya curados, otros aún sangrando. Su ropa estaba hecha jirones, embarrada y ensangrentada. Debió haber pasado por el infierno para llegar aquí. Esta parte del castillo era en gran medida impenetrable para los forasteros.

—¿Me trajiste la guerra? —exigí—. Trajiste tu ejército al matadero y ni siquiera vivirás para lamentar lo que has hecho, Julius.

—¡Tú trajiste la guerra cuando mataste a mi padre! —rugió, con los ojos inyectados en sangre—. ¡Encontré su cuerpo decapitado entre los escombros de mi fábrica, sacrificado como un simple cerdo! ¡Tú hiciste eso, Rhett Voltaire! ¡Y lo pagarás caro!

Se abalanzó, cubriendo la distancia entre nosotros en un instante. Lo atrapé y desvié su golpe, lanzándolo hacia atrás unos metros. Nalia gritó detrás de mí y maldije.

—¿Qué pasa, Su Majestad? —se burló, con el rostro convertido en una máscara de puro odio—. ¿Dividido entre pelear y proteger a tu puta barata? ¡Tú y tu hermano se parecen más de lo que pensaba! ¡Todo lo que se necesita es una pequeña distracción femenina y una hoja de plata hace su trabajo!

—¡Tú me obligaste a hacerlo! —gritó Nalia—. Julius me chantajeó para que te apuñalara, Rhett. ¡Habría matado a Randal si no lo hacía!

—¡Y ni siquiera pudiste hacer bien tu trabajo! —se rio Julius—. ¡Mathias fue mucho más fácil de matar! ¿Oíste eso, Rhett? Yo maté a tu hermano. Orquesté su muerte, e incluso monté la ejecución del falso "asesino". Te he tomado por tonto más veces de las que puedes contar, y ahora te reunirás con tu familia en el infierno.

Me quedé paralizado, mirando a Julius con un calor creciente dentro de mis huesos, inundando mi cabeza y mi mente.

Julius había matado a mi hermano.

Todos estos años que pasé buscando al asesino de Mathias, lo tenía frente a mí todo el tiempo. Él y su padre habían asesinado a toda mi familia. Ni siquiera podía gritar, o vociferar o lamentar el dolor que me habían causado. No, solo podía devolverle el favor y enviarlo a reunirse con su padre—

—¡Este es tu fin, Rhett Voltaire! —Su gruñido gutural hizo vibrar el suelo bajo nosotros y comenzó a transformarse.

Sus labios se retrajeron aún más para revelar sus largos y afilados colmillos que goteaban sangre y saliva. Su cuerpo creció, contorsionándose en una semi-transformación que solo tomaba prestada la fuerza de su lobo, pero mantenía su forma erguida. Sus ojos brillaban con un amarillo feroz, y sus garras se flexionaron hasta sus muñecas. Su ropa se desgarró, revelando la forma grotesca de músculos ondulantes bajo un pelaje erizado.

Nalia agarró mi mano desde atrás.

—¡No peles con él!

—Debe estar loco para intentar pelear directamente contra un Lycan —reflexioné, acunando el rostro preocupado de Nalia mientras seguía vigilando a Julius—. No ganará. Es un suicidio—

—¡No seas tan confiado! —Apartó mi mano de un manotazo—. Has estado peleando toda la noche. Te han drogado y debilitado. Tienes heridas de bala sin sanar, y puede que él no esté planeando ganar la pelea. Podría tener un arma secreta para usar una vez que estés a su alcance. ¡Podría ser una trampa!

Mi corazón dio un vuelco ante su pequeño puchero. Incluso en esta situación, era la cosa más adorable.

—Dulce Nalia —Presioné un beso en su frente y volví a mirarla a los ojos—. No te preocupes por mí.

—Eres el padre de mi hijo. No puedo evitar preocuparme.

—Esa es exactamente la razón por la que ganaré, Nalia. Tengo mucho por qué luchar. Él no tiene nada más que ira. Quédate junto a este estanque. Traeré su cabeza a tus pies.

Me di la vuelta justo a tiempo para atrapar a Julius que se abalanzaba justo detrás de mí. Mi puño se estrelló contra su cara, aplastando cartílago y hueso. La fuerza lo envió volando hacia atrás, y rugió tan fuerte que los árboles se estremecieron. Dejé que la bestia dentro de mí se elevara, liberando el núcleo de mí mismo que normalmente mantenía bajo un estricto control.

Mis huesos crujieron y se remodelaron, los músculos se hincharon y expandieron, empujándome varios pies más alto de lo que ya estaba. El proceso de transformación Lycan era grotesco y doloroso, incluso en las noches de luna llena. Un rugido salió de mí, vibrando a través del bosque en ondas de choque. El calor ardía a través de mis venas hinchadas, el pelo oscuro colgaba sobre mi cara, y mis garras eran negras como el vidrio volcánico. Eran largas y afiladas como navajas.

Mis colmillos descendieron en curvas mortales, y mis sentidos se expandieron, escuchando los latidos atronadores del corazón de Nalia con precisión.

Lo que ella había presenciado antes era solo una fracción de lo que realmente era capaz de hacer. Estaba lejos de estar debilitado. La destrucción y el horror, la vileza y el salvajismo, eran una parte de mí que nunca quise que viera. Pero ella me amaba, con toda la fealdad que venía conmigo.

Él se abalanzó de nuevo, un borrón de músculo y pelaje. Yo me lancé, chocando con él tan fuerte que el suelo se estremeció. Desgarró mi pecho con sus garras, pero las mías ya estaban hundiéndose en su costado, arrancando trozos de carne.

La sangre brotaba y sus ojos brillaron con rabia. Sus movimientos se volvieron más erráticos, mostrando su pérdida de control y desesperación por derrotarme.

Me derribó al suelo, hundiendo sus garras profundamente en los tendones de mis hombros. Clavé

mi rodilla en su estómago, enviándolo volando. Se aferró con fuerza, clavando sus colmillos en mi hombro, tratando de alcanzar una arteria principal.

Un dolor blanco y ardiente me sacudió, pero lo desgarré sin ninguna vacilación. Fácilmente, lo estrellé contra el suelo con tanta fuerza que se formó un agujero debajo de él. Lo golpeé bajo mis puños y garras hasta que su cara fue un desastre de piel desgarrada y huesos deformados.

Sus luchas se debilitaron, y volvió a su forma humana. Dejé que mi bestia se retirara, sintiendo mis huesos y músculos cambiar y remodelarse.

—Diste una buena pelea, Julius —afirmé mi dominio—. ¡Pero nunca serás lo suficientemente bueno para derrotarme!

El brillo agudo de una hoja llamó mi atención cuando su mano se movió desde la hierba, apuntando una daga de plata a mi pecho. La atrapé con mi puño, pero la sangre brotó mientras la plata quemaba mi palma.

Me reí entre dientes.

—Nalia tenía razón al advertirme. Maldito cobarde.

Esa era su última esperanza, la hoja oculta que había caído al suelo junto con su ropa destrozada durante su transformación. Comenzó a rugir como un lunático, incapaz de aceptar su propia derrota.

—¡No! ¡Esto no puede estar pasando! ¡No!

—Con todos esos gritos, debes estar sediento, Julius —Empujé su cabeza hacia el agua, viéndolo luchar bajo mi duro agarre.

El agua lentamente se tornó roja alrededor de su cabeza.

Nalia agarró mis hombros.

—¡No! ¡Déjalo salir! ¡Tengo que saber quiénes son mis verdaderos padres!

Recordé las últimas palabras de Darius. En mi ciega rabia, lo había matado antes de que pudiera decir más. Tenía que compensarlo. Así que saqué a Julius, y él estaba escupiendo, tosiendo y maldiciendo. En el momento en que vio a Nalia, comenzó a reír.

—Lo arruinaste todo, perra. Después de todos los problemas que pasó mi padre para conseguirte, ¡ni siquiera pudiste cumplir tu propósito!

—¿Qué propósito? ¡Tu padre ha hecho mi vida miserable desde el día en que nací! Ridiculizó a mi familia por un crimen que no cometieron, solo para que tu padre revelara que ni siquiera eran mis padres en primer lugar —le agarró el pelo—. ¿Quiénes mierda eran mis padres, Julius?

Odiaba verla tocarlo. Pero me contuve. Esta era su batalla.

Por el brillo en los ojos de Julius, supe que lo que iba a decir a continuación la lastimaría.

—Tu padre era el último Alpha verdadero de la Manada Redwood, el Alpha Dimitri. ¿Cómo se siente ser la verdadera heredera, cuando has vivido tu vida como una marginada? —Se rio—. Te vi lavar la ropa para tu "abuela", pisoteada y escupida por todos, mientras yo vivía en tu posición en la casa de la manada.

—¿Q-qué?

Mi sorpresa también era evidente.

Él sonrió.

—El linaje Dimitri pasaba el liderazgo de la manada de generación en generación, acaparando todo el poder para sí mismos. Pero todo eso habría terminado con tu querido padre, que no tenía heredero. Hasta que secretamente embarazó a una criada de la manada. Una simple Omega. ¡Ella era tu madre! ¡Tú eras la nueva heredera, una Omega descendiente de Alpha, con sangre antigua corriendo por tus débiles venas!

El rostro de Nalia estaba mortalmente pálido. Retrocedió, negando con la cabeza.

Siempre había habido algo feroz en Nalia. Todo tenía sentido ahora.

—Pero mi padre, que ocupaba la posición de Beta, no podía dejar que tu existencia arruinara sus ambiciones de tener el poder absoluto. Así que mató a tu madre y al viejo Alpha. Chantajeó a los Ancianos para que apoyaran su ascenso como nuevo Alpha. Una vez que obtuvo el poder, también los mató a ellos —Julius parecía orgulloso.

—Sí, sus manos estaban empapadas de sangre. Tanta que mi madre no pudo soportar la culpa. Se mató, la muy débil —Sus ojos brillaron—. Pero tú eras demasiado importante para matarte.

Como la única Dimitri superviviente, solo tú podías combinar los territorios de los Lycan y los Hombres Lobo para crear un poder de gobierno sin precedentes...

—¡Basta! —le gritó Nalia—. ¡Estás mintiendo!

—Es cierto, Nalia —dije solemnemente—. Los Dimitri y los Voltaire crearon un tratado hace cien años para proteger sus territorios de la destrucción, si fuera necesario. Hay sistemas de sangre profundos establecidos para mantener el tratado si se desbloquean. Pero después de que murió el último Dimitri conocido, el tratado se convirtió en cosa del pasado para nosotros.

La comprensión se dibujó en su rostro.

—Esto es lo que me habías estado ocultando todo este tiempo... ¡que yo era la clave del tratado! Por eso tu padre me quería tanto —Su voz se quebró—. No pudiste poner tus manos sobre un Voltaire, ¡así que te conformaste con una chica a la que podías manipular!

—Exactamente. ¡Una ingenua chica Dimitri para desbloquear la mina de oro! Entonces, mi padre podría cambiarlo al linaje FangThorne y descartarte para siempre. Hizo que los Ashryvers te adoptaran, manteniendo tu verdadera identidad en secreto. Cuando se deshizo de ellos, te entregó a Gertrude. La perra codiciosa acordó venderte de vuelta a él una vez que fueras lo suficientemente mayor para someterte a un entrenamiento para convertirte en su arma.

Julius extendió sus brazos.

—¿No era brillante el plan de mi padre? ¡Habría sido el hombre más poderoso del mundo! ¡El nombre FangThorne sería indestructible! Pero tú lo mataste, ¡maldita sea! ¡En el momento en que conociste a Rhett Voltaire, arruinaste todo lo que habíamos trabajado durante tantos años!

Sus gritos enloquecidos me lastimaban los oídos mientras le ofrecía la hoja de plata a Nalia.

—Hazme el honor de cortarle la garganta.

La mirada perdida en sus ojos llorosos se endureció lentamente. Tomó la hoja de plata, acercándose a Julius con todo el odio, la ira y el dolor que había soportado durante años. Los ojos de él brillaron con desesperación.

—¡No puedes hacer esto, Nalia! ¡No! ¡No!

Ella clavó la hoja profundamente en su corazón de una estocada limpia. Él jadeó, mirando hacia

abajo en shock. Ella encontró sus ojos, desafiante, salvaje y hermosa a la vez.

—Sí, puedo. Te mataré mil veces hasta que no quede ni rastro de ti en esta tierra. Por fin he aprendido a usar una daga de plata.

La sangre brotó, él gimió.

—Eres una sucia pu...

Ella giró la hoja antes de que pudiera decir esa maldita palabra.

El arrepentimiento y el miedo crudo que brillaron en sus ojos fue extremadamente satisfactorio antes de que se desplomara en el suelo, sin vida.

Capítulo Veintiocho

Nalia

Al amanecer, el castillo estaba chamuscado y cubierto de cadáveres.

El humo se elevaba en el viento frío, y los guerreros heridos cojeaban entre los muertos, que eran tanto hombres lobo como licántropos.

Sin embargo, como Rhett había predicho, la mayoría de los hombres lobo fueron masacrados. Los pocos supervivientes estaban agrupados. Esos pobres guerreros solo seguían las órdenes de Julius.

Era horrible lo que nos había causado a todos.

Rhett me llevaba en brazos a través de la devastación, alertando a los guerreros ilesos alrededor. Inmediatamente se acercaron e hicieron una reverencia. Fred estaba allí con un traje hecho jirones, con el Anciano James pisándole los talones.

—¡Su Majestad! —El anciano estaba horrorizado—. ¡Está cubierta de sangre! ¡Llaman a los sanadores...!

—No hay necesidad de eso, Anciano James —interrumpió Rhett—. Julius está muerto. Difundan el mensaje.

Me deslicé de sus brazos y agarré a Fred, con el corazón acelerado.

—¿Dónde está Randal? Dime que cumpliste tu promesa. No le pasó nada durante el ataque, ¿verdad?

—Estuvo fuertemente protegido durante toda la noche, señora. Actualmente está con Dana Reeds en la enfermería.

Me apresuré a buscarlos, sintiendo un gran alivio. Cuando irrumpí en la habitación, vi a mi pequeño aferrado al lado de Dana. Tenía algodón de azúcar en la mano, que comía en silencio mientras los sanadores cambiaban los vendajes alrededor del hombro herido de Dana.

Estaba conmovido, pero bien.

—¡Oh, mi bebé! —exclamé, corriendo para envolverlo en un abrazo—. ¡Mi valiente niño!

—¡Mami! —Me abrazó con fuerza, y yo lo abracé aún más fuerte, apenas conteniendo los sollozos que luchaban por salir de mí.

¿A quién le importaba si estaba cubierta de sangre y vísceras, golpeada y maltrecha por los eventos de la noche? Sostener a mi hijo una vez más, respirar el aroma de su cabello, me hacía sentir completa de nuevo. Besé sus mejillas y su frente, diciéndole lo mucho que lo sentía. Debí haber estado tan asustado, siendo secuestrado por Darius, alguien a quien había amado y en quien había confiado.

—¿Por qué el abuelo Johnny daba tanto miedo? —preguntó—. Lastimó a la tía Dana.

—Las personas cambian, cariño. Dejó de ser bueno con nosotros. Pero no te preocupes, siempre tendrás más personas que te amen y te aprecien. Te lo prometo.

—Cree que es su culpa que nos secuestraran —dijo Dana desde la cama—. Quería desesperadamente salir a jugar después de que estuvimos escondidos tanto tiempo. En el momento en que salimos, nos rodearon los hombres de FangThorne. No estoy segura de cómo.

Acuné su pequeño rostro, negando frenéticamente con la cabeza.

—¡No, Randal! Es normal querer jugar. Nada de lo que hacemos los adultos es tu culpa, ¿de acuerdo? Te amo muchísimo. Nunca volveré a dejarte solo.

—¿Lo prometes? —Era tan precioso.

Las lágrimas se escaparon de mis ojos.

—Te lo prometo, Randal.

Miró por encima de mi hombro, sus ojos azules se agrandaron cuando vio a Rhett. Me hice a un lado mientras él se acercaba tentativamente, sus ojos oscuros llenos de tanta ternura que mi corazón dio un vuelco.

Ciertamente parecía haber pasado por el infierno, pero Randal no se inmutó cuando Rhett se agachó frente a él. Para mi sorpresa, sonrió ampliamente, mirando de vuelta a Dana.

—¡Mira! ¡Es el hombre del centro comercial! —Señaló a Rhett—. ¡Te ves aún más aterrador que la última vez!

Rhett dejó escapar una risa aliviada.

—Todavía me recuerdas.

Miré a Dana, ligeramente confundida, pero ella solo me devolvió una sonrisa. Sabía que se habían conocido antes, pero no esperaba algo así. Rhett tocó suavemente el rostro de Randal, como si saboreara este primer contacto verdadero con él. De repente se vio sobrecogido por la emoción, tragando saliva con dificultad y bajando la cabeza.

Toqué su hombro alentadoramente, sabiendo lo mal que debía sentirse.

—Randal, dijiste que siempre quisiste conocer a tu papá —comencé suavemente—. Él es tu papá, cariño. Se moría por conocerte.

—¿Mi papá? —Los ojos de Randal se llenaron lentamente de esperanza.

—Sí, Randal —dijo Rhett con sinceridad, sosteniendo la mano del niño delicadamente—. Soy tu padre. Y lamento no haber estado contigo todo este tiempo. Prometo no dejarte nunca más. Te protegeré y seré el mejor padre del mundo para ti.

Mi niño me miró, con los ojos muy abiertos. Asentí hacia él. Le tomaría tiempo procesar esto completamente, pero vi los inicios de una felicidad pura brillando a través de sus ojos.

Lanzó sus pequeños brazos alrededor de Rhett, haciendo un puchero.

—¡Te he esperado tanto tiempo, papá! ¡Esta vez me comprarás veinte peluches!

—Lo que quieras —Rhett rió, atrayendo a Randal hacia un tierno abrazo—. Te daré el mundo si me lo pides. Les daré todo a ti y a tu mamá.

Nuestras miradas se encontraron, y la de Rhett estaba llena de tanta gratitud que lloré. Esto era algo tan hermoso que Fiona, Julius y Darius habían intentado arrebatarme. Había estado tan cerca de perderlos a ambos en una noche. Estaba más que agradecida por este momento. Mi corazón se hinchó con tanto amor que pensé que estallaría.

Me moví para abrazar a Dana.

—Gracias. Por todo. Nunca podré agradecerte lo suficiente. Siempre serás bienvenida a nuestro lado. Eres más que una amiga. Eres familia.

—Ese es el regalo más precioso, Nalia —me dio unas palmaditas en la espalda—. Una familia. Me siento honrada de ser parte de la tuya.

La noticia de la existencia de Randal se extendió como un incendio por el castillo y más allá.

Hubo celebraciones, confusión, asombro y, sobre todo, arrepentimiento. La verdad sobre las atrocidades de los FangThorne salió a la luz, limpiando mi nombre de todo lo que creían sobre mí. Y mi verdadera identidad, con la que aún lidiaba, fue revelada.

El Consejo de Ancianos estaba de rodillas ante mí, suplicando perdón.

—¿La única Dimitri sobreviviente?! ¡Lady Nalia, por favor, castíguenos por nuestro comportamiento abominable hacia usted estos últimos años! ¡No merecemos su perdón, pero sería un regalo invaluable si pudiera perdonarnos! —exclamó el Anciano James.

Los demás asintieron fervientemente.

Los observé arrastrarse, incómoda porque no hace mucho yo estaba en su posición.

—Creyeron lo peor de mí, creyeron que mis padres y yo asesinamos a sus gobernantes —comencé—. No los culpo por lo que creyeron, porque ustedes y yo fuimos alimentados con las mismas mentiras por los Fangthornes. Pero eso no es excusa para el grado de tortura que recibí de sus manos. Realmente fue inhumano.

Se encogieron, intercambiando miradas de pánico. Rhett no dijo nada, donde estaba parado con Randal sobre sus hombros, pero la culpa inundó su expresión.

—Arrodillarse no ganará mi perdón. Necesitan demostrarme que realmente sienten remordimiento por sus acciones, ¡no por mi conexión con su Rey, o porque di a luz a su heredero! Sino porque soy una persona, igual que ustedes. Y cualquiera de nosotros podría ser víctima de la codicia de otra persona.

El salón quedó en completo silencio hasta que el Anciano James dio un paso adelante.

Para mi sorpresa, presionó brevemente sus labios contra mis pies antes de encontrarse con mi mirada.

—Yo, en nombre del consejo y de los ciudadanos del territorio Lycan, le juro que pasaremos el resto de nuestras vidas compensando el daño que le hemos causado.

Un acuerdo sobresaliente resonó entre el resto.

Se enderezó. —¡Y comenzaremos sirviendo justicia a sus enemigos!

Hablando de justicia, Fiona se había partido la cabeza contra una roca durante la lucha con Rhett. Sufrió una grave lesión cerebral que la dejó en coma. Los sanadores afirmaron que la fuerza del impacto la habría matado si no fuera una Lycan.

Sus sacerdotisas, sirvientas y guardias sobrevivientes confesaron todos sus negocios sucios y crímenes a lo largo de los años.

Lo que había intentado hacerle a Rhett era imperdonable, y esperaba impacientemente a que despertara para que pudiera ser castigada.

Ese día llegó pronto.

Me dirigí directamente a su habitación, y Rhett ya estaba allí. Estaba apoyado contra la pared, con los brazos cruzados. Sus ojos apenas contenían la tormenta que rugía dentro de él. Había un sanador atendiendo a Fiona, quien estaba sentada en la cama.

—¿Te dijo algo? —pregunté tensa.

—No. Es como si no me conociera. Algo parece completamente fuera de lugar —reflexionó Rhett.

—¿Qué?

El sanador se volvió hacia Rhett. —Su Majestad, creo que su caída causó una inflamación en su cerebro que ha desencadenado algún tipo de amnesia. Evaluaciones adicionales determinarán de qué tipo se trata.

—Eso no puede ser cierto —susurré, acercándome a la cama—. No puedes hacer esto. No puedes simplemente olvidar todo lo que has hecho, así sin más. No es justo... para ninguno de

nosotros, ¡Fiona!

—Nalia —dijo Rhett suavemente—. Mira bien sus ojos.

Fiona me miraba confundida. Era la misma mirada que uno le daría a un completo extraño. —¿Por qué me llamas así?

—¿Fiona? ¿Ni siquiera recuerdas tu nombre?

—¿M...mi nombre? —repitió—. ¿Es... Fiona?

Varias evaluaciones después, se confirmó que Fiona tenía una pérdida de memoria completa debido a un daño cerebral permanente.

Ese ya era un castigo enorme, olvidar que una vez fuiste Reina. Que alguna vez fuiste altamente respetada, con poder, riqueza e influencia a tu alcance. Olvidar tu propio nombre. Las atrocidades que cometiste, los nombres de las personas a las que has perjudicado.

Fiona ahora era incapaz de ocupar el trono y la corona con los que había estado obsesionada.

Incluso si no lo fuera, Rhett había anulado fácilmente su matrimonio con ella por motivos de agresión, y ella debía vivir el resto de su vida en el exilio, como una don nadie en el rincón más alejado de Ciudad Sterling.

Gertrude, por otro lado, no tuvo tanta suerte.

Los hombres de Rhett la atraparon después de que la detuvieran en un aeropuerto de otro país debido a todo el dinero en efectivo escondido en sus maletas.

—¡Nalia! —exclamó—. ¡No sabía que eras la heredera Dimitri! ¡Darius no me contó nada de sus planes, lo juro! ¡Por favor, salva a tu pobre abuela, por favor...!

Fue arrojada a las mazmorras subterráneas.

Sentí alivio después de todos esos años de traición y maltrato a sus manos. Ella nunca conocería la paz.

—¡Randal! ¡No corras, te vas a perder! —exclamé, apresurándome tras él—. ¡Randal!

Su risa emocionada resonó por los pasillos del castillo mientras corría muy por delante de mí. Los sirvientes se giraban cuando pasaba zumbando, sonriendo para sí mismos.

—¡Pequeño bribón!

Corrió hacia una salida que llevaba directamente a los campos de entrenamiento de los guerreros. Tropecé al entrar tras él, con los ojos abiertos de par en par cuando cerca de cien guerreros se detuvieron ante nuestra interrupción.

Frente a ellos, Rhett estaba sin camisa, reluciente de sudor y esfuerzo.

—¡Guau! —exclamó Randal, mirando las numerosas armas expuestas—. ¡Mamá, son como las de la tele! ¡Qué guay!

Los guerreros se rieron, y Rhett se acercó a nuestro pequeño con una suave sonrisa y un brillo en su rostro.

—Las de la tele son solo atrezo, campeón —dijo, revolviéndole el pelo y agachándose a su lado—. Estas son de verdad.

El Anciano James se acercó, incapaz de ocultar su entusiasmo.

—Majestad, parece que nuestro pequeño príncipe ya tiene interés en las habilidades de guerrero. ¡Oh, no puedo esperar a que empiece su entrenamiento!

—Todavía es un cachorro —di un paso adelante, con mis instintos maternos activados—. Debería permitírsele satisfacer su curiosidad sin grandes responsabilidades a una edad tan tierna.

—Fuera —ordenó Rhett.

—Por supuesto. ¡Lady Nalia, no hay prisa! —El Anciano rió incómodamente y se inclinó—. En seguida, Su Majestad.

Se marchó rápidamente, llevándose a los guerreros con él.

Rhett encontró mi mirada preocupada.

—No te preocupes, Nalia. El consejo no tiene poder sobre nuestro hijo. Crecerá con opciones, protegido y feliz, sin la carga de la corona sofocándolo, como me pasó a mí y a mi hermano.

Se enderezó, lanzando a Randal en sus brazos. Él chilló, arrugando la nariz.

—¡Puaj, papá! ¡Estás sudado!

Rhett se rió.

Era tan hermoso que me quedé fascinada. Extendió su mano, acercándose, pero yo solo tenía ojos para lo felices que se veían ambos.

—¿Es verdad que soy un príncipe? —preguntó Randal.

Rhett respondió:

—Sí, lo eres. Yo soy un rey, y tú eres mi hijo. Pero ser príncipe no es lo único que te hace especial, Randal.

Sus ojos se encontraron con los míos.

—Eres un Hombre Lobo, como tu madre, y un Lycan, como yo. Ambas partes te crearon, lo mejor de ambos mundos.

—¿En serio? —los ojos de Randal se agrandaron—. Pero, ¿qué es un Lycan?

El pulgar de Rhett acarició su mejilla.

—Aún no entenderás todo, pero te enseñaré todo lo que necesitas saber con el tiempo. Estaré aquí para tu primera transformación, para que no tengas miedo, ¿de acuerdo?

—Creció en un pueblo exclusivamente lleno de humanos, y Dariu... quiero decir, el abuelo Johnny era el único hombre lobo a nuestro alrededor —le dije a Rhett—. Y... no se me permitió enseñarle nada específico sobre nuestra especie. No es que quisiera, dado lo que pasó. Pero ahora, creo que debería aprender, y también interactuar con niños de su edad...

—Eso se puede arreglar —Rhett le revolvió el pelo. Randal volvió a reír—. Y creo que ya no tenemos que hablar más del abuelo Johnny, ¿verdad?

Sus ojos destellaron.

Sonreí ante su protección.

—Por supuesto. Por cierto, Randal tiene algo que preguntarte.

—¿Qué es, campeón?

—¿Me... —Mi niño dudó, mirándome en busca de aliento. Asentí suavemente—. ¿Me llevarás al centro comercial, papá? No pude explorarlo la última vez con la tía Dana.

Puso cara de puchero.

—No hay nada que me gustaría más que presumir de mi pequeño campeón —Rhett sonaba tan dulce—. ¿Eso es todo lo que quieres? Podemos explorar el centro comercial, toda la ciudad y hacer todo lo que siempre has querido, Randal. Tú, yo y mamá. Juntos.

Epílogo

Nalia

Unos labios cálidos se posaron sobre la marca entre mis hombros.

Me estremecí sorprendida.

—Esto solía ser una marca de odio y ridículo —la voz de Rhett vibró a través de mí, desde atrás—. Ahora, es un signo de lo que has sobrevivido, a quién has sobrevivido. Los FangThorne, Fiona, y sobre todo... a mí.

Me giró para que pudiera mirarlo.

Se me cortó la respiración solo por su pura magnificencia. El viento nocturno en la terraza agitaba su pelo salvajemente, lanzando los mechones sobre su rostro. Sin embargo, esos ardientes ojos oscuros nunca se apartaron de los míos. Las emociones no expresadas entre nosotros chisporroteaban de tensión.

Todos habían estado tan ocupados con las consecuencias del gran ataque, que apenas habíamos tenido tiempo para esto.

—No te merezco —susurró—. Creo que eso ya lo hemos establecido. Te herí, te humillé, te quebranté de las formas más crueles, todo en nombre de mi venganza. Cuando me dijiste que me amabas... sentí una felicidad que no debería ser mía. No deberías amar a alguien como yo, pero egoístamente, no puedo soportar la idea de que ames a alguien más.

Mi corazón comenzó a latir con fuerza.

—Me diste a Randal, y sé que te sientes culpable por habérmelo ocultado. Pero entiendo por qué.

Él negó con la cabeza.

—Estaba más seguro contigo, e hiciste lo correcto sin importar si mis sentimientos resultaron heridos o no. Pero no voy a darte la opción de alejarte de mí, porque soy jodidamente posesivo. Me perteneces, y o me darás tu perdón, o pasaré el resto de mi vida suplicándolo.

De repente, se arrodilló ante mí.

—Rhett... —jadeé, mirando frenéticamente a mi alrededor—. ¡Levántate!

El Rey Rhett Voltaire, con todo su poder, fuerza y grandeza, estaba de rodillas ante mí, suplicando aceptación y perdón. Me conmovió profundamente.

—La cagué tremendamente. Me arrepiento de todo. —Sujetó mis caderas, presionando su cabeza contra mi vientre—. No tienes que perdonarme ahora. Puedes prolongarlo todo lo que quieras. Castígame, si te place.

Cerré los ojos, tomándome un momento para controlar mis emociones desbordantes.

Amarlo no borraba los recuerdos de dormir en las mazmorras, ser perseguida por guerreros Lycan, y todas las otras formas en que había aplastado mi corazón. Pero lo había compensado mil veces.

Y nuestro turbulento comienzo solo me hacía amarlo más.

—No olvides que yo también te he herido, Rhett. —Pasé mis dedos por su cabello—. Ambos éramos almas quebradas, pero podemos unirnos para crear una pieza perfecta. Sé lo que quiero, y es estar contigo.

Sus manos temblaron, acercándose más. Inhaló profundamente varias veces y se puso de pie, acunando mi rostro. Sus ojos ardientes recorrieron mi cara, hasta mis labios, donde su pulgar acarició.

—Lo siento tanto, Nalia —susurró—. Nunca pensé que podría enamorarme. Hasta que tropezaste conmigo en ese pasillo, hace tantos años. Cobré vida de maneras que deberían ser

imposibles. Negué lo que sentía con todas mis fuerzas hasta que ya no pude más. Acepta mi amor imperfecto, mi corazón oscuro y todo lo demás que desees tomar de mí. Te lo entrego todo, Nalia. Te amo, de una manera que trasciende las palabras. Yo, Rhett Voltaire, te acepto a ti, Nalia Ashryver Dimitri, como mi única y verdadera pareja. Que este momento sirva como el hilo que nos une mientras forjamos con sangre y semilla.

El poder surgió a través de mí.

—Yo, Nalia Ashryver Dimitri, me entrego a ti, Rhett Voltaire, para siempre. En corazón, cuerpo y alma, a través del poder del vínculo de pareja.

Él devoró mi boca, sus colmillos mordisqueando y exigiendo sumisión. Enganché mis brazos alrededor de su cuello y me dejé llevar. Me elevé a las alturas de la euforia, la felicidad y el asombroso deseo por mi pareja.

Mi pareja.

En sus brazos, alternaba entre el cielo y la tierra, terminando inmovilizada contra la cama y bajo su cuerpo duro y palpitante. Mis ropas fueron desgarradas, sus garras arañaron mis caderas mientras su miembro entraba y salía de mí, duro, rápido y hambriento. Gemí su nombre como una plegaria, sentí su lengua en cada parte de mi piel, cada curva y hendidura.

Sus gruñidos sobre lo perfecta que era, lo dócil, lo hermosa, era todo lo que escuchaba. Nuestros ojos se encontraron en el calor del acto amoroso, y la intensidad hizo temblar los cielos. La forma en que me miraba, como si fuera lo más precioso y raro en existencia... era reverente.

—Córrete para mí, mi dulce pareja.

Mi cuerpo obedeció su orden instintivamente, y una poderosa oleada me atravesó. Mi cabeza cayó hacia atrás, mi espalda se arqueó, justo cuando su boca se aferró a mi cuello y lo perforó con sus colmillos. El agudo ardor se transformó en placer, convirtiéndome en algo salvaje.

—Mi marca se ve tan hermosa en ti, Nalia. —Me folló más fuerte, lamiendo la sangre con su lengua.

Lo empujé para quedar a horcajadas sobre él y me mecí sobre su miembro. Mis garras se hundieron en su pecho mientras lo mordía en el cuello, marcándolo aún más agresivamente de lo que él me había marcado a mí. El sabor de su sangre envió un frenesí enloquecido a través de mí.

Ahora nos pertenece, gruñó Gina en mi cabeza.

—Soy todo tuyo, Nalia. Te amo jodidamente, y mostraré mi marca para que todo el mundo la vea.

Me complació enormemente, y le permití rodar sobre mí de nuevo, sacudiendo mi cuerpo con su miembro pulsante. Perdimos la noción del tiempo, enterrados en los cuerpos del otro, perdidos en el deseo hasta que no se pudieron decir más palabras. Sus caricias, gemidos acalorados y elogios anhelantes lo decían todo.

Lo abracé con fuerza mientras me llenaba con su cálida semilla, dejando que nuestros labios se encontraran en el más tierno de los besos.

Tres meses después

—¿Qué están haciendo ustedes dos? ¡La ceremonia está por comenzar! —exclamé.

Rhett y Randal se estaban tacleando mutuamente por un balón de fútbol en el jardín, riendo con abandono temerario. Ambos estaban cubiertos de tierra y pasto, con pedazos pegados en su cabello. Randal se metió el balón bajo la camisa, y Rhett lo levantó boca abajo, haciéndolo chillar.

—¡Niños!

Ambos hicieron una pausa, se miraron entre sí y luego a mí con sonrisas traviesas. Entonces se lanzaron hacia mí. Grité, riendo cuando me derribaron al suelo.

—¡Mi vestido...Rhett! ¡Randal, para!

Me habían llenado de tierra y hierba, con Randal enredado en mis brazos y Rhett abrazándonos fuertemente contra su pecho. Nuestras risas se desvanecieron en amplias sonrisas y besos ansiosos.

—Aún te ves hermosa, cariño —Rhett me frotó tierra en la nariz.

Mis mejillas se encendieron, pero empujé su pecho.

—¡Eres una mala influencia para Randal!

—Él se parece completamente a ti. ¿No es así, campeón?

Randal se acurrucó contra nosotros, sonriendo felizmente.

—¡Los amo mucho, mamá y papá! ¡Quedémonos así para siempre!

Deseaba poder hacerlo, pero hoy era un día importante. Era mi coronación como reina.

Con el poder del tratado, había fusionado la Manada Redwood y sus empresas con sus homólogos Lycan, resolviendo las escaramuzas entre nuestras especies para lograr una verdadera armonía. Ahora, hombres lobo y licántropos estaban lado a lado, con sonrisas en sus rostros, viendo a Rhett colocar la corona sobre mi cabeza.

—Te coronó reina y Luna de los licántropos y hombres lobo —sus ojos mostraban orgullo, y su voz era reverente—. Su majestad, Nalia Ashryver Dimitri. Mi Compañera Destinada.